Beatriz Becerra

La reina del Plata

ibuku

literaria

La reina del Plata

Beatriz Becerra Basterrechea

Colección ibuku

© Beatriz Becerra Basterrechea

© 2012 Leer-e

Editado por Leer-e 2006 S.L
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera. 31011 - Pamplona www.leer-e.es

ISBN: 978-84-15551-90-4

*

Cuando llegués de New York,
de Hong Kong o de Madrid,
hay un bife en Chiquilín
y un abrazo para vos.

"Buenos Aires es tu fiesta", ***Horacio Ferrer***

*

A los que amo.

Octubre 2005, Madrid: el despertar

La mentira, grande o pequeña, determina nuestra realidad, nuestro propio concepto de lo que funciona bien o mal en nuestra vida. Las versiones oficiales sobre lo que es o debe ser normalizan la cosmogonía de lo cotidiano. Da igual que se trate de la opinión sobre un libro, una película o un restaurante de moda, sobre un destino exótico al uso o sobre la decoración de un piso. Será unánimemente aclamado por los gurús de turno y por tus primos de Cuenca, en una vertiginosa bola de nieve en la que cada capa se congratula de ser base y desaparecer bajo la siguiente. Ay de ti si disientes.

Como mínimo, resultarás insensible o raro.

No importa si los que cimentan dicha realidad han distorsionado previamente su auténtica percepción con una mentira acomodaticia que la ajuste a lo que debe ser. El cine y las series de televisión presentan un nuevo costumbrismo supuestamente realista (esas conversaciones padres-hijos, esas reflexiones frente al espejo, esos adosados de cartón-piedra elevados a la categoría de vivienda estándar cuando solo una minoría los habita) del que se destila la convicción de que, efectivamente, querido espectador, así son las cosas, y más te vale que las tuyas sean así o caerás en el ostracismo moral más insalvable. Al principio, las defensas primordiales manotean, y nos preguntamos: ¿Será que las casas se limpian solas? ¿Existen pues esos vestidores perfectamente ordenados? ¿Todo el mundo tiene entonces dos coches? ¿De verdad se enamora la gente de pronto? ¿Se suceden por tanto esos momentos reflexivos y esas largas charlas de argumentación perfecta? Y, poco a poco, para no resultar disonantes, tendemos a adecuar nuestros propios panoramas vitales al molde previsto.

Pero no.

Lo único real, descarnadamente real, es que los compañeros de trabajo, los vecinos, el de la inmobiliaria o el carnicero, las tías

lejanas, los amigos de la infancia también, todos mienten, todos mentimos, en una rueda de hámster desenfrenado, buscando ajustarnos a lo que más a menudo se dice o se enseña que es la verdad, aportando un grano más al granero de la mentira. Al decorado del show de Truman. Cada mentira pequeña, cada disimulo educado, cada matiz corrector introducido, versiona hasta el infinito lo verdaderamente ocurrido, o sentido, incluso lo pensado. Y la multiplicación de los espejos no tiene fin, y los marcos contienen o aquilatan los límites de la repetición para que no se crucen con otros territorios de incertidumbre.

El gran objetivo es anular la duda imprescindible, la crítica en pie de guerra, el cuestionamiento inexcusable. Nada de honestidades básicas, fuera la sencillez declarativa. Porque ¿quién reconoce husmear en los papeles de otros o leer con el corazón apretado la correspondencia ajena? ¿Quién acepta en público que su trabajo es frívolo, prescindible, vacuo o irrelevante? ¿Quién concede que detesta depender de una lista inagotable de gastos adquiridos a costa de dejarse las horas de la vida en esos trabajos que otros determinan? ¿Quién admite la fascinación escatológica de oler unos calcetines sucios o la borra de un ombligo oscuro? ¿Quién asume con humildad que en su casa descompone el gesto, vocea sin razón, pierde los nervios por pequeñeces, da portazos y golpes en la mesa, abronca sin argumentos, deja rastros en la taza del water o se pasa semanas sin sexo marital? ¿Quién?

Lejos de eso, son las ocultaciones compañeras, cada distorsión o recorte estético, mentiras al fin y al cabo, las que configuran la versión aceptable de nuestra cotidianeidad. Una versión tamizada, la única que se comparte, porque pasa con éxito el filtro decisivo: provocar en el otro la sonrisa cómplice esperada. Cómo te entiendo, qué te voy a decir yo, ya sabes cómo son estas cosas. Un goteo que engrasa el engranaje de lo que se articula como vida real. O, al menos, la realidad del micromundo (mil quinientas palabras, mil quinientas personas) que cada día se pone en marcha en torno nuestro.

Todo el mundo miente. Más o menos frecuentemente, más o menos consciente o voluntariamente, pero todos mienten Todos mentimos. Es lo único que une de veras a la raza humana.

Hay mentiras activas: las que lanzas para protegerte a ti mismo o a aquellos a los que quieres o aprecias de algún modo. Las que cuentas para sobrevivir al aburrimiento, o para hacerte un poco más fácil lo cotidiano. Las que sirven para barnizar o dar un cierto lustre a tus perfiles menos finos. Las mentiras utilitarias, para conseguir un

puesto o una ganga o una plaza de parking o de guardería, de las que incluso presumes como muestra de una innegable capacidad de negociación o embaucamiento. Las que disimulan tus imperfecciones, tus salidas de tono y tus bajezas, y preservan así tu imagen aclamada o simplemente aceptada por el común de los mortales que te cree conocer.

Y mentiras pasivas: las leves mentiras que te cuentan y descubres al vuelo, o tras un poco de reflexión o por casualidad. Según a qué categoría pertenezcan (según cuánto las conozcas o comprendas por tu propia experiencia), te afectan más o menos. Te dan risa por burdas, te indignan un rato porque insultan tu inteligencia o hieren tu vanidad, te duelen porque revelan traiciones o imposturas en aquellos que considerabas incondicionales en tu lado de la vida.

Pero hay también otro tipo de mentiras. Las que se han entretejido de tal manera con tu vida que ya eres incapaz de separarlas de la verdad. Y las que desconocías, aquéllas sobre las que has construido tus certezas más esenciales, porque pensabas que estaban fuera de toda duda. Las mentiras que no sabes que lo son.

¿Qué ocurre con las mentiras que te son tan propias como los músculos y la sangre, las que te fundamentan y te construyen porque desconoces que lo son? ¿Las que son esenciales como piedras angulares de tu propia historia, y no pueden de ninguna manera ser desechadas, retiradas o sustituidas porque todo se derrumbaría sin ellas?

¿Es posible descubrir que, de alguna manera, tú no eres tú? ¿Qué tu vida no es tu vida, porque tu origen, tu fuente primaria, no es la que creías? ¿Porque te engañaron desde el principio, o incluso antes, y nunca te permitieron ni siquiera asomar la nariz de la sospecha al curso de tus días?

Pues sí, ocurre. De pronto, te enteras. Una llamada inesperada en una tarde anodina, un jueves de invierno en plena evaluación. Una voz formal, cortés y musical, que pronuncia tu nombre completo con respeto y un inconfundible acento argentino, que se identifica como abogado de un bufete de Buenos Aires, Mario Altavilla, a sus pies, señorita Segura, y te dice que su cliente, el ilustre señor don Matías Alfaro Mariani, acaba de fallecer, Dios lo tenga en su gloria, y en sus últimas voluntades figura usted como su única heredera. Me callo, tartamudeo, debe ser un error, y por qué me va a dejar a mí su herencia ese señor, pregunto, casi divertida.

Porque don Matías Alfaro era su padre, señorita.

Así. Tal cual. En albornoz y zapatillas, el pelo recogido con una pinza.

Lunes 23 de octubre de 2005. Con la semana recién empezada y una pila de exámenes por corregir (el Romanticismo español, sus temas y sus autores) encima de la mesa, junto a una taza que comienza a oler a restos de café frío y el inalámbrico panza arriba, mirándome como una tortuga larguirucha y desamparada. Con un otoño suavísimo desplegándose tras los cristales y mi piso sobrecalentado por la calefacción prematura y la estupefacción sobrevenida.

Así. El tiempo parece detenido, pero el reloj grande y redondo que preside mi cocina americana sigue andando, punteando de Tac-tac-tac el silencio.

Porque don Matías Alfaro era su padre, señorita… porque don Matías Alfaro era su padre, señorita… Tac-tac-tac. Debo ser idiota. Mira que quedarme muda yo, la locuaz, la experta en decir la última palabra como quien pone una guinda. Sin saber qué más decir. Y entretanto la voz musical, cercana y transoceánica, acostumbrada a lidiar con memos paralizados por notificaciones sorprendentes, que me dicta despacio un nombre y una dirección y un teléfono, como quien no confía en dejar un recado importante a un niño alelado que no presta atención. Es nuestro bufete asociado en Madrid, me repite, para que vos podás tramitar con ellos todos los papeles. Tan amable, tan profesional, tan hábil para dar un pésame ligero y una enhorabuena discreta por el sustancioso legado, y para despedirse (antiguo, caballeroso, gentil, de otro tiempo) con un primoroso a sus pies, señorita Segura. Casi sin dejarme espacio para balbucear gracias, cuelga. Cuelgo.

Señorita Segura. Seguro. Seguramente. ¿Segura de qué? Seguro que de nada, ahora. Un gorgojeo resuena en mis tripas, que, seguro, disfrutan de un incomparable nudo marinero en estos momentos. De pronto, la luz salvadora. Esto es una broma, claro, es una bromita pesada… Pero ¿de quién? ¿De Arturo? ¿De Nacho? No, descarto enseguida, y el nudo reina de nuevo, más prieto si cabe. No es su estilo. Arturo nunca dedicaría el tiempo y las ganas que hacen falta para maquinar algo así, y Nacho no va a complicarse la vida con tontadas de este pelo. ¿Y Techu? Ella no buscaría jamás una forma tan retorcida de hacerme reaccionar, por mucho que esté harta de mí, de mi vida absurda y mis quejas increíbles de tan repetidas.

Me sujeto las tripas y me levanto, por fin, a pesar de las piernas temblorosas. Abro la ventana a ver si el aire me espabila, o, por lo menos, me rebaja la calorina que, cosa inaudita, me hace sudar hasta por la frente. Tengo la boca seca, sólo soy capaz de seguir oyendo el tac-tac-tac como percusión de fondo para las palabras que

desfilan como tarjetones o flashes televisivos: era-su-padre-señorita.

Pero vamos a ver: ¿a qué espero para aclarar esta locura? Son las ocho y media y pronto será de noche. La gente sigue sentada en los parques, aprovechando las últimas tardes largas de un otoño templado. Tengo ganas de llorar, y de gritar un poco también. Cierro la ventana antes de que rompa a hacer una de las dos cosas. Aunque también me burbujea una especie de risilla absurda en el pecho, como a las niñas que anticipan un castigo tremendo y no pueden evitarla ante la madre superiora de cara de palo. Sólo que yo no soy una niña ni tengo ninguna monja delante. Más me valdría, igual…

Basta, para ya.

Lo que tengo que hacer es llamar ahora mismo al número que me ha dado el gentil caballero gaucho. Pero es muy tarde, ya no estarán. Prueba. Marco. Un contestador exquisito con una voz nasal y ligeramente displicente me canta: "Jiménez de Prado y Ardiles, abogados. Nuestro horario de atención a clientes es de nueve a dos de la mañana y de cuatro a siete de la tarde. En caso de consulta urgente, llame al…" y suelta nueve dígitos que suenan como música de *gospel* , salvación, salvación.

¿Puede decirse que lo mío es urgente?

¿Y qué es lo tuyo, reina?

Pues lo mío, desmontar la broma o saber quién carajo era el tal don Matías y por qué me dicen que era mi padre, justo ahora que me queda una semana para cumplir cuarenta y mi padre de toda la vida lleva diez enterradito. ¿Y qué les dices? ¿Me confirman, por favor, que el ricachón argentino que me ha dejado una pasta era mi padre? Ridículo. Su madre de usted lo sabrá, señorita, me dirá con muy buen sentido el abogado de guardia, al desgaire desde un móvil mientras seguramente toma una copa en algún lugar calentito y de moda.

Mi madre lo sabrá, claro.

¿Acaso puede decirse que sabe algo ya, la pobre? Hace tiempo que se convirtió en una anciana balbuceante y desvaída, que no puede o no quiere hablar ni mucho menos recordar. Bastante tiene con acordarse de lo que tomó para desayunar. La torcida Raquel, desmantelada, aniquilada por el tiempo vengativo. *Fané y descangallá* en su trono la reina, reina del Plata, le decía siempre mi padre, ¿mi padre? Sí, el que hasta ahora era incuestionablemente mi padre, el plácido y seguro Sebastián Segura, la piedra angular de mi vida, siempre, también ahora, después de una década sin él. El padre que me crió y me enseñó todo lo importante, el que me salvó del desapego y la aridez de mi madre. El que me dio alas.

Tengo que vestirme y salir de aquí. Tengo que ir a la residencia e intentarlo, preguntarle a mi madre si es verdad que mi padre no era mi padre. Pero qué digo, a estas horas ya estará cenando entre esos inconfundibles vapores de sopa de hospital que rezuman de los comedores comunitarios. Estará a punto de irse a la cama, deseando dejar de tratar a los que la rodean y tachar otro día del tiempo de descuento que le queda. Mejor haría en llamar a ese número de consultas urgentes y, al menos, descartar la equivocación o el malentendido o lo que demonios sea este sainete absurdo que se me ha venido encima.

Cojo aire y marco de nuevo el número del despacho para que el contestador me cante el otro y pueda apuntarlo. Tengo las manos heladas. Me preparo un té a trompicones. Cuando consigo calentarme un poco, vuelvo a marcar. Espero un "Emergencias, ¿dígame?", pero la voz dice:José Antonio Palacios, ¿en qué puedo ayudarle?

Hola… buenas tardes, o buenas noches… perdone que le moleste.

Dígame, dígame -repite, aún no sé si interesado o impaciente-, ¿qué desea?

Me llamo Julia Segura y acabo de recibir una llamada de su despacho de Buenos Aires –articulo con un solo golpe de aire, del tirón y sin trabucarme-.

Claro, claro, pues usted dirá… -ahora sí que se está impacientando, y lo imagino dando un traguito nerviosos a su *bourbon* o lo que sea que esté tomando a estas horas-.

Verá, es que su colega…su colega, el señor Altavilla, me ha dicho que un tal Matías Alfaro ha fallecido y que soy su única heredera…

¡Ah! Sí, sí, ya sé de qué me habla, claro, precisamente yo me voy a ocupar del expediente, lo recibí hoy pero aún no he podido estudiarlo en profundidad. Un legado importante, señorita… Segura, ¿no? Mi enhorabuena -parece que coge carrerilla para soltar un discursito bien aprendido-, en cuanto le sea posible podemos concertar una cita en el despacho y proceder a la lectura del testamento. Un buen pellizco, sin duda -intenta complicidad, sin éxito, a través del teléfono-. Usted no tiene que preocuparse de nada, nosotros la asesoraremos y nos ocuparemos de todos los trámites, ha tenido mucha suerte de trabajar con nuestro bufete, somos los mejores en esto –oigo cómo se le hincha el pecho gallo Claudio al compás-, y nuestros honorarios son muy razonables, apenas un cinco por ciento de la valoración del legado…

Ahí está la cuestión, buitres como en todos lados, con su blablabla ruidoso para acallar el sonido de las manos, millones de

mano frotándose con avaricia ancestral.

Espere, por favor –consigo atajar la cháchara aprendida, aunque no me queda una gota de saliva en la boca-. Yo… yo lo que quiero es que me diga una cosa.

Sí, cómo no –evidentemente contrariado por la interrupción, Palacios se debe estar metiendo ahora un puñado de panchitos en la boca, mientras mira a su acompañante o acompañanta con las cejas enarcadas del que se las sabe todas y un gesto displicente de la mano que explica que me va a despachar en dos minutos, para así poder dedicarse de nuevo, a fondo, a la seducción recién comenzada o a la charleta sobre el último partido o el fichaje estrella del bufete competidor-.

Yo lo que quiero saber… -respiro fuerte, o suspiro, sin rebozo ya- es si de verdad ese señor era mi padre.

Ya está. La flecha lanzada, la palabra dicha, la oportunidad perdida: sin vuelta atrás.

Pues sí, eso parece -responde enseguida, un pelín jocoso, con una media risilla de conejo escapando de su corbata apuesto que malva con nudo *windsor* . Aunque, como se imaginará, tendrá usted que demostrarlo.

¿Cómo… cómo dice?

En el testamento, don Matías declara bajo juramento que hace… como cuarenta años, sí, en 1965, su madre, doña Raquel… perdone, no recuerdo el apellido.

Romero. Raquel Romero –balbucí, atropellada entre las restallantes erres maternas que resonaban como latigazos en mi cabeza-.

Eso es, pues lo que le decía, don Matías declara que doña Raquel Romero concibió un hijo suyo en Buenos Aires, pero ella se volvió a España de pronto, sin avisar, y no supo más de ella. La única noticia posterior que tuvo fue una última carta que le entregaron en mano, sin remite ni matasellos, que le escribió su madre cuanto usted nació. En ella le pedía que jurara no buscarlas nunca. El señor Alfaro cumplió su deseo y nunca lo intentó, hasta que, poco antes de morir, cuando supo que estaba irremediablemente enfermo, contrató a unos detectives españoles que no pararon hasta localizarla a usted –aquí una pausa teatral o compasiva, quién sabe-.

Siga… siga, por favor.

Don Matías nunca se casó, ni tuvo otros descendientes. Tampoco tenía hermanos ni sobrinos, y sus padres murieron hace años. Fue un empresario de mucho empuje, que manejó con éxito sus negocios, y quiso dejar todo perfectamente arreglado. Su pequeño imperio es

para usted, señorita Segura… siempre y cuando pueda demostrar inequívocamente que es la hija biológica del señor Alfaro. Él dejó convenientemente depositada su muestra de ADN para efectuar el contraste. Es pan comido, ya sabe, una prueba genética certificará la paternidad. Y la legitimidad de su herencia, claro.

Entre un asomo de excitación frívola por saberme protagonista, por fin, de una historia jugosa, y un descabalamiento total y absoluto, me metí en la ducha y dejé que el agua casi hirviendo me escaldara como a una langosta. No sé cuánto tiempo estuve bajo el chorro, boqueando entre el vapor, pero sí sé que, al salir, limpié con la toalla el espejo y miré mi piel enrojecida, el pelo pegado a la cara en hebras lacias y los ojos hinchados, y pensé que parecía una recién nacida.

*

A la mañana siguiente llamé al colegio con la voz empastada, para decirles que estaba enferma y tenía fiebre. Quería estar sola y poner en orden mis pensamientos. Y no podía soportar la idea de aguantar los inexcusables comentarios deslavazados de Julián, la risilla infantil de Pilar y los aires de superioridad de Paco contando a los pobres desgraciados que nunca salían del colegio sus avatares en el último congreso pedagógico.

Le pedí a Pilar que me mandara un mensajero para recoger los exámenes corregidos y no retrasar la comunicación de notas de los parciales. Había estado casi hasta el amanecer meciéndome entre las faltas de ortografía de los más y los visos de cierto estilo de unos pocos, embebida del todo en los cañones de Espronceda y las golondrinas de Bécquer, revisitados desde mi catatonia súbita y el ingenio de algunos alumnos avezados. Marcos era bueno, tenía dotes para redactar cuatro ideas cogidas con pinzas y convertirlas en un texto engañosamente pasable. Marcos Suñén, la más hosca y cejijunta promesa de 4º A. Y también me gustaba la sencillez de Blanca Portero, la negada niña de mis ojos, la frágil muchachita silenciosa a la que cogería en brazos y sentaría a mi lado en el estrado si no reprimiera mis impulsos protectores, mi evitada favorita del grupo B: ella sólo hablaba cuando le preguntabas directamente. Y entonces hechizaba sin remedio con su voz ambarina, con sus frases entrelazadas que venían de ese otro mundo de cristal en que parecía habitar.

Pero a lo que íbamos: yo estaba enferma. Eso era un hecho. Puede que no de la furibunda gripe que alegué, pero sí de un desconocido virus, desmembrador y terrorista de certezas, que me habían inoculado el día anterior a través del teléfono. Tenía fiebre, seguro, a ratos, tanta como escalofríos y retortijones. Pero, sobre todo, sentía dolor, un dolor profundo en el corazón, un dolor que era

una aguja pero también un aleteo, sí, una pena aleteando como una libélula azul, una pena que, recordé a C. S. Lewis, nunca pensé que pudiera vivirse como miedo.

Pues no eran sino los del miedo los dedos que notaba a cada tanto, estrujándome la boca del estómago hasta quitarme unos instantes la respiración, para aflojar luego y dejarme a la espera aterrorizada de que el puño volviera a cerrarse.

El miedo de no saber quién soy, finalmente. El miedo de no saber quién voy a ser a partir de este momento. Porque la cosa es que, de algún modo, siempre quise ser otra, y fantaseé con ello, y busqué parecerme a tantos… ¿Qué he hecho yo sino desear ser otra? A través de las personas, de los viajes, de las decisiones y los cambios… pero sobre todo a través de la escritura, de la creación literaria, pero vicariamente, aprendiendo y enseñando a adolescentes sin interés lo que otros sí lograron crear por sí mismos, como una manera de sentirme parte de ese club de elegidos. Querer ser alguien diferente a quien somos…

El mayor castigo, la definitiva venganza de los dioses. Sándor Márai, el húngaro suicida, lo explicó mejor que nadie.

¿Cómo eran exactamente sus palabras?

Busqué en la estantería el pequeño ejemplar de *El último encuentro* me regaló Techu en mi anterior cumpleaños. A pesar de sus pocas páginas, aún no había terminado de leerlo. Estaba a la espera (como tantos otros, como tantas cosas) de un mejor momento, abrumada por esas lecturas obligadas que se me acumulaban por trabajo. Lo extraje con cuidado y recordé la sonrisa cómplice con que me lo entregó mi amiga un año atrás. Noté cómo una sombra de tristeza se extendía por la habitación. Más pena para el cuerpo, por si tuviera ya poca.

"…en el fondo de tu alma habitaba una emoción convulsa, un deseo constante, el deseo de ser diferente de lo que eras. Es la mayor tragedia con que el destino puede castigar a una persona. El deseo de ser diferentes de quienes somos: no puede latir otro deseo más doloroso en el corazón humano. Porque la vida no se puede soportar de otra manera que sabiendo que nos conformamos con lo que significamos para nosotros mismos y para el mundo".

Eso. Precisamente eso. Si es lo que yo decía… ¿para qué molestarse en probar a escribir, si siempre había alguien que lo había hecho antes, mejor y para siempre?

*

Durante la noche pasada, mientras intentaba aislarme de los acontecimientos mediante aquellos exámenes pésimamente manuscritos, algunas cosas se habían ido quedando suspendidas en el aire, como los gritos lejanos de pájaros graznando al cielo sin pudor. Como lonas tendidas, como tiendas militares plantadas aquí y allá, en ese campo recién arrasado que me parecía ahora mi historia. En torno a la idea, la imagen, el nombre de Buenos Aires.

Buenos Aires, la ciudad donde ellos, mis padres, inimaginablemente jóvenes (como lo son todos los padres para los que ya somos como ellos fueron un día), vivieron y trabajaron durante casi doce años. Imagino o veo la imagen de unas fotos deterioradas: 1953, unos recién casados con apenas veinte años por cabeza, más pobres que las ratas, preparados para dejar Toledo y embarcarse rumbo a una nueva tierra de promisión, con sus tres baúles (en los que cabía todo, todo lo que tenían, que tampoco era mucho). Con más hambre que vergüenza, cartas de familiares, los pocos avíos del oficio de zapatero en que mi padre llevaba iniciado desde los trece años, cabezota cabeza de familia desde que el abuelo Sebastián no volvió del frente, con seis hermanos más pequeños que sacar adelante. Allí quedaron todos en el pueblo, escondiendo en un breve abrazo y un beso en el aire nadie sabe cuánto dolor o angustia por la pérdida que presentían como definitiva.

Intento apartar recreaciones ajenas de travesías oceánicas durante siete, diez, catorce días, navíos repletos de pobres hacinados y exhaustos, y pinto mi propia versión de Sebastián y Raquel, tan asustados como llenos de determinación. El Puerto de Buenos Aires como una película interpretada por fin en primera persona por unos protagonistas vírgenes, acogidos en penúltima remesa por el hercúleo Hotel de los Inmigrantes. Un respiro de tres comidas diarias, médico y oficina de colocaciones, esperando a los parientes

ilusionados con volver a ver una cara del terruño.

Mi padre (¿mi ex padre?) me lo contó mil veces, con el arrobo de la aventura, con la nostalgia de un hecho fundacional sin vuelta atrás. Habían vivido allí casi doce años, trabajando sin horarios ni remilgos en los negocios de zapatería de los familiares de mi madre, emigrados antes de la guerra civil.

Y en 1965, de pronto, deciden regresar a España, y establecerse en Madrid para arrancar una vida nueva. Nunca me molesté en echar cuentas, en cuadrar o afinar calendarios para saber cuándo volvieron exactamente (¿para qué? Hace tanto, que sé yo, el viaje era tan largo…). Pero lo cierto es que yo nací en el último día de octubre de ese año de retorno, lo que significa que, o salieron nada más pasar Año Nuevo y me encargaron en la travesía de vuelta, o mi madre ya estaba embarazada (quién sabe de cuánto, lo mismo de tres que de seis meses) cuando se embarcaron. ¿Y por qué habría de aventurarse a los riesgos de hacer ese viaje en su estado? ¿Por qué no esperar a que naciera allí y luego volver? Ellos siempre evitaron las preguntas sobre las circunstancias concretas de su retorno, la fecha era difusa, "sí, en 1965, el año en que tú naciste", pero ¿qué fue lo que pasó? Después de tantos años sin hijos, ¿justamente llegaban cuando tenían decidido volver? Podría haber sido una argucia desesperada de mi madre para forzar el regreso, ella que siempre dijo haber vivido aquello como algo temporal, como un pequeño exilio o un aplazamiento, empeñada en no echar raíces ni hijos en aquella tierra de nuevos ricos y muertos de hambre. Quizá fuera su órdago para forzar a mi padre a decidir, o Buenos Aires y su vida plena allí, o su mujer y descendencia aquí, en España, aún entre tinieblas y subdesarrollo. Nunca llegué a concebir ninguna otra opción, jamás otra versión de los hechos. Hasta anoche, cuando escuché por vez primera el nombre de Matías Alfaro y supe, sin querer saber, que él podía ser mi padre verdadero.

La cosa es que, si esto es así, voy a ser rica. Asquerosamente rica, Palacios *dixit* entre líneas. Sin haber hecho nada más que desconocer bobamente la verdad durante cuarenta años, deambular con una identidad prestada y creerme que la vida era lo evidente. ¡Un premio por fin a la ignorancia supina! O a la necedad profunda. Ahora, bastará una pruebecita, un pequeño análisis, y corriendo a cobrar la plata de un señor que, un día (o varios, o muchos, no sé cómo ni cuándo ni me importa ya) se tiró a mi madre a más de once mil kilómetros de aquí, le cantó el bolero de Raquel e inseminó a la persistente Inmaculada. Y ésta salió por patas de aquella tierra de promisión para romper lo que, queriendo o sin querer, había

iniciado.

¿Lo sabría mi padre (Sebastián, quiero decir), o ella lo mantuvo ignorante y engañado de por vida? Mi madre era capaz, sin duda. ¿O fue quizá él quien lo descubrió y cortó de raíz el desvarío, renunció a la larga vida platense que había imaginado para sí y esa familia que no acababa de llegar, y plantó una nueva, rodeado de zapatos, en Madrid? ¿Qué hizo mi madre, esperar hasta que no pudo disimular ya su tripa, quizá hasta estar de cinco meses, y entonces mi padre, resolutivo y claro siempre, empacó sus cosas sin despegar los labios, liquidó a toda velocidad su negocio floreciente y puso un océano por medio para que aquel amante (sabe Dios cómo sería) no tuviese nunca más a su alcance a la sorprendente Raquel?

¿Cómo supo que no la seguiría? ¿Alguien más conoció los hechos?

Mi madre nunca había querido quedarse en aquella tierra: siempre tuvo la maleta lista para volver, para recomenzar una vida que había quedado entre paréntesis. Mientras mi padre, entregado, sucumbía a la fascinación por los cafés, las librerías, la escuela pública, la sanidad, la libertad, los trenes, ella pó impermeable a la magia argentina, a la prosperidad, al acento, a la cultura, a los posibles, preservando su tozuda españolidad tan reseca como su útero, que no consintió en que albergara descendencia hasta que estuviera de vuelta en casa.

O eso fue lo que me contó Sebastián, a retazos y a media voz. Y yo me lo creí, con los ojos cerrados. ¿Por qué habría de dudar? Era la historia de su vida, y yo era su hija, su heredera, su ojito derecho…

Regresaron a una España que apenas reconocían, pero en la que apreciaban tímidos cambios. Se instalaron en Madrid y afrontaron incontables apuros económicos, viviendo de chapuzas y recados, hasta que, con enorme esfuerzo, lograron arrendar un pequeño local en su nuevo barrio de adopción, Chamberí, y abrir allí, a dos calles de la habitación con derecho a cocina que habían alquilado, su primera zapatería: “La reina del Plata”.

Allí nací yo, el último día de octubre de 1965. Lejos de Buenos Aires. Hasta que volví, joven y atormentada, sedienta de un Nuevo Mundo, sin saber que era un retorno. Y conocí a Ariel.

El timbre. El mensajero. Parece un chupachups el pobre, tan flaco, con esas patitas de alambre enfundadas en unos pitillos desgastados y el casco bamboleante en la cabeza. Le doy el grueso sobre con los exámenes de mi curso, firmo y se va, nervioso, sin decir una palabra. Antes de cerrar la puerta, lo veo apretando sin

cesar el botón del ascensor. Si te crees que así va a llegar antes, vas listo. Son casi las once, me caigo de sueño. Aún no sé cómo aguanto todavía despierta. Bueno, si lo sé, qué tontería. Tiro los restos de café frío de la *melita* y preparo otra cafetera. Confío en el poder vivificador del aroma del café inundando mi casa. Busco algo dulce para acompañar el momento, y no encuentro más que las sosas galletas de siempre. Pero esta vez voy a hacer un extra, que es también una cesión al pasado. Ese pasado que se ha sentado a mi lado desde ayer y me mira con una ceja levantada, probándome. Voy a untar las *marías* con mantequilla. Que le den al colesterol. Tengo un par de pastillitas sin abrir, de esas que no puedo evitar guardar en el bolso cada vez que me las plantan en la mesa sin pedirlas. Su olor fresco, desvaídamente francés y vacuno a la vez, me pone de buen humor. Voy mordisqueando con ganas los ¡seis! bocadillos de galleta que me he preparado, mientras escancio el chorro de café en una taza de las grandes. Doy un sorbo precavido y cierro los ojos. Huele a tarde, a deberes, a papá.

Mi padre enseguida fue conocido como "el Plata" en todo Chamberí, porque Sebastián Segura conservó con mimo su acento porteño adquirido con dedicación y preservado con celo, y también por su empeño en no hablar nunca de dinero sino de plata en sus negocios y apaños. Y mi madre era su reina, ceñuda y sin corona, pero su reina. Así la llamaba siempre, no importaba lo torcido que ella tuviera el morro ese día, lo que le doliera la cabeza o lo que se lamentara de su suerte.

Buenos Aires la Reina del Plata,
Buenos Aires mi tierra querida;
escuchá mi canción
que con ella va mi vida.

Mi padre no se sabía una sola letra completa, pero, siempre que tenía ocasión, repetía estrofas sueltas de los tangos que le gustaban. Una y otra vez, bajito, con los ojos entrecerrados y una media sonrisa bajo su bigotillo moreno. En l os días buenos, aquellos en los que la melancolía no podía con él, se mostraba expansivo y charlatán. Sobre todo en las mañanas de domingo, cuando íbamos juntos al Rastro o a la Plaza Mayor. Entonces, frente a un escaparate o compartiendo una napolitana de crema, me murmuraba al oído, guiñando seductor su ojo dorado (el izquierdo): "La vida es un tango y hay que saber bailarlo, pequeña… pero ten en cuenta una cosa: los zapatos no hacen al bailarín".

Siempre tenía algún aforismo o un cierre lapidario para relacionar cualquier cosa, lo que fuera, con los zapatos. Nunca he

conocido a nadie tan orgulloso de su oficio. Tampoco tan enamorado de una ciudad. Así que, inevitablemente, me hice cómplice tanto de su pasión por Madrid (que era ni más ni menos que el reflejo de su devoción por Buenos Aires) como de su querencia arrebatada por el calzado.

Así hasta hoy. Hasta ahora.

Y ahora ¿qué?

Maldita sea, cómo saber… cómo saber nada ya. Quisiera cogerlos de las solapas, uno a uno, a esos tres fantasmas del pasado y sacudirlos sin compasión, hasta que lo soltaran todo. Se trata de una historia previa a mí misma, en la que no tuve nada o tuve todo que ver, y, sin embargo, acaba de partir por la mitad la carretera de mi vida, que transcurría ya sin sobresaltos, cuesta abajo y al atardecer. Como un tronco gigantesco caído del cielo, por sorpresa y sordamente, ¡plafff!, acorchado e imponente. Estos fantasmas me han roto la baraja y han hecho llover los trozos sobre mi cabeza, sin ninguna pista para recomponerla… Dos reyes muertos y una reina destronada de sí misma, expulsada de su propia memoria, tres viejos desalmados, ridículos, crueles, ¿cómo habéis podido hacerme esto? ¿Quién os autorizó a permitirme creer en una existencia ficticia?

Un momentito, guapa, no te lances, que no estás en una serie. ¿Acaso no has sido tú la primera que ha hecho de la ficción la razón de su vida? Una razón frustrada, sin duda, aliviada por el oxígeno de las palabras de otros, las creaciones de otros, bebiendo a tragos de terceros el elixir de la letra precisa, la frase adecuada, la descripción incomparable. Recopilando citas como una ávida coleccionista de sentido, pero incapaz de escribir una línea propia, anhelante de ella cada día… *"Las ficciones son nuestra rebelión, el emblema de nuestro coraje, la esperanza en un mundo que puede ser creado por segunda vez o que puede ser creado infinitamente dentro de nosotros"*. Sí, esa, o cualquier otra de las citas que apuntas obsesivamente, que memorizas para lanzarlas como un descargo o un alivio en cualquier parte, plumas que adornan tu propia imagen de profesora cultísima y admirable.

Lo dicho: ¿qué he hecho yo sino desear ser otra? Ser otra a través de la escritura, de la creación literaria. Aunque fuera de prestado, leyendo, criticando, comentando, aprendiendo y enseñando lo que otros sí lograron crear por sí mismos, contentada-resignada-complacida-dignamente orgullosa con la posibilidad de, al menos ganarme la vida con ello. Con una sonrisilla interna por saberme parte, de algún modo, de ese club de elegidos, aunque solo habite en sus suburbios. Con la íntima convicción de que algún día sucederá el

milagro, el descubrimiento, el alumbramiento. Algún día seré yo la que desentierre el diamante en bruto, la que encienda la llama y aliente la inspiración de un talento escondido que se convertirá en una estrella imparable y pasará a ocupar los más altos puestos de la gloria en nuestro país y fuera de él. Por los siglos de los siglos. Amén.

*

Oigo el teléfono lejos. Tengo la cara aplastada en la orejera derecha del sillón. No quiero despertarme, estoy muy a gusto. Otro timbrazo. *LouLou? Oui, c'est moi!*

¿Quién es? ¿Quién soy? Hola, me llamo Julia Segura Romero, cumpliré cuarenta años dentro de una semana y, desde hace casi diez, soy profesora de lengua y literatura en un lustroso colegio privado. Doy clase a muchachos desganados de 14 y 15 años a los que no les falta de nada, quizá una chispa de ilusión o de esperanza y bastante exigencia, plagaditos de granos, con las hormonas y el crecimiento desaforados. Chicos que a lo largo de esta década han ido cambiando mucho en las formas y poco en lo esencial.

El muy cabrón del teléfono sigue sonando.

Lo que le contaba, caballero. Nací en Madrid, en pleno barrio de Chamberí, bajo el signo de Escorpio. Estudié Filología Hispánica en la Complutense, tuve un hermano que murió de niño en un accidente y me fui a Buenos Aires con una beca. Viví allí casi dos años, y conocí a un hombre llamado Ariel, lo traje conmigo de vuelta a casa, como un trofeo o un castigo o ambos, y me dinamitó la vida y también me hizo ser lo que soy y lo que nunca podré ser.

Cojo el cacharro atronador. Es Arturo. Quién iba a ser.

¿Pero qué pasa, dónde andas? –me soltó nada más descolgar, sin un hola siquiera-.

Estoy… estoy…

Como no me has llamado a la hora de comer, como siempre, te he dado un toque al móvil y nada…

Claro. Muerto está desde ayer, sin batería ni madre que lo fundó ni ganas de mirarlo.

…y ahora ya iba a colgar, hartito de esperar que lo cogieras, ¿qué estabas, en la ducha?

…pues la verdad es que…

… aunque ya te vale, mira que te tengo dicho que te lo lleves al baño, que para eso son los inalámbricos, coño…

…

Bueno, ¿qué?

Irritante. Entrometido. Controlador. Egoísta. Pero, así y todo, un poco mío. De nuevo utilicé la gripe demoledora como excusa, ahora adornada con fiebre alta y un mal cuerpo que sólo me pedía encamarme y sudar. No, mejor que no vengas a casa. El médico llegará enseguida, tengo todo lo necesario, será cuestión de unos días. Lo noté escamado. Al fin y al cabo, no tenía un pelo de tonto, y en nuestros cinco años de espaciado tira y afloja amatorio, ya debía conocerme bastante bien. No obstante, como no podía ser de otra manera, se guardó mucho de mostrar preocupación o insistir.

Tampoco me soltó ninguna frasecita expropiada de las suyas.

Porque sí, fue Arturo quien me regaló la libreta de "frases para vivir" que siempre iba conmigo. Las palabras de otros casi siempre pueden explicarte mejor que tú misma, me dijo aquel día al dármela, hinchado de autocomplacencia. Él mismo la inauguró con Goethe:

He llegado a la aterradora conclusión de que soy yo el elemento decisivo… Yo puedo ser una herramienta de tortura o un instrumento de inspiración, yo puedo humillar o inspirar, puedo herir o curar... Si tratamos a las personas como son, los empeoramos. Si los tratamos como lo que debieran ser, vamos a ayudarlos a ser capaces de convertirse en lo que pueden ser.

Ahora, al releerla, me parecía una evidente expresión de su ego desmesurado y de su desbocado afán de ser el centro del mundo. Pero entonces me pareció el hombre más fascinante del mundo. El más lúcido, el que me había adivinado de un vistazo. Me lo creí todo, emocionada sinceramente por su clarividencia. Y así había seguido, hasta hacía bien poco, deslumbrada y devota, creyéndome casi todo lo que él me decía.

En fin. Lo cierto es que no quería ver a nadie. Tenía mucho que hacer. No me preocupaban las clases, porque entre Pilar y yo teníamos muy bien organizadas las coberturas mutuas en caso de que una tuviera que ausentarse. Aunque ojo, porque Pilarín últimamente estaba imposible, cada vez más maniática y gruñona. Esta mañana no pareció hacerle mucha gracia mi gripe intempestiva. Sin embargo, era tan cariñosa y buena persona que no podías dejar de quererla, y hacerle sitio a tus pies como a un fiel labrador. Llevaba toda su vida en el colegio, veinticinco años al menos, siempre tan relamida, con su aspecto de institutriz francesa pasada de moda. Cada vez más arrugadita, sorteando los años con espíritu

floral y cayado firme, inasequible a la frustración o el desánimo. Pero siempre dedicada por completo a su tarea, viviendo la enseñanza como una misión divina: hacer trascender a sus alumnos el carácter entre sacro y magmático de la sintaxis y la morfología. Y apacentando amorosamente a padres y profesores como si de una pastorcilla bondadosa se tratara.

Como tampoco tenía citas ni reuniones importantes previstas para los días siguientes, podía estirar sin remordimiento mi enfermedad imaginaria durante toda la semana. Los siete días que me faltaban, exactamente, para cumplir cuarenta años. En el bullir desaforado de mi cabeza durante las últimas horas, aquella fecha, tan crucial como simbólica para mí, había quedado eclipsada por completo, retirándose al fondo en penumbra de un escenario vacío. Un escenario que, mira tú por dónde, ahora tenía que decidir cómo decorar. El espíritu de un productor difunto había hecho aparecer como por ensalmo la promesa de un montón de pasta encima de la mesa. Aunque lo más difícil iba a ser decidir qué tipo de obra quería representar sobre sus tablas a partir de ahora.

Siempre y cuando cumpliera mi parte, y bailara un poco al son de la flauta legal, claro. El tal Palacios me lo había dejado claro: tendrá usted que demostrarlo, *milady* . Sí señor. Lo primero es lo primero. Cerremos la cita con las huestes del bufete. El reloj impasible marca casi las cuatro. Hora de trabajar, abogaditos. Debería de tener hambre, pero tengo tan asimilado mi papel de enferma que no hay caso. Caliento agua en el microondas para una sopa instantánea, y cuando el humo me empaña las gafas a conciencia, marco a tientas el número del bufete. Oigo cómo les brillan los ojos de avaricia, a todos, desde la recepcionista a Palacios, que me atiende enseguida, obsequioso. Hoy le noto la voz un poco empastada, serán los *bourbon* de ayer o la sobredosis de panchitos rancios del pub. Me propone vernos al día siguiente, miércoles, a primera hora, ¿a las nueve le va bien?, tiene prisa por hacer caja el mozo, yo también prefiero ir cuanto antes así que le acepto la premura, tome nota, señorita, calle Jorge Juan (será *de* Jorge Juan, inculto, pienso yo), no olvide su DNI (siempre lo llevo encima, total, es de mentira, igual esa no soy yo, ahora lo sé), si es tan amable de darme su número de móvil por si tuviera que avisarla de alguna cosa (será si lo tengo cargado, no muerto como ahora), cómo no, señor letrado, apunte usted.

Hecho.

Con la falsa sopa de enferma aún ardiendo entre mis manos, me cubrí los hombros con una manta de abuela y estiré las piernas en el

sofá. Por unos momentos me olvidé de mi autocompasión y me sentí una reina en su diván, a la espera de noticias del último navegante o descubridor enviado a tierras lejanas. Excitada y poderosa por ese pequeño vértigo que dan los giros inesperados cuando te llegan. Encendí el televisor como quien abre de golpe las dos hojas de una ventana y me acomodé entre los cojines.

Entre el sonido gangoso o gritón o cansino de los que desfilaban por la pantalla, y la visión de mis propios calcetines (con la zona de los pulgares transparente) me duró poco la ilusión de realeza, o el subidón de ibuprofeno, que también contaba. Miré a mi alrededor con resignación y bastante desgana. No había tocado nada desde el día anterior. Es más, había acumulado más desorden y un poco de suciedad extra en la cocina, que pedía a gritos un repaso desde hacía un par de semanas.

Había dejado abierto sobre la mesa del comedor un cuaderno grande, sin estrenar, que compré Dios sabe cuándo, cautivada por la delicadeza de su cubierta. Recordé por qué lo había cogido, precisamente ayer. Justo antes de la llamada del *lisensiado* Altavilla.

Para escribir sobre mis alumnos.

Nada de notas, ni de recomendaciones de estudio, ni siquiera seguimiento de tutorías o de trabajos pendientes. Sólo sobre ellos: sobre el trozo de sus vidas que había tenido ocasión de compartir durante aquellos largos años de enseñanza. Sin pretensiones, ¿eh? Únicamente había decidido escribir un puñado de relatos, eligiendo como protagonistas a aquellos chicos que más recordaba. Una especie de seguro para la memoria que empezaba a flojearme: no quería olvidarme de unas cuántas anécdotas, ni de determinadas situaciones que en su momento me parecieron trascendentales, o milagrosas incluso.

Lo decidí el lunes (¡ayer!) por la mañana, en pleno examen, mientras contemplaba por enésima vez las cabezas agachadas, los labios mordisqueados, las miradas fugaces a ambos lados buscando salvación. Mientras aspiraba aquel olor familiar, mezcla de sudor que se hace adulto, papel, tinta y tiza en extinción. Mientras comprobaba que me habían salido algunas manchitas marrones nuevas en las manos.

Cuando regresé a casa, fui directa a buscar aquel bonito cuaderno de origen olvidado que recordaba guardado en la librería, y tuve la convicción de que lo había reservado justamente para esto. Lo planté en un extremo de la mesa para cuando terminara de corregir, y le echaba un vistazo de vez en cuando.

Luego sonó el teléfono, y el fantasma de mi padre desconocido se

asomó a mi vida cargado de millones y preguntas.

Fin.

¿O no?

¿Por qué no… principio?

Con un dolor en las articulaciones propio de la gripe de mentira que llevaba encima, me levanté del sofá, seguramente con el ceño fruncido por la contrariedad. Despejé la mesa con movimientos tan rápidos que me sorprendieron a mí misma: llevé al fregadero las tazas de café con cercos irrecuperables, puse la tapa al rotulador rojo, lo guardé en el estuche, corrí la cremallera, apilé las hojas de evaluación, las guardé en su archivador, cerré el libro-guía del profesor, abrí la cartera, lo metí todo dentro, la cerré, cogí la agenda del extremo de la mesa, la abrí por el día siguiente, releí la dirección del bufete apuntada hacia unos minutos, volví a cerrarla, coloqué cuidadosamente el clip magnético que mantenía su boca cerrada, la guardé en el bolso que colgaba de la silla, me senté en ella, la acerqué a la mesa, coloqué el gran cuaderno abierto delante de mí, perfectamente centrado, y, con las manos en las sienes y los codos sobre el tablero, apreté los párpados durante unos instantes para pensar.

¿Podía permitírmelo? ¿Era lícito?

¿El qué de todo, morena? ¿Escribir unos cuentitos tipo "Memorias de una profe de colegio de pago (osea)"? ¿Cobrar una herencia que era mía, pero no aún ni del todo? ¿Enfadarme y cagarme en todos los muertos de los que me habían tenido engañada? (ay, no, que el principal está muerto y el millonetis también)… ¿Ser madura y cabal y poner un negocio con la pasta para asegurarme un futuro (distinto) y no acabar como Pilar? ¿O comprar acciones del colegio y ver cómo suben las rentas? ¿Quizá dar la vuelta al mundo sin mirar precios, con grandes gafas de sol y turbantes de diva, y jovencitos tiernos bailándome el agua y alegrándome el cuerpo?

Instintivamente, busqué en el fondo del bolso algo para escribir, y encontré un *pilot* verde. Tenía que apuntar esto. Dejé la primera hoja del cuaderno en blanco (por si acaso, niña, ya sabes, un título, un aviso previo, lo que sea, me enseñó mi madre), y escribí despacio en la cabecera de la página siguiente:

Sobre la posibilidad de retomar las riendas de mi vida y de cómo proceder para convertirme en lo que quiero ser:

El rotulador se quedó en suspenso, tembloroso, un momento. Los dos puntos se me habían atravesado en la garganta como la mordedura de un vampiro. Vamos, si no hay testigos, es sólo para ti,

una libreta de apuntes, pues claro, una sencilla declaración de intenciones para conmigo misma, y sin embargo me sentía tan presionada como ante un tribunal. Sustantivo o adjetivo, querida, elige. Pero escríbelo ya.

Escritora.

Así, sin vuelta atrás y con un par. Subrayé dos veces lo escrito y me eché hacia atrás con la silla, ufana y sorprendida, balanceándome un poco mientras contemplaba aquel par de frases luminosas.

Pensé que algo de música me iría bien. Algo antiguo, algo de nuestra época dorada, como decía Techu. Puse la tele y busqué VH1. ¡Sí! Allí estaba, " *Best of 80's* ", la mejor programación del mundo para los de mi quinta, el punto justo de nostalgia y marcha, audio y video unidos para levantar la costra de respetabilidad más agarrada. Era la batería inconfundible de Swing Out Sisters, el flequillo oscuro y los labios rojos de su cantante guapísima, y aquella canción que era como un himno y un revulsivo: " *Break Out* ". Subí el volumen, subí los brazos, me encaramé a la silla y luego me puse a escribir.

Para escribir, lo primero que hay que hacer es escribir.

Ja. Ja. Ja.

Pues hala.

Escribí furiosamente, con afán y entusiasmo, levantándome a cada tanto a prepararme un té o picotear unas galletas. Sin orden, con el ansia de no dejarme nada fuera, ni dentro. Haciendo convivir deseos con listas de tareas, datos estadísticos con apuntes sobre fases del proceso y objetivos.

** Creo saber sobre qué quiero escribir: sobre el rastro en el tiempo, sobre las raíces de mi historia, sobre mi padre y mi madre, sobre traiciones y desengaños, sobre segundas oportunidades y lealtades inquebrantables, sobre ciudades únicas que son infierno y paraíso. Pero ¿qué deseo contar de verdad? ¿O acaso sólo quiero dominar mis obsesiones? ¿O plasmar sueños no cumplidos?*

** Las cifras dicen que más de un 41% de los españoles leen con frecuencia. Esto es, al menos una o dos veces por semana, en su tiempo libre. Alentador, pero no tanto: porque esto también significa que casi un 43% afirman sin vergüenza no leer nunca.*

** ¿He decidido escribir para enfrentarme a mis miedos o porque aspiro a ser escritora? ¿Para desahogarme o para construir un mundo, otro mundo tan perfecto y distinto como cualquier otro?*

** Leer. Leer. Leer. Mínimo una hora al día de lectura rigurosa y nutritiva. De todos los maestros y de los contemporáneos que consigan llamar mi atención.*

** No puedo imaginarme ese texto. ¿Cuánto de autobiográfico debo incluir en la historia? ¿Separo a los personajes de mis propias vivencias o ellos pensarán y sentirán como yo? ¿De verdad me gustaría publicar? ¿Venceré el pudor a que otros lean lo que escribo? ¿Quiero que me conozcan por ello?*

** Utilizar mis sueños para descubrir material de primera mano. Reponer libreta y bolígrafo en la mesilla para apuntarlos cuando me levanto.*

** ¿Podré vivir algún día de escribir? ¿Seré capaz de conseguirlo antes de fundirme una herencia que siento como un préstamo? ¿O tendré que volver a la enseñanza (o a lo que sea) en algún momento no muy lejano, fracasada y sin un duro?*

** Cada año se publican en España más de 60.000 títulos distintos (libros de texto incluidos) con una tirada media de menos de 5.000 ejemplares por título. Eso quiere decir que cada año circulan más de 300 millones de ejemplares, de los que se venden algo más de 200 millones. Mareante, pero cierto.*

** Preparar un cuadro de excel con el desglose de mis gastos mensuales y revisar el estado de la cuenta de ahorro. Establecer los mínimos imprescindibles, detallar a qué no puedo o no quiero renunciar. Ver para cuánto tiempo sin ingresos me daría la posible plata de don Matías (importe por confirmar, ojo - ¿digamos unos veinte o treinta kilitos como hipótesis?).*

** ¿Cómo debe ser la casa de una escritora? ¿Cuál es su rincón para crear? ¿Cómo sé si lo configuro adecuadamente? ¿Acaso tengo pinta de escritora? Y, si cambio mi aspecto, ¿qué pareceré? ¿Virginia Wolf o Beatrix Potter, quizá?*

** Comprar de inmediato manuales de escritura. Sistematizar horarios y rutinas. Empezar desde el principio.*

** ¿De dónde nacen las ideas? ¿Son el principio o el final? ¿Qué hay después del arrebato de inspiración que te ocupa una noche o un día?*

** Guardar las noticias que me llamen la atención. Recortar los nombres que me conmuevan, las situaciones que me preocupen. Escribir cada día, lo que sea, al menos una hora, o media.*

** Renovar mi carnet de la biblioteca. Revisar los clásicos. Suscribirme a revistas literarias (las de Infantil y Juvenil que recibo en el colegio no cuentan). Investigar los cursos o talleres que están en marcha.*

** Debo ser original, aportar mi punto de vista, descubrir mi voz escrita. ¿Existirá ya en mí un estilo propio que no conozco, o tendré que construirlo a base de experimentar?*

Unos cuantos videoclips (y muchos recuerdos bobos entrecruzados) más tarde, me levanté de la silla y sonreí al observar

aquella caligrafía apresurada que últimamente sólo utilizaba para comentar algún examen, centrar la atención en la pizarra y apuntar citas en mi agenda. O recordatorios en post-it de colores. Contemplé con cariño mi casa a la luz dorada y rosa del atardecer. Aún teníamos el glorioso horario de verano. Había mucho de mí misma en todo lo que me rodeaba. Y, sin embargo, sentía que las cosas no cambian si uno no cambia. Sin duda, tendría que redecorar mi entorno, mi aspecto y mucho de mi interior. Y reorganizar no sólo mis empeños cotidianos, sino, en buena parte, la vieja y conocida arquitectura de mis afectos.

Decidí cenar en condiciones. O sea, pedir al telechino unos cuantos paquetitos de sus pringosas delicias, y tomármelas viendo una película adecuada. En realidad, además de cansancio y hambre disfrazada, tenía acumuladas unas tremendas ganas de llorar. Y la peli precisa siempre ayuda a abrir compuertas. Hice el encargo, calculé los veinte minutos de rigor para hacer una visita al baño, me traje un rollo de papel para tenerlo a mano, preparé el DVD y extendí mi mantelito sobre la mesa de café. Era una belleza, con esos bordados imposibles, y un recuerdo emocionante de unos días llenos de luz, pero ya tenía unos cuantos lamparones que no salían ni a la de tres. En fin. Llaman. Ahí está mi chino salvador. Abro, pago, me deshago de bolsas y envases cutres y lo pongo todo medianamente vistoso y apetecible en unas bandejitas preciosas. Qué menos que mantener los principios esenciales.

Todo listo. *Play* . Warner BROS. Los puentes de Madison.

El cuerpo fibroso de Clint-Robert Kincaid. Las flores silvestres. Los puentes cubiertos. Las notas. Las fotos. El teléfono de baquelita sonando, Meryl contesta a su marido, mientras posa su mano levemente, infinitamente, sobre el hombro de Clint, sentado de espaldas, estremecido sin remedio ahora. La mesa de la cocina. Los dos en el baño humeante. Hay certezas que sólo se dan una vez en la vida. La mano de Meryl detenida en la puerta de su furgoneta, la furgoneta de Clint bajo la lluvia, el retrovisor. Los años. La vida. La vida. La vida contenida en una caja enviada por un muerto.

No sé por qué dicen lo de llorar a moco tendido. ¿Tendido de tumbado o de puesto a secar?

Cuando lloras de verdad, los mocos se acumulan, atascan la nariz y la frente, se derraman, mojan pañuelos, almohadas, cojines, hombros, manos incautas. Se sorben con ruido y atascan aún más las ya colapsadas vías superiores. Cuando lloras de verdad, te estremeces con una especie de estertor incontrolable, te sacuden los hipidos, dejas de ver detrás de la cortina de lágrimas que no hay

quien detenga. Eso es llorar.

Y vaya si lloré esa noche. Por todo lo que me dolía y por lo que ni siquiera acertaba a reconocer. Por todo lo que tenía dentro y por lo que estaba allá fuera, en el mundo y el tiempo, antes y después de mí. Lloré hasta vaciarme. Y, como los niños después de una rabieta de antología, me quedé dormida, acurrucada de cualquier forma en el sofá.

*

Me desperté de milagro a las ocho de la mañana, con el cuello y la cara hechos unos zorros. Lo ideal para una lectura de testamento, vamos. Hielo en los ojos, crema hidratante a mansalva, pelo recogido decentemente, la camisa blanca y el traje de pantalón negro que me saca de todos los apuros, agenda - móvil encendido - cartera - gafas de sol - llaves - pintalabios en el bolso, y el teléfono descolgado por si en el colegio les diera por llamarme a casa. A todo correr, consigo estar en la calle media hora más tarde, dispuesta a coger un taxi. Pero el tráfico de Carranza me hace cambiar de opinión. Directa al metro o no llego. Son cuatro estaciones hasta Velázquez, calculo mientras vuelo escaleras abajo, sorprendida de mi agilidad recobrada.

De pie frente a mí en el vagón, un muchacho de gorra ladeada y enormes pantalones caídos muestra ante mis narices su antebrazo tatuado. Una enorme S y una no menos gigante R entrelazadas. Susi y Ramón, aventuro de inmediato. O quizá Segismundo y Romualda, me sonrío. Y en un momento se me desdibuja la sonrisa porque veo la imagen de esas iniciales duplicadas, como un borracho, y recuerdo las toallas bordadas de mi madre guardadas para siempre en su baúl de artista, esas iniciales dobles enlazadas por la cintura sinuosa de la S y el talle delgadito y displicente de la R, Sebastián Segura y Raquel Romero, no creo en las casualidades pero tampoco quiero convertirme en una loca que ve señales por todas partes. Tengo que ir a ver a mi madre, de eso no hay duda. Tengo que verla y contarle lo que ha pasado, no importa si me entiende, si no me contesta o me confunde con otra, tengo que compartir este meteorito que me quema el alma. Que cargue con lo que le toca.

Entré en un portal que era la quintaesencia (o el cliché) del bufete de abogados del barrio: ni más ni menos lo que esperaba de énez de Prado y Ardiles. Hierro fundido, bronce reluciente y mármol

en el suelo. Edificio señorial, portal representativo, portero físico y automático, que diría el convencional anuncio. También identifiqué de un vistazo el molde de la señorita de recepción, que tomó nota de mi nombre muy seria y me señaló una salita. Madera en el suelo, alfombras clásicas, sillas tapizadas al estilo más rancio. Unas señoronas bostezaban en la sala de al lado (menudo madrugón se han dado hoy, pobres). Palacios se hizo carne en un minuto.

Señorita Segura, un placer saludarla -extendiendo el brazo como si se le fuera a salir del gozne-.

En dos zancadas estamos en una sala opulenta en maderas y desnuda de cuadros, en la que ya se encuentran dos tipos y una tipa que deben de ser colegas de Palacios. Me sacuden animosamente la mano mientras se presentan y yo no hago el más mínimo esfuerzo por retener sus nombres.

Tome asiento, por favor. ¿Café, agua? El señor notario llegará enseguida.

Un café no estaría mal, teniendo en cuenta que no he desayunado. Pero a saber si me entran retortijones con este café primorosamente conservado en termos cromados.

¿Puede ser un té, por favor? -pido, por precaución y por dar un poco de trabajo extra-. Con leche y azúcar, gracias.

Mientras vuelve con mi bebedizo la señorita todoterreno que me recibió con la nariz arrugada y trajo luego las viandas con idéntico gesto, Palacios aprovecha para tomar las riendas y recapitular.

Bien, bien, bien -cómo le gusta escucharse-. Muchas gracias de nuevo por hacer uso tan rápidamente de nuestros servicios legales. Como nuestro colega Altavilla le explicó, nuestro bufete asociado en Argentina nos ha hecho llegar el expediente testamentario por el cual don Matías Alfaro… -blablabla, otra vez lo mismo, que ya lo sé- siempre y cuando acredite su paternidad a través de certificado legalmente reconocido.

Los otros no hablan, sólo asienten sonrientes mientras devoran las pastas de la bandejita que campea en el centro de la enorme mesa. Y habrá que pagarles las horas a estos memos.

¿Cuándo y dónde puedo hacerme esa prueba?

Hay varias opciones, sí, verá…

Dígame una -le interrumpo, mosqueada por el sonido del taxímetro multiplicado-. La más rápida y fiable. Y pídame una cita, por favor. Para hoy mismo si puede ser.

Palacios frunce el ceño, enrabietado, murmura un “perdone un momento” y sale de la sala. Silencio y masticaciones. Acompañado de la ubicua muchacha que trae mi té, mi abogado de gruesa corbata

vuelve enseguida y me deja un papelito delante.

Aquí tiene: hoy a las cuatro de la tarde, en Genetic Test. Está en las afueras, pero son muy buenos. Pueden darnos resultados en 72 horas, de modo que el lunes los tendríamos. Lorena le ha conseguido la cita, y le ha apuntado la dirección y el teléfono.

Lorena, qué mona: ni mi secretaria ni la recepcionista. Lorena. Una reivindicación de la valía de mi chica que consigue imposibles, mira tú. Estos están liados, fijo, Pues gracias, gracias, faltaba más. Lorena hace un mohín y se va.

¿Me podrían explicar cuáles son los pasos de la tramitación, si son tan amables? –les pido con urgencia e impecable economía de palabras-.

Sí, por supuesto –rompe a hablar el más jovencito, previo asentimiento imperceptible de su jefe-. Lo primero es proceder a la lectura del testamento por parte del señor notario, que llegará de un momento a otro, para que usted tenga conocimiento de su contenido íntegro, incluidos los requisitos de validación expresados en el mismo. Después tendría que realizar la prueba de paternidad que ya sabe, y, con el resultado positivo, proceder a un nuevo encuentro con el notario que certifique la aportación de dicha prueba y su coincidencia incuestionable. Luego sólo quedaría firmar por las partes y proceder al traspaso a la cuenta que nos indique de la cantidad legada por el señor Alfaro. Fin del proceso.

Satisfecho, se echa hacia atrás en el asiento y me sigue mirando con una gran sonrisa. Buen chico. Claro, conciso y simpático. Me gusta.

Entonces asoma de nuevo la omnipresente Lorena y anuncia al señor notario, que saluda entre dientes, no se levanten, buenos días, suelta su cartera en la mesa, se levanta el faldón de la chaqueta como un polisón, toma asiento, saca un fajo de papeles, se cala unas medias gafas cutres de farmacia, escribe en Madrid con fecha tal y tal, me permite su DNI, señorita Segura, gracias, procedo a la lectura del testamento de don Matías Alfaro Mariani, tal y tal y tal, fallecido en Buenos Aires el trece de octubre del año 2005, en pleno uso de sus facultades físicas y mentales y no sé qué no sé cuántos palabros legales a toda velocidad, nombra a doña Julia Segura Romero, residente en Madrid, España, única heredera de sus bienes, en virtud de declaración de paternidad adjunta que deberá ser convenientemente contrastada, la cantidad de.

Setecientos

Cincuenta

Mil.

Dólares americanos.

La reina del Plata. Viva don Matías. No está tan mal tener un padre nuevo, sobre todo si ya está muerto como el que tuve siempre. Soy libre. Soy otra. Soy idiota.

Firmo donde me dicen, Palacios ordena al jovencito que un agente judicial lleve al laboratorio el sobre lacrado con el trazado de mi extinto progenitor, que vaya a las cuatro para estar presente en mi prueba. Menudas medidas de seguridad para unos pobres desechos orgánicos. Sí. Muy bien. Estoy deseando marcharme.

Quiero ver a mi madre. Quiero mirarla a la cara y ver si tuerce su fina nariz cuando le cuente que ese amante bandido que tuvo hace cuarenta años ha palmado, pero que desde ultratumba dice que me engendró y que quiere que disfrute a su salud de un montón de dólares crujientes durante lo que me quede de vida, porque los ganó para mí aunque nunca me conociera.

El notario se va, yo me levanto, me falta el aire y me falta tiempo para plantar a la cohorte de leguleyos y decirles que volveré el lunes para que me muestren mi (espero) triunfante e inequívoco resultado en una bandeja de plata, como la cabeza del Bautista. ¿A la una de la tarde le irá bien? Claro, cómo no. No olvide su número de cuenta. Por supuesto, sí, y no se vayan a olvidar ustedes la factura de sus honorarios, arduo trabajo el suyo, ¿verdad? Clin, clin, clin, treinta y siete mil quinientos dólares de vellón por tocarse las pelotas y salir con Lorena a comer cacahuetes. Adiós, adiós.

La luz radiante del cielo de Madrid. Un taxi refugio. Lléveme a ver a la mentirosa de mi madre, jefe. Y el papel con la dirección del laboratorio o clínica o sala de despiece latiendo en mi bolso como el corazón delator de Poe. Aún puedo renunciar. Aún puedo decidir que todo esto no ha ocurrido, que las cosas son sencillamente como las he creído siempre.

Me quedo de pie ante el portón de la residencia. No puedo entrar. Me siento cruel y despreciable por haber pensado en hacer sufrir así a una anciana que ya se ha perdido en las curvas del tiempo y la memoria. Pero la odio, sí, también odio a mi madre a mi manera, por una ocultación tan larga y voluminosa. Por su arrogancia, por su egoísmo, por hacerme creer que soy quien no soy.

O sí. Soy quien creía que era, y además la que ahora me imagino que voy a ser.

Qué pesadez de monólogo interior, qué harta estoy de escucharme a todas horas. Me siento débil y tengo escalofríos, a pesar del sol benevolente. Es que estás enferma, guapa, te recuerdo que oficialmente estás con gripe. Y como te vea alguien paseando (o

más bien dando bandazos) por la calle, la vas a liar. Bueno, en realidad he salido para ir a una especie de clínica, ¿no? Un sitio donde averiguan tu dibujo más íntimo, el trazo único de tus genes, tu verdadera foto, desde siempre en ti y tan desconocido, sin embargo. Nos creemos que somos lo que vemos en el espejo, o el que reconocemos desde una foto, cambiando con los años, el que nos mira con absoluto empaque desde el DNI, pero ¿cuántos como yo caminan ahora por las calles sin saber que esa firma, ese nombre, ese origen, no son verdaderos? Verdaderos… Lo único verdadero es esa arquitectura mínima, esas hélices de colores que ahora resulta tan fácil retratar, y que de paso te dicen si tu padre es o no tu padre.

Aún es sólo mediodía. De un día precioso, todo hay que decirlo. Y hasta las cuatro no tengo que estar en Alcobendas para que me certifiquen si, gracias a un enterrado desliz de mi mamá en sus años mozos, soy o no titular de una fortuna. La llave a una segunda oportunidad.

En fin. Me calzo mis enormes gafas de folclórica de incógnito y paseo, irreconocible y embutida en mí misma, por calles comerciales y parques poco frecuentados. Se acallan los diálogos cruzados en mi cabeza, los chispazos de ideas, reconvenciones y planes sin fundamento, los avisos de mal agüero y los ecos presentidos de lo que dirán los que me rodean.

Los que me quieren y los que no.

Me invito a comer al abrigo confortable de un VIPs. Es mi ideal de refugio subatómico, el lugar en el que siento que nada malo puede pasar. Un refugio reproducido casi idéntico en cada esquina, con café, comida, periódicos y libros, cómplice del consuelo que proporciona reconocer sillas, mesas, lámparas, carta, sin sorpresas, con la expectativa justa y la seguridad de pedir lo que conoces bien. El regusto de ojear brevemente la selección propia de libros curiosos, al acecho de la ganga o la sorpresa esperando en las estanterías iluminadas. La balsámica soledad compartida.

*

Tardé menos de lo que esperaba en mi viaje al norte, de modo que pude entrar con sobrada antelación en la cápsula brillante, futurista, que era aquel centro de identidades. Suena a broma de tan tópico, pero todo era blancura, acero y cristal. El personal al completo vestía de blanco y sonreía con dientes blancos. El hilo musical, suave, bajito; los zapatos no resonaban en el suelo; la luz era blanca pero agradable, como la que se te queda dentro de los ojos cuando los cierras después de haber mirado fijamente al sol.

La recepción es amplísima. Y sí, blanca, ¿no lo había dicho ya? Hasta el logo de la empresa lo habían hecho transparente (¿será metacrilato o hielo esculpido?). Se alegran muchísimo de verme, me acompañan personalmente a un cuartito precioso con plantas y revistas nuevecitas, me ofrecen café, té, cocacola (¿una servidora?), no, gracias, estoy bien, me piden que espere unos minutos y yo espero ver aparecer a la Reina de las Nieves de un momento a otro.

Et voilà. Sí, es ella. Aparece sin ruido, debo estar borracha, es Cate Blanchett con una bata que le sienta como un traje de noche, buenas tardes, Julia, soy Catalina Robles, pero podés llamarme Cata, y a mí casi me da un soponcio del susto y de la risa, esto es de coña, no me puede estar pasando a mí.

- Ahora vamos a mi despacho, yo te voy a explicar el procedimiento para que podás aclarar cualquier duda, y de seguido hacemos el test, ¿sí? –me canta Cata de camino a su cubículo-.

Yo la sigo, riéndome y llorando por dentro, ya vale de tanta jugarreta, ¿no? Pará, pará, boludo papaíto difunto, dejá ya de joder con las bromitas…

Pasado el atragantamiento inicial, la cosa está muy clara y tiene menos glamour de lo que parecía: Cata me entrega varios formularios para que los complete (datos personales, exención de responsabilidades, autorización de entrega de resultados a mi

representante legal), y mientras me va contando que simplemente se me tomará una muestra de saliva de la boca y una de sangre del dedo en presencia del agente judicial enviado por el bufete.

- Es la norma, querida, nada irregular. Para que las pruebas de paternidad tengan validez jurídica, tiene que realizarse un correcto proceso de toma, identificación y envío de las muestras hasta nuestras instalaciones. Profesionales de la salud o de la justicia han de identificar y custodiar las muestras para garantizar en todo momento su autenticidad e integridad.

Lo sé, lo sé, Cata-Catalina, ahí fuera estará ya el custodio del sobre misterioso con la (ignota) información genética del difunto, paisano tuyo por cierto, blanca reina de las nieves, serán sus uñas o sus pelos o quién sabe si sólo un informe bien bonito de colores con alelos y esas cosas. Relleno aplicada todos los formularios y se los entrego a la radiante doctora o enfermera o analista, que los guarda con respeto reverencial en un archivador de plástico morado precioso que ya lleva mi nombre en una etiqueta.

Muchas gracias, Julia. Hiciste una buena elección. Somos el laboratorio nacional que más marcadores genéticos utiliza, nada menos que 17 –me informa, orgullosa, abriendo mucho los ojos-, 13 de ellos por duplicado. Y usamos simultáneamente los 2 principales kits comerciales de pruebas de paternidad validados para uso forense, lo que garantiza la máxima precisión y fiabilidad.

Qué bien se explica esta gaucha etérea, estoy entregada.

En todos los casos, damos un índice de probabilidad de paternidad superior al 99,9999% -qué bárbaro, cuánta probabilidad-. Para realizar los test de ADN, en Genetic Test utilizamos los últimos avances técnicos aplicados a la genética forense: análisis por PCR (Reacción en Cadena de la Polimerasa) de múltiples microsatélites, y detección fluorescente en secuenciadores automáticos.

Decidido. Podría enamorarme de ella, sólo por escucharla a todas horas. Quién iba a decirme a mí que iba a cambiar de gustos en medio de este tornado que me agita como un secuenciador. Ja.

Y además nuestras tarifas para pruebas de paternidad son muy asequibles. La relación calidad-precio es insuperable.

Y cómo vende ella… Asiento, encantada, al precio que me da. Lo mismo me daría pagar el doble, o el triple, qué sé yo… ¿Será por dólares?

Como nos indicaron que usáramos el procedimiento urgente, el lunes a primera hora tendrán los resultados en… énez de Prado y Ardiles, ¿no es cierto?

Asiento, cegada de tanta luz y medio embobada por ese acento

que me retuerce los genes.

Listo, pues vayamos entonces a hacer la prueba.

El famoso túnel y la luz blanca que dicen que ves cuando te mueres debe ser así. Me sentía ligera, ingrávida, más bien, caminando junto a Cata-Cate, como a cámara lenta, protagonista por unos minutos de una peli de ciencia-ficción cercana, algo entre *Gattaca* y *La isla* . Yo no me parecía nada a Uma Thurman (aún menos a Scarlett Johansson). Tenía más bien un aire a sus chicos respectivos. Ethan, Ewan, qué nombrecitos paralelos, qué dentaduras difíciles ambos, como un par de gemelos separados al nacer.

El agente judicial era una chica pequeña y muy pulcra, que nos estrechó la mano al llegar a la salita objetivo. Otra joven blanca y luminosa del laboratorio me pidió que me sentara en un sillón (blanco, sí), y procedió a extraerme los humores. Frotis bucal y pinchazo en dedo índice. Todo en medio de una coreografía y escenografía perfectas. Tengo que volver a hacerme alguna prueba más. Esto es mejor que cualquier *spa* , mejor que el psicólogo, mejor que… Hágase usted un test de ADN, hombre. *Alea jacta est.*

Llegué a mi casa como un náufrago llega a una playa. Exhausta, casi desesperada, sedienta y con ganas de tumbarme y no despertar en días.

Hasta el lunes.

Hasta el lunes el mundo debía pararse. Y yo no quería saber nada del mundo.

Bueno, sí. Tenía que llamar al médico para que viniera a verme y me diera la baja para el colegio. No fuéramos a liarla por un despiste tan tonto.

*

Arturo me siguió llamando cada día. Notaba una creciente irritación en su voz ante mis vaguedades y evasivas. El domingo ya no pudo resistirse a contarme que había preparado una velada romántica para la noche del martes: quería celebrar mi cumpleaños de una manera especial.

- ¿Crees que estarás en condiciones? -me preguntó, con impaciencia-.

Quién sabe. Ya veríamos. Al día siguiente esperaba una sentencia de vida.

- Pues no lo sé, la verdad. Mañana tiene que venir el médico a ver si me da el alta, yo creo que el martes ya iré a trabajar… pero seguro que tengo tanto papeleo atrasado que me dan las tantas. Y no creo que tenga muchas ganas de salir después.

Arturo se quedó en silencio al otro lado. Podía notar su orgullo y su agenda heridos.

- Vaya, pues sí que estás jodida, sí. Lo que tienes no es gripe, guapa, es la crisis de los cuarenta. Bueno, no te insistiré más. Cuando quieras me llamas.

- Te lo agradezco muchísimo, de verdad -tercié, sintiéndome culpable, para variar-, pero no sería una buena compañía, y no es plan de aguarte la noche, ¿no crees?

- A mí me da igual, tengo mil cosas que hacer. El cumpleaños es tuyo -dijo con frialdad-.

- Está bien, déjalo -susurré, sintiéndome mortalmente hastiada de aquellos tira y afloja que me agotaban-. Cuando esté recuperada te llamo y hablamos, ¿te parece?

Arturo colgó sin despedirse. Me quedé unos instantes mirando el auricular mudo, y luego lo deposité suavemente en su soporte, con una mezcla de alivio y pesadumbre.

Como es lógico, no pegué ojo aquella noche. El estómago me

daba volteretas, los minutos no pasaban, no veía el momento de salir de casa para mi cita con el destino en el edificio señorial con portal representativo de la calle Jorge Juan. Sin de.

*

Cuando llegué al colegio ese martes, tras aquella semana larga de encierro y mucho exorcismo, de poco dormir y casi no comer y de revolucionarme hasta las tripas, no tuve que simular nada en mi aspecto: estaba verdaderamente pálida y ojerosa.

Pero sí tuve que esforzarme para no ir dando saltos por los pasillos. O para no dar un beso de tornillo a Secundino, el ordenanza.

Era rica.

Y nadie lo sabía aún.

Me recibieron con muestras de afecto e interés (que ya nunca me creía del todo), y, tras la puesta al día de rigor junto a la máquina de café, me encerré en mi pequeño despacho para enfrentarme al trabajo atrasado y atemperar un poco mi corazón revolcón. Sólo me esperaba una clase de diez a once, y nadie tenía en mente la particularidad de aquel día para mí.

Mi cumpleaños. Mis cuarenta años.

En lo único que pensaban todos era en el día siguiente festivo (qué faena, mira que caer los Santos en medio de la semana y quedarnos sin puente). Nadie tenía por qué saber o acordarse de que aquel martes era un día especial para alguien.

Nadie excepto Marian. Mi adorada directora.

Se presentó unos minutos después, con su sonrisa desplegada y una tartita de queso y arándanos, mi preferida, en las manos. Un cuatro y un cero estaban dibujados primorosamente con un fino trazo de crema. Cerró la puerta y se quedó de pie frente a mí.

- Felicidades, Julia. Te guardaré el secreto, no te preocupes. Yo ya pasé por esto hace un tiempito… Hazme caso, lo mejor está por venir, te lo aseguro.

La humedad agradecida y frágil que asomó enseguida a mis ojos debió conmoverla, porque se despidió al instante con un gesto

ligero.

Me alegro de que estés de vuelta -me dijo desde la puerta-. Y píntate un poco, anda, que las ojeras no te favorecen.

Me sentí culpable de mi secreto, desleal ante aquella mujer que había sido mi valedora durante una década.

Cuando regresé de dar la clase, agotada por el esfuerzo de mantener un empaque que no sentía ante aquellos veinte pares de ojos ansiosos y rebuscones, vi que Secundino había dejado el correo sobre mi mesa. Y un paquete enorme, plano y cuadrado, envuelto en papel de estraza y atado con esmero con una fina cuerda.

El mundo se complace en celebrar tus cuarenta años a bordo, compañera, decía la pequeña tarjeta.

Reconocí la letra de Techu. Rasgué el papel con la emoción de una niña pequeña a la que se le perdona sin reservas cualquier agravio anterior, y descubrí un *collage* maravilloso, hecho con multitud de fotos mías recortadas: desde que era apenas un bebé desnudo y sonriente sobre una mantita, hasta mi rostro concentrado meses atrás frente a una escultura moderna; y, entre ellas, entretejidos como un mosaico o un tapiz que palpitaba, fragmentos de las decenas de cartas que había escrito a Techu, billetes de tren, entradas de cine, pases a conciertos, notas del colegio, convocatorias de asambleas universitarias, letras de canciones y posavasos garabateados con propósitos sin cumplir y citas olvidadas. Y, en la esquina inferior derecha, con la letra menuda y nerviosa de mi amiga, una dedicatoria y una firma escueta.

Nunca el tiempo es perdido. T.

Obvio. Quién si no.

No podía ser de otro modo: tenía que ser ella, mi amiga, la que apretara el botón definitivo. La que me encontrara y me llevara de vuelta a mi lugar en el mundo. La que desbaratara todas mis angustias y me devolviera la confianza de que todo estaba bien. Como ya no veía nada de tanta agua tenía acumulada en los ojos (por no hablar de cómo amenazaba con gotearme la nariz de forma nada respetable sobre mis fichas de control de asistencia), me precipité a buscar un pañuelo en el abismo de mi bolso *oversize* despanzurrado en el suelo. Y, mientras acababa con las provisiones de *kleenex* pensé que mejor me lo colgaba al hombro, me ponía las gafas de sol y salía un rato de allí.

Total, era mi cumpleaños, ¿no? Pues eso. Hagan juego, señores.

*

Pocas cosas me gustaban más que desayunar a media mañana en un lugar cálido y agradable como éste: un café tradicional de mesas de forja y mármol y mostrador de madera maciza, rejuvenecido por algunos detalles de modernidad de muy buen gusto. El color de la pintura en las paredes, los mandilones negros de los camareros sonrientes, la loza aligerada en las tazas y los bonitos grabados en la carta me aseguraron que había hecho una buena elección.

De camino a la golosa mesa vacía al fondo del local, me fui quitando el abrigo y la bufanda, mientras hacía malabares con el bolso y los libros que llevaba en la mano. Con un suspiro de satisfacción, me senté a la mesa que había fichado junto a la ventana. Coloqué cuidadosamente todo el arsenal en la silla libre que quedaba a mi lado. Escuché de fondo, bajito, la inconfundible trompeta de Miles Davis y me sonreí. Me parecía una buena señal.

Esperé a que me tomaran la comanda, me aseguré de que la mesa estaba bien seca, y saqué de mi bolso el bonito sobre y los folios color crema que había comprado. Comencé a escribir con mi nuevo rotulador favorito, de finísimo trazo rojo. No iba a esperar ni un instante más para arreglar las cosas.

Querida T. (are you T. in my book?):

Me has vuelto a sobrepasar, como siempre. Has vuelto a demostrar lo grande que eres, capaz de ignorar las miserias de nuestros días oscuros y las debilidades de los que amas. No como yo, la pusilánime de las grandes escenas.

Gracias, gracias por tu maravilloso regalo de cumpleaños. Único y hermoso, hecho para mí. ¿De dónde has sacado tanto material? ¿Y cómo has conseguido crear un conjunto tan emocionante e intenso? Es de una plasticidad tan rotunda… Me va a ser difícil encontrar el marco adecuado para colgarlo en mi habitación. Porque va derechito al cabecero de mi cama, que lo sepas. Por esta vez, me puedo permitir una

sobredosis de narcisismo, ¿no crees?

Ahora déjame que sea yo quien te haga un pequeño regalo.

Techu, ha ocurrido algo. Aún no te puedo contar todo, pero quiero que seas la primera en… no saberlo. Ha ocurrido algo muy inesperado y muy teatral, entre el sainete y el drama más arrabalero, pero un milagro, en cualquier caso. Porque ahora por fin voy a poder hacerlo. Sí, prepárate porque ahí va: voy a escribir. En serio y de cabeza. Y nada de relatos ni ensayos ni críticas literarias: una novela. Así, como te lo cuento. Después de tantos años de juguetear con la idea, de marearte con desaforadas volteretas mentales sobre mi necesidad de escribir algo propio, de dejar de vivir a través de las palabras de otros. Prefiero ni pensar en cuánto de morboso o de flojera íntima había en tanto postergar las intenciones. Tanto hablar y hablar de lo que quiero hacer, y tanto vértigo a la hora...

El camarero trajo en ese momento una generosa copa de zumo de naranja, que me liquidé ansiosa de un largo trago. En un gesto infantil, me relamí los labios de los restos ácidos mientras comprobaba de reojo si alguien me estaba mirando.

…de ponerlo verdaderamente en práctica. Y ya está bien, ¿verdad? Que una ya tiene una edad en la que cada demora puede ser una pérdida irreparable. En cuanto he recibido tu regalo, he sabido que el momento de la verdad había llegado. Hoy, precisamente hoy, decido este nuevo comienzo, y no he podido esperar a escribirte. He buscado un lugar de esos que sé que te gustan para hacerme un desayuno regio y celebrar contigo mi decisión. Con té y pan crujiente, con aceite y azúcar. A tu salud y antes que nadie, compañera….

Enseguida apareció sobre la mesa el resto del desayuno, tan delicioso y fragante como ya lo era en mi imaginación. Me preparé el té y las tostadas despacio, a mi gusto, disfrutando del pequeño ritual.

¿Recuerdas cuando, al más puro estilo Rayuela, nos desafiábamos a encontrarnos por azar, una mañana cualquiera en un café desconocido, dándonos apenas unas pistas para centrar las coordenadas de búsqueda o vagabundeo? Las mañanas soleadas de invierno en Madrid son las mejores, aunque tampoco estaba mal aquello de la lluvia sobre los bulevares, calando el paraguas torcido, y luego esa humedad evaporándose al entrar en el cálido punto de destino y, tantas veces, de encuentro…

Bueno, a lo que íbamos: que el puro azar, o el espíritu burlón del destino que nos gobierna, me ha puesto la vida patas arriba. Me ha sacudido hasta el tuétano, y, de paso, ha disuelto por fin, como por ensalmo, el tapón de excusas para hacer lo que de verdad deseo.

Y hay más: no sólo voy a escribir, sino que sé sobre qué quiero hacerlo. Lo decía la Zambrano: "Hay cosas que no pueden decirse, es cierto; pero precisamente aquello que no puede decirse es lo que debe ser escrito". No me regañes. Esta vez, la cita es procedente, no me digas que no. Todo se ha desencadenado como un alud de coincidencias mágicas y rupturas memorables… Pero no puedo contarte más. Déjame unos días para terminar de poner en orden unos asuntos y prometo aplacar generosamente tu curiosidad con todos los detalles. Ahora, hoy, sólo quería que, como siempre, fueras mi cómplice, la maestra de ceremonias de los momentos fuertes de mi vida. Y vive Dios que éste es uno, querida mía. ¡Va por ti!

*

A pesar de la cena de celebración chafada por mi desgana, Arturo me volvió a llamar a la hora de comer. Fue una conversación cortés, con el ruido de fondo de la prevención y un intuido acabamiento. No concretamos un encuentro, creo que él no se atrevió a la posibilidad de otro desplante. Aquella tarde, hasta que salí del colegio, aproveché para completar las últimas páginas de la libreta de citas que me regaló cuando este siglo empezaba. Transcribí mis pensamientos en torno a las que habían sido nuestras charlas postreras, que olían a final como el cielo olía a agua.

Y, sorprendentemente inmune a cualquier sentimiento de culpabilidad, insistí en recordarme a mí misma que no podemos decidir cuándo se acaban las cosas.

Podría decirse que mi historia de cinco años con Arturo se extinguió sin remedio en cuanto yo dejé de alimentarla. No es que me sintiera orgullosa, ni mucho menos, pero conseguí objetivar por fin que aquélla había sido una relación inestable y destructiva para mí, tanto como excitante y suplementaria para él. Lo cierto es que él llegó a mi vida justo cuando lo necesitaba, del modo que yo quise. Me gustara o no, Arturo encarnó precisamente aquello que yo estaba dispuesta a aceptar: relumbrón intelectual, una agitada actividad social, discusiones más o menos alambicadas sobre literatura, algún que otro viaje novelesco y ninguna posibilidad de compromiso definitivo. A su lado, había aprendido cuánto de mí, magnificado en él, no me gustaba en absoluto: él me ganaba de lejos en lo que a ser despegado, vanidoso, engreído, voluble y caprichoso se refería.

Era innegable que, en muchos aspectos, yo había encontrado en él la horma de mi zapato. De modo que ahora yo, zapatera de raza, la hija del Plata, su otra reina sin trono, estaba dispuesta a hacerme con todo un arsenal de calzado a mi medida.

Sentí tristeza por la llegada del momento aplazado, pero

consideré que debía ser yo quien lo pusiera en palabras, cara a cara. Apuré la última página libre de la libreta de citas con unos versos espontáneos que me dibujaron una sonrisa en la cara.

Mi amante canoso,
fibroso y garboso,
meloso y poroso,
se ha marchado ya.
Lo he dejado ir, se ha dejado ir,
como un globo rojo que escapa
de la mano de un niño desconcertado,
un poco enfadado y entristecido por la pérdida.
Un niño que, de pronto,
siente alivio por tener las manos libres
para el algodón de azúcar que le espera.

Llamé de inmediato a Arturo al móvil, que aceptó a regañadientes un cóctel en *Chicote* aquella noche. Y, por el camino, tiré su libreta de grandes frases a una papelera.

*

Pasé la tarde de mi cumpleaños con mi madre en la residencia. Decidí, en el último momento y sin duda, que aquel día sólo quería estar con ella.

Sin escenas. Sin acosos. Sin exigencias.

Le llevé la tartita de queso que me había traído Miriam (también era su preferida) y dejamos transcurrir los minutos en el jardín, mientras se la zampaba con glotonería. Yo le limpiaba de cuando en cuando los restos que se le quedaban en la cara o le caían en la pechera o en la falda, mientras disfrutaba los rojos y marrones de aquel otoño apacible que nos envolvía. No hacía falta hablar, y aquello me reconfortaba infinitamente.

Aquel día empecé a sentirme cómoda con los obstinados silencios de Raquel.

Cuando llegué y vio la tarta, ella fingió acordarse de la fecha que era. Se interesó con palabras vagas acerca de mí, pero yo sabía que no tenía ni idea. Le leí un rato y la acompañé luego a su cuarto para cambiarse antes de la cena (mantenía aquella coqueta costumbre, aunque sólo se tratara de ponerse un pañuelo o un collar distinto). Descubrí un placer nuevo en peinarla, pintarle las uñas y untar de crema su fina piel reseca. Cuando fui a darle un beso para despedirme, me sujetó ambos brazos con unas manos extrañamente fuertes, como garras.

- ¿Te vas… sin tu regalo? -balbuceó con el ceño fruncido, aparentando enfado-.

La miré, interrogante, y entonces se rió bajito, con los hombros estremecidos de una niña pequeña que te ha engañado, que te ha gastado una broma, y señaló su mesilla de noche.

Mira ahí, anda, qué tonta…

Se sentó en la cama con las manos sobre el regazo, esperando. Yo abrí el cajón de la mesita y encontré un paquete torpemente

envuelto en un papel de regalo probablemente reutilizado. Dentro había una *moleskine* , una libreta idéntica a la que me regaló diez años antes, cuando papá murió y ella se vino aquí. Quería que escribiera sobre mis viajes y se lo leyera cuando fuera a visitarla. Tendré tanto tiempo libre ahora, decía. La miré sin dar crédito a lo que veía. Ella, entre orgullosa y avergonzada, se miraba las manos retorcidas. Se acordaba, sí. De lo que quería. Sabía que era mi cumpleaños, entonces. O puede que, simplemente, esperara a que llegara un día en que fuera a verla con una tarta, ya está. Le di las gracias, retiré la familiar goma negra y pasé despacio las páginas. ¿De dónde habría sacado aquel cuaderno? ¿A quién le habría encargado comprarlo? ¿Desde cuándo lo tendría guardado, envuelto en ese papel espantoso lleno de arrugas, esperando a que fuera el ignoto día en que tendría que dármelo como regalo?

¿O era tan sólo una señal, su señal, de que debía reescribir mi historia?

Ahora ya tenía mi propia libreta. La que esperaba mis propias frases (ésas que aún tenía que construir). Pero ¿tenía que ser precisamente mi madre quien me la regalara, y precisamente ahora? ¿En medio de este desmoronamiento o recolocamiento general? La enésima broma del destino, quizá. O la segunda oportunidad que yo misma me había negado.

Quién sabe. El caso es que yo aceptaba el envite y entraba al trapo. De cabeza y con bravura, que no se diga. Va por ustedes: doña Raquel, don Sebastián. Y, cómo no, también por usted, don Matías Alfaro. Quienquiera que fuera.

*

En las semanas siguientes, fui poniendo en marcha concienzudamente las medidas que había determinado para la primera fase de mi proceso. Concentré en lo prioritario mi horario de trabajo y reduje mi asistencia a eventos diversos, de modo que mis jornadas se fueron aligerando, dejándome más tiempo para mí misma.

Comencé a recopilar notas sobre mi padre.

Sobre Sebastián.

Elaboré fichas, resumí datos y pensamientos, busqué recortes antiguos, fotos, nombres, recuerdos al fin que se habían quedado prendidos en mi memoria, y los trasladé minuciosamente al papel. Fechaba cada entrada en mi cuaderno, y sólo escribía en las hojas impares. Dejaba la página enfrentada libre para anotaciones posteriores, ideas relacionadas o ampliaciones sorprendentes.

Compré revistas de decoración, buscando la plasmación del difuso estilo que imaginaba para mi casa remozada. Guardaba las hojas arrancadas en fundas de plástico transparente, archivándolas en orden en una carpeta de anillas. Al cabo de un tiempo, pasando rápidamente las páginas con retazos de hogares ajenos, conseguí visualizar lo que quería para el mío.

Dediqué varios días a actualizar mis agendas de teléfonos y direcciones de correo electrónico. Mantuve pequeñas charlas intrascendentes con amigos remotos que me llenaron de alegría ligera. Escribí e-mails a conocidos y contactos, sin tópicos y con mucho de gozosa exposición de mi vida actual y de mis deseos de volver a verlos.

Recorrí infinidad de tiendas con la precisión de quien observa especies protegidas. Deshojaba la nueva ropa de temporada y arriesgaba conjuntos inéditos, que me probaba con mirada crítica, para descartar la mayoría. No sabía exactamente qué imagen de mí

misma buscaba, pero estaba convencida de que la reconocería en cuanto la viera. Confiaba en el poder transmutador de los complementos adecuados, de modo que invertí largas horas de ojeadora experta en localizar bolsos increíbles, botas y zapatos únicos, cinturones definitivos y algún que otro estiloso gorro invernal, que acabaron de completar un guardarropa decididamente adecuado.

Entretanto, escrutaba una y otra vez mi casa, incapaz de decidir cuál sería mi lugar consagrado a la escritura. De momento, lo mismo utilizaba la mesa del comedor que el mostrador de la cocina o mis rodillas en el sofá o la cama. No quería apresurarme, de modo que dejaba para el momento propicio elegir el escritorio (fundamental) y la silla, que debía ser comodísima y especial. Sólo había ido haciéndome con pequeños detalles: una lámpara de lectura inglesa, unas bandejas indias de madera para los papeles y una cajita con incrustaciones de nácar para los clips. Y no paré hasta encontrar la papelera perfecta, de elegante cuero marrón: según Hemingway, ése debía ser el primer mueble en el estudio de un escritor…

El caso es que aquella llamada, aquel mensaje del más allá y del más acá, había conseguido proporcionarme una energía nueva. Había relieves, perfiles nuevos en mi paisaje. Y el germen de una rara determinación había prendido en mí con la fuerza de una revelación. Supe que el tiempo y el azar, tan tenaces como inevitables, habían logrado lo que mi voluntad no consiguió: concretar la certeza de que podía escribir porque ahora tenía algo que contar. Por mí misma, con mi verbo propio y las renuncias que hicieran falta. Y supe que, por fin, me llegaba el momento de un nuevo principio.

Me sentía invadida por una inquietud distinta y agradable. Diferente a la permanente desazón vital de la que llevaba tanto tiempo presa; una pila de años sufriendo periódicamente del mal de las elecciones no realizadas, de las oportunidades necesariamente perdidas por descartadas.

Se me había revelado una historia anterior y paralela a la mía propia, que nunca tuve la oportunidad o el valor de conocer. Qué poco nos interesa saber de las personas y las cosas que nos precedieron en el mundo, qué simplificadores somos a la hora de resumir sus trayectos vitales o la significación de sus actos. Sobre todo cuando se trata de nuestros padres. Enseguida tiramos de lugarcitos comunes y etiquetas facilonas para ubicarlos en el espacio y el tiempo, de forma que no nos incomoden más de lo estrictamente necesario, para que hacer la foto nos cueste el mínimo esfuerzo. Por

no hablar de las justificaciones generacionales, históricas o sociales que siempre tenemos a mano para perpetuar el mismo dichoso sonsonete.

Sin embargo, ahora sí.

Ahora podía recordar.

Recordar que, dieciséis años atrás, mi padre se precipitó en el silencio y comenzó a escribir cartas, montones de cartas en soledad, mientras mi madre forcejeaba con la culpa y el rencor, y yo naufragaba en la desesperación por la muerte de Daniel, mi hermano pequeño.

Y recordar que, poco después, escapé como pude de aquella negrura, con los veinticuatro recién cumplidos, una beca que remotos parientes toledanos gestionaron a toda prisa en la Universidad de La Plata y un billete carísimo a Buenos Aires que mi madre pagó de sus ahorros, con una mezcla de alivio y resignación fatalista. Precisamente a Buenos Aires…

Sí.

Ahora, por fin, podía recordar.

1990-1992, Buenos Aires

Me gustaba alimentar una íntima sospecha: el destino había trazado un amplio círculo cómplice diseñado sólo para mí. Un juguetón salto mortal de ida y vuelta en el tiempo. Arrancaba cuando mis padres, recién casados, se marcharon desde Toledo a Buenos Aires a principios de los 50, y concluía con garbo y arte circense treinta y siete años después, justo en el mismo lugar, cuando la fortuna propició mi encuentro fortuito con Ariel: un historiador argentino de ojos verdes que me hizo desfallecer desde el primer momento.

Llevaba ya más de un año fuera de casa, y, a excepción de las llamadas telefónicas cada vez más distantes y de alguna que otra carta de puesta al día, había reconstruido mi vida lejos de mis padres, y no pensaba ni en un solo momento que pudieran necesitarme o echarme de menos. Al menos, no tanto como averigüé después. En realidad, sólo vivía para mí, para el fascinante y pretencioso ambiente universitario en el que me movía, donde cada proyecto quería ser aún más hiperespecializado y rimbombante que el de al lado. Y me entregué con entusiasmo a la investigación que se me había encomendado como razón de mi beca (ni más ni menos que "Patrones migratorios europeos en el advenimiento del Pensamiento Judío en Argentina", prorrogada ya por tercera vez), para prolongar *sine die* mis oportunidades de recorrer las calles y los secretos inagotables de Buenos Aires. Con Ariel, por supuesto.

Era el invierno del 91 (ahora es verano en Madrid, me recordaba a menudo), y hacía unos dos meses que había trasladado mis pocas cosas y mi considerable arsenal de libros y carpetas a su apartamento. Mientras mi padre, al otro lado del océano, seguía boqueando como un pez en el charco de su silencio irremediable, y mi madre hacía como que no pasaba nada, yo ofrecía a Ariel mis recuerdos sin mesura, como el niño que comparte su caja de tesoros.

Me había abierto a él como una flor, por primera vez en mi vida: sin reservas y con entrega absoluta.

- Nací al poco de que ellos regresaran -le iba contando a mi novio, en una particular danza de los mil velos-, el último día de octubre de 1965. Parece ser que, con la mejora económica general, el negocio comenzó también a prosperar poco a poco. Mis padres se empeñaron hasta las cejas para comprar el piso en el que aún siguen viviendo y, cuando cumplí siete años, decidieron arrendar otro diminuto local en la misma calle para que lo atendiera mi madre. Era tan pequeño que no tenía siquiera almacén.

Puedo verme en ese mismo instante, con los ojos entrecerrados, sorbiendo el mate caliente y mirando sus ojos chispeantes.

- Y, cada día, a la salida del colegio -continuaba yo-, ahí me tenías, recorriendo infatigable la calle arriba y abajo con mi patinete, porque, cada vez que un cliente pedía un número o color que mi madre no tenía en su minúsculo escaparate o en las menguadas estanterías, yo tenía que ir a la otra tienda a buscar los zapatos y llevárselos a toda prisa, ¿te lo imaginas?

Ariel reía y me acariciaba el pelo, y sí, yo sentía que él me imaginaba. Que imaginaba a aquella cría que aún estaría perdiendo sus dientes de leche, afanándose cuesta arriba, haciendo equilibrios con las cajas sobre el manillar, impulsándose con esa determinación que ya entonces marcaba mi frente con una ligera raya vertical. Me sentía comprendida como nunca antes, acogida en sus brazos sabios de experto en historias remotas, y le contaba sobre el inexcusable verdugo de lana azul marino (tenía otro gris) que había de llevar a diario para proteger mis frágiles oídos del viento helado de Madrid en invierno. Cómo lo odiaba, cuánto me picaba, y con qué empeño mi madre me lo enfundaba un día tras otro, aplastándome la melena castaña.

- Un verdugo, pero qué decís -bromeaba Ariel, exagerando su asombro- ¿qué clase de nombre es ése para un gorrito? Cómo sós por allá…

Y es que a su lado la vida era dulce y risueña. Con él había música y libros, discusiones en los cafés hasta la madrugada con personas interesantes que, como él, me embobaban, con su derroche de argumentos, opiniones y conocimientos sobre los temas más peregrinos y trascendentales. Había teatro cada semana, sesiones de cine japonés y excursiones, seminarios sin cuento y un futuro sin reservas.

En Fin de Año, el departamento de Pensamiento Judío de la Universidad organizó una fiesta: sería la recepción de bienvenida a

los becarios recién llegados para el siguiente curso, y de despedida a los que volvían a sus casas. Comimos y bebimos sintiéndonos como en casa, y Ariel bailaba sin parar con aquella música rítmica y repetitiva que tanto les gusta a los judíos para sus danzas grupales. Yo charlaba con los estudiantes novatos del departamento, sintiéndome una veterana, cuando, de pronto, Ariel se plantó en medio del grupo, colorado y sudoroso, con los ojos verdes brillando como faros bajo los bucles negros pegados a la frente.

- Vení, vení fuera conmigo -decía mientras tiraba de mi brazo, sonriendo a diestro y siniestro, sin dejar de bailotear-.

Salimos al aire cálido de la noche de verano.

- Te vas a poner malo, estás sudando -le regañé con suavidad, cubriéndolo maternalmente con mi propio chal-.

- ¿Sabés que recién comenzamos un año bisiesto? ¿Y que fue Julio César quien determinó la duración de los años actuales de trescientos sesenta y cinco días y cuarto? ¿Y que los años bisiestos son años de cambios enormes, de crisis y cataclismos, de revoluciones y saltos?

Yo asentía con paciencia y una sonrisa divertida ante el evidente achispamiento de mi novio.

- ¿Y sabés también que quiero pasar contigo los próximos diez años bisiestos como poco?

Me puse a reír como una tonta, con un jijiji absurdo que sonaba cada vez más fuerte. Ariel me tenía sujeta de las muñecas, intentando que yo bailara también a su peculiar ritmo.

- Vaaamos, liiiinda, decíííme yaaaa –exageraba Ariel su moroso acento, frotando su nariz contra la mía -. ¿Querés casarte conmigo?

Miré hacia arriba, al cielo negro repleto de estrellas; miré los hermosos edificios adornados e iluminados, escuché el bullicio de la calle y me sentí, por una vez, en paz.

- ¿Y por qué no? -pregunté y contesté a la vez, con aquel interrogante que se había convertido en nuestra contraseña o talismán desde que nos conociéramos un año atrás-. Pero será en Madrid. Es hora de volver, lo sé -dije, tan convencida que ni yo misma reconocí mi voz, mientras me acercaba para besarlo-.

A finales de febrero de 1992, estábamos listos para volar con destino a España. Ariel se sorprendió al observar el poco equipaje que me llevaba de Buenos Aires después de casi dos años.

- Lo llevo casi todo puesto -sonreí, echando un último vistazo a aquel estudio y cerrando definitivamente la puerta-.

Y en verdad era así, pues aquel tiempo había amueblado el interior de otra mujer, alicatada de seguridad en sí misma y

confianza en el futuro, tapizada de un amor grande y nuevo, y adornada de recuerdos únicos para toda una vida.

Unas semanas antes, cuando llamé a casa para anunciar mi regreso, mi padre había podido por fin ponerse al teléfono y pronunciar sus primeras palabras en más de dos años. Ronco, lejano al principio, el Plata volvió a cantarme, en un susurro:

Y te prometo que muy juntos andaremos
en cada cosa que la infancia iluminó.
Porque hoy regresas y tu vuelta cantaremos
los tres como antes: Buenos Aires, vos y yo.

1992-1993, Madrid

Mis padres recibieron a Ariel con mesuradas muestras de afecto y una cierta desconfianza. Nos alojaríamos temporalmente en la casa de Chamberí, en mi habitación de siempre, compartiendo mi estrecha cama de adolescente, a pesar del gesto permanentemente contrariado de mi madre.

Dediqué los primeros días a recuperar los olores y la luz de mi ciudad, paseando con Ariel de la mano por el barrio, interminablemente, redescubriéndole los lugares de la infancia. Y enseguida sentí el deseo urgente de ver a Techu, por lo que, en cuanto pude, me escabullí una mañana y me presenté en la Facultad de Sociología.

Busqué los despachos del Área de Investigación. Sabía que la encontraría allí, enfrascada en sus papeles y en Dios sabe qué nuevo proyecto. Hacía más de tres meses de su última carta, y no había querido avisarla de mi regreso para sorprenderla con mi presencia y el cargamento de noticias para compartir. Mientras caminaba por los pasillos, entre estudiantes que me parecieron infinitamente jóvenes, noté de golpe el peso de la añoranza y el tiempo transcurrido.

Me indicaron una puerta marrón que debía tener más de treinta años, sin identificación alguna, y llamé con los nudillos.

- Adelante -gruñó su voz infantil-.

Sonreí para mí, imaginando con anticipación la contrariedad que le supondría a mi amiga verse interrumpida de aquella manera. Empujé la puerta y allí estaba: casi sepultada entre mazos de papel y libros apilados, con su pelo rojo cortísimo, las pecas y las gafas redondas un poco torcidas. La expresión de su cara al verme me proporcionó un instantáneo baño de alegría. Y la certidumbre del afecto recobrado de inmediato.

- ¡Por Tutatis! -exclamó, levantándose de golpe y tirando la silla y una torre de libros en su prisa por rodear la mesa y abrazarme-.

¡Pero qué ven mis ojos, la hija pródiga retornada!

Qué pequeña parece entre mis brazos, pensé, abarcándola entera. Ahora sí que estaba en casa. Techu era tan escasa de estatura como grande en inteligencia y lucidez. Hacía más de doce años que nos conocíamos, desde el colegio de monjas de Chamberí, al que Techu llegó en Bachillerato. Nos mirábamos encandiladas, reconociéndonos de nuevo la una y la otra.

- Hala, vámonos a celebrarlo y me cuentas todito de cabo a rabo, mala persona, dejada, que no sé ni cómo te hablo todavía con lo abandonada que me has tenido todo este tiempo -mascullaba Techu, divertida, mientras metía en su impenitente mochila buena parte del contenido de la mesa- . ¿Hacen unas tortitas?

Recuperamos nuestras míticas caminatas de adolescentes con un largo paseo hasta el Templo de Debod, disfrutando del cielo transparente y un sol bendito. Yo hablaba sin parar y Techu acotaba de cuando en cuando, concentrada y orgullosa de su amiga recobrada.

- ¿Has visto ya a Marta? -me preguntó de pronto, mientras inundaba de sirope de fresa su contundente desayuno-.

- Claro que no, primero tenía que verte a ti, estaría bueno -bromeé, retomando el viejo juego de precedencias y lealtades aseguradas-.

Desde que Marta se incorporara en COU a nuestro círculo íntimo, no habían faltado los momentos de pequeños celos y demandas de preferencia por parte de Techu. Pero, de algún modo, Marta era la tercera pata que equilibraba la sólida amistad exigente y llena de picos que Techu y yo nos habíamos construido. Suponía un complemento eventual más que necesario, porque aportaba el contrapunto de lo sencillo, lo funcional y prosaico. Un toque de necesario pragmatismo a la vorágine de extrañezas demudadas y desasosegantes a las que nuestro dúo se abocaba con frecuencia. Aunque en ocasiones se convirtiera también en la tercera en discordia, Marta era concreta, segura, rotundamente práctica. Y bastante guapa, al estilo clásico: rubia natural, de facciones proporcionadas y cuerpo armonioso. Pero no llamaba la atención. O, más bien, la desviaba intencionadamente, pues ponía todo su empeño en cultivar un aspecto y actitud de monja alférez.

A pesar de las peculiaridades respectivas, tanto Techu como yo disfrutábamos de un contexto familiar comprensivo y sin apuros económicos. La llegada de mi hermano pequeño había aligerado el rigor en mi casa, y las zapaterías familiares se habían ampliado y cada vez marchaban mejor. Techu era la mediana de una gran prole

que ocupaba las tres plantas de un antiguo caserón con jardín, escondido en una callejuela cerca de la Glorieta de Quevedo. Allí vivía con sus padres, sus seis hermanos, los abuelos maternos y una tía muda con dotes adivinatorias que fascinaba a todo el que tenía la suerte de conocerla. Marta, sin embargo, era la hija pequeña de una familia siempre a la cuarta pregunta, cuyas preocupaciones no iban más allá del más puro día a día. A nadie en aquella casa de Cuatro Caminos (a la que, por vergüenza, nunca nos llevó ni a Techu ni a mí), le preocupaban lo más mínimo las inquietudes de aquella benjamina con aspiraciones, llegada tarde y sin querer cuando los demás hijos ya estaban criados. A pesar, o quizá a causa, de todo ello, era una estudiante ejemplar, siempre becada, rigurosa en su método y administradora feroz de los menguados fondos que, a base de clases particulares y trabajos esporádicos, le permitían salir adelante.

El inicio de la Universidad supuso un salto definitivo en nuestras vidas. Marta tenía clarísimo desde hacía tiempo que lo suyo era la Filología Hispánica. Yo, en plena fase de rastreo de mis orígenes y mi toledana verdad ancestral (¡ja, quién me viera ahora!) tonteé durante un año con la Filología Hebrea, aprendí bastante y me lo pasé de fábula resolviendo una suerte de continuo acertijo. Pero volví al redil al curso siguiente y me matriculé en Hispánica, con la ventaja de que ya tenía a Marta facilitándome el camino (y los apuntes, y los trabajos). Techu dudó un tiempo entre Ciencias Políticas o Sociología. Su decidido afán por entender el mundo hizo que finalmente se decantara por la última.

- Y si me arrepiento, con cruzar tres setos ya está corregido -se guaseaba de sí misma, pues ambas facultades compartían un pequeño campus junto a la carretera de La Coruña.-

Seguimos saliendo juntas los fines de semana, aunque los grupos se fueron diversificando al incorporar las nuevas adquisiciones del entorno universitario respectivo. Eran los 80, el tiempo imborrable de las primeras escapadas por el mundo, las hombreras, Whitney Houston y Madonna, los nuevos románticos, los fines de semana en remotas casas de amigos de amigos y el descubrimiento mochilero de la Europa cada vez más cercana.

Al poco de comenzar cuarto de carrera (ellas, claro, yo andaba aún por tercero tras mi año de *shabat* inicial), una noche de lluvia, jazz y parchís en la sala “Clamores” de Alburquerque, entre el humo y las notas del saxo de Pedro Iturralde, decidimos irnos a vivir juntas. Las tres habíamos paladeado nuestra particular historia de amor eterno aquel verano, que acabó, y mal, al poco tiempo de

regresar cada cual a su casa. La mía se extinguió como una llama sin pábilo con los quinientos kilómetros de separación; la de Techu se rompió cuando la novia local la llamó hecha una furia, y la de Marta resultó que había sido la última intentona desesperada de un lánguido poeta atribulado para dejar de soñar con efebos complacientes. Estuvimos de acuerdo en que fortalecer nuestro triunvirato era más importante que nunca, y para Navidad ya estábamos poniendo el arbolito de plástico común en un piso casi nuevo del Parque de las Avenidas.

Tras casi dos años de convivencia, ocurrió el accidente de mi hermano pequeño, y abandoné precipitadamente la casa que compartíamos para volver con mis padres. Techu se buscó enseguida una excusa para marcharse también. Había conseguido una plaza de asistente en el Departamento de Métodos de Investigación Sociológica de su Facultad en la Complutense, y adujo razones de proximidad y acceso a bibliotecas para trasladarse a una buhardilla en su mínima expresión cerca de Moncloa.

- Si quieres, nos pasamos por la librería donde trabaja Marta y así la ves -insistió Techu con guasa, haciéndome volver de golpe al presente, mientras rebañaba el plato con el último trozo de tortita y se disponía a pagar al camarero-.

La miré entre sorprendida y expectante. Así que Marta trabajaba en una librería… Ella aguantó unos cuantos meses más en aquel piso, demasiado grande y demasiado caro para ella sola: su orgullo y habilidad hacían maravillas para estirar el parco sueldo de correctora de textos en una editorial de medio pelo. Pero acabó dejándolo la primavera siguiente, en cuanto le dije por teléfono que me marchaba a Argentina. Para qué tanto piso si ya no vas a volver de ninguna manera, murmuró entre dientes.

- No está lejos, es una callejuela detrás de San Bernardo. Venga, vamos, a lo mejor le da un patatús, ¡y yo que lo vea! -se rió Techu bajito, complacida ante la posibilidad-. Al poco de irte tú, desapareció del mapa durante seis meses, luego me contó que para hacer un curso superior de biblioteconomía (becada, por supuesto, ya sabes que ésta se las lleva todas) en no sé qué escuela en Alemania, en Colonia, creo, y enseguida se colocó en la librería. No la veo desde que nos encontramos esta Navidad pasada en una fiesta de ex alumnas que organizaron las monjas. Qué pena que te la perdieras, ¡fue un desfile inenarrable! Yo me sentía un bicho raro entre aquella mezcla de ejecutivas en ciernes y señoras de su casa con mechas, no sabes qué cuadro, pero la verdad es que me gustó ver a Marta. Está igual, bueno, mejor, como más suelta, menos

cuadriculada, no sé.

La noche antes de viajar a Buenos Aires, recibí una llamada bastante extraña de Marta. Con una sombra de ansiedad en su voz, me citó a una hora inusualmente tardía para sus hábitos casi monacales. Había refrescado, y los cristales del Café Central estaban ligeramente empañados. Marta llegó apresurada, con los ojos un poco enrojecidos y las manos temblorosas. Se tomó su café en dos sorbos y me miró.

- Sólo quería darte esto. Es importante para mí. Te deseo suerte y coraje, amiga mía.

Me entregó un paquete envuelto en papel de estraza, me anotó la dirección de su nueva casa en una servilleta, me besó en el pelo y se marchó. Apenas estuve diez minutos con ella, pero aquel último encuentro me dejó un rastro de amargura que, sin embargo, olvidé enseguida. Nunca llegué a entender la trascendencia de aquel álbum de cartulina negra, con recortes de periódico cuidadosamente pegados e incontables anotaciones con letra mínima casi ilegible, en lápiz blanco, cubriendo todos los márgenes.

Durante mi tiempo en Buenos Aires, recibí puntualmente una postal de Marta cada mes, siempre con una hermosa cita de un libro, pero sin remite. Yo sólo le escribí una vez, al principio, pero me devolvieron la carta. “Dirección desconocida”, decía. Y luego las cosas se sucedieron y ya apenas volví a pensar en ella.

- Es aquí a la vuelta -apuntó Techu-. Mira, ahí, “El Aleph”. Marta lleva ya por lo menos un año trabajando de librera. Quién se lo iba a decir a ella, toda su vida queriendo llegar al final y se ha quedado atascada en el principio.

Me reí sin poder ni querer evitarlo. Techu era única con los juegos de palabras irónicos. Probablemente la librería se llamara así por ser su dueño devoto o apasionado de Borges, pero no se me escapaba que también era la primera letra del alfabeto hebreo. Me estremecí ligeramente, y supuse que se debía a la expectación por sorprender a mi vieja amiga.

Porque había algo que Techu no sabía y yo sí: como todas las demás letras de ese alfabeto, ésta tenía un valor numérico (uno), una representación simbólica (el buey) y un significado (fuerte). Y no había duda de que Marta había arado duramente su camino en soledad hasta llegar precisamente a donde había querido.

Lo supe nada más verla, moviéndose segura y llena de encanto entre las estanterías y los clientes.

*

Ya llevaba un par de semanas instalada con Ariel en Madrid,

volcada en buscar piso, trabajo y reencontrarme con amigos y conocidos, cuando supimos por las noticias que un coche-bomba suicida había reventado la Embajada de Israel en Buenos Aires, causando varios muertos y heridos. Angustiado como nunca lo había visto, Ariel tardó dos días enteros en contactar con su familia y asegurarse de que estaban todos bien. Emotivo y entusiasmado en sus conversaciones, aprovechó para anunciar la fecha de nuestra boda a sus padres, separados, y a sus dos hermanas. Faltaban menos de dos meses. Pero sólo recibió disculpas y sucesivas negativas pesarosas que lo sumieron en una honda tristeza. Aquella impotencia dolorosa en la distancia le afectó enormemente durante semanas. Por vez primera desde que nos conocíamos, me sentí más fuerte y centrada que él, desorientado en un mar de sentimientos contradictorios. Yo era su ancla en un nuevo mar.

Abril llegó brillante y soleado, cargado de lluvias intermitentes y alguna noche excepcionalmente fría. A pesar de la incredulidad generalizada en España sobre el cumplimiento de plazos, salpicada de indignación por las noticias escandalosas sobre irregularidades diversas, la Exposición Universal de Sevilla abría sus puertas en una inauguración imponente y derrochona. Yo había conseguido trabajo enseguida gracias a Marta. En cuanto ampliaron la librería y la hicieron encargada del nuevo establecimiento, me avisó de que necesitarían dos dependientes más. Uno estaba ya contratado: un muchacho brillante, periodista recién licenciado y sobrino del dueño. Pero el otro puesto podía ser para mí. Sólo tenía que superar con éxito la entrevista con don Alberto, el solterón cascarrabias que dirigía el negocio con mano de hierro y ojo de águila.

Y así fue. Resultó que don Alberto no sólo era un rendido borgiano, sino también un apasionado de la historia y la literatura hebraica. De ahí el doble homenaje del nombre de su propio negocio al principio fundamental. Mi determinación y la experiencia reciente en las profundidades del pensamiento judío precisamente a la argentina formaron un cóctel decisivo para contratarme. De alguna forma, me hizo ver que me tomaba bajo su tutela.

- No podemos decidir cuándo acaban las cosas, Julia, pero sí cuándo comienzan -sentenció el viejo barbudo, entrecerrando los ojos y apoyando sus manos sorprendentemente blancas y finas sobre el escritorio de roble-. Mañana te quiero ver aquí. A las nueve en punto.

Marta se mostró exultante ante la perspectiva de tenerme cerca, y se ofreció también a mover sus contactos para buscarle un trabajo a Ariel. Lo cierto es que me complacía ver cómo ambos habían

congeniado de inmediato, y disfrutaban de largas charlas sobre literatura contemporánea.

Todo iba encajando poco a poco, como las piezas de un engranaje perfecto. En aquellos días me embargaba una sensación mixta de entusiasmo y prevención por lo bien que estaban saliendo las cosas. No estaba acostumbrada a tener el viento de cola, y me preocupaba la certeza de un revés inminente. Encontré un piso amplio y barato en mi barrio de siempre, con un balcón a la plaza de Olavide y pesados muebles decadentes increíblemente bien conservados. A pesar de los inconvenientes de tener a mi madre tan cerca, no pude resistirme a la cálida familiaridad que me invadió al entrar en aquella casa, y decidí alquilarla de inmediato. Al domingo siguiente nos mudamos. Nos bastó un solo viaje en el coche de Techu para llevarnos todo lo que teníamos: un par de maletas con ropa, las cajas con los libros de Ariel sin desembalar, y un pequeño arcón toledano de madera taraceada, con las sábanas y las toallas que mi madre había ido bordando para el ajuar.

Nos casamos por lo civil el primer jueves de mayo en los juzgados de Pradillo. Ariel no lograba quitarse del todo la pesadumbre por la ausencia de su familia, pero mi padre extremó sus atenciones con él, insistiéndole con afecto en que ahora tenía otra familia en España, e invitó con largueza a amigos, vecinos y conocidos a una comida sustanciosa en un asador de su gusto, donde Nacho, mi compañero en la librería, se convirtió inesperadamente en el alma de la fiesta.

Y es que aquel jovencito asturiano tenía ciertamente brillo propio. Escéptico, locuaz y elegantemente amanerado, había venido a Madrid a estudiar Periodismo, y cuando terminó, dos años atrás, decidió que de aquí ya no lo movía nadie. Era un prodigio de exhibicionismo y energía, una especie de Tony Curtis del norte con cierta pátina entre Wilde y Byron. Su pasión por escribir teatro y poesía sólo era comparable a la que sentía por contarlo. Había pasado casi dos años como becario en diferentes periódicos, acumulando varios episodios de acoso (y un derribo) de los que no escatimaba detalles escabrosos que resultaban descacharrantes en sus labios. Pero llegó el día en que dejó de ver el lado divertido del asunto, se hartó de noches de ambiente y resacas interminables y cogió el teléfono para hablar con su tío.

- No había ido a verlo ni una sola vez desde que llegué a Madrid, ¿se lo puede usted creer, don Sebastián? -se confesaba a mi padre, pasándole un brazo por encima de los hombros, agitando deprisa sus largas pestañas y mirándose las uñas impecables-. Un descastado,

eso es lo que soy. Pero el caso es que por fin fui a su casa, ese pisazo recargado y oscuro en que vive como un noble antiguo, con una criada del siglo pasado y torres de libros inundándolo todo.

Mi padre se reía a mandíbula batiente, sin hacer caso a las miradas desaprobadoras de mi madre y a sus más que probables pisotones por debajo de la mesa. Yo tampoco podía dejar de mirarlo, enternecida, intentando recordar cuándo había sido la última vez que lo había visto tan relajado y feliz, más conmovido que escandalizado por los avatares de Nacho. En realidad, él también había producido en mí una suerte de efecto liberador y vivificante, y se estaba convirtiendo en el contrapunto cotidiano perfecto para mi amistad intemporal con Techu.

- Y así ando ahora, Monsieur Segura, de lo más formalito, míreme usted, que ya ni me pinto la raya cuando salgo alguna noche. Hecho un librero de pro, trabajando para mi tío y vendiendo como un poseso, que no se me escapa uno sin endosarle aunque sea un devocionario.

*

En un par de semanas, las gestiones de Marta, pertinaz como la lluvia, obtuvieron resultado, y Ariel comenzó a enseñar Historia como profesor suplente en un instituto de secundaria. Era sólo una sustitución para el último mes del curso, pero mi docto e irresistible argentino no tardó en ganarse a todo el claustro de profesores y, sobre todo, a la directora, soltera y cincuentona, que antes de las vacaciones ya le había ofrecido quedarse como profesor contratado para el curso siguiente.

Tuve mi primera falta a primeros de junio. Eché cuentas y calculé, en mi mejor estilo cabalista, que todo era como debía de ser: al fin y al cabo, el Dios de los judíos era partidario de crear familia bajo la institución matrimonial, y así había sido. Aquella noche de bodas divertida y decadente, invitados por los amigos a la mejor suite del Palace, había sido más productiva de lo que ninguno de los dos hubiéramos sospechado. Tendría a mi hijo para cuando se cumpliera un año de mi regreso a Madrid.

Antes de que amaneciera el día de Santiago, supe que algo iba mal. Me sentía agitada e incómoda, y me levanté en varias ocasiones durante la noche. Notaba presión en el vientre, pero no conseguí orinar ni una sola vez. Me quedé de pie frente al espejo del armarito del baño, sin encender la luz, sólo con el resplandor de la luna colándose por el ventanuco del patio. Y entonces sentí una humedad tibia bajándome por la pierna, que acabó cayendo sobre las baldosas en gotas lentas y oscuras.

En el hospital me dijeron muchas cosas. Que estaba bien, que había sufrido un aborto espontáneo y que no debía preocuparme. Que era muy joven y que estaba sana. Que habría más oportunidades y que, quién sabe, a lo mejor aquello había ocurrido porque el feto no se habría desarrollado bien. Que permaneciera un par de días en casa sin hacer esfuerzos, y que hiciera mi vida normal

después.

Mi vida normal. Ariel permanecía a mi lado, acariciándome la mano, mientras que yo, tranquila y atenta a aquel chorro de frases que fluían de la boca del médico, no derramé lágrimas ni hice ninguna escena. Sólo podía pensar en lo bien que se estaba en aquella consulta con aire acondicionado, y en el calor infernal que me esperaba en la calle y en casa. Pensaba en que había sido una gran idea mi decisión de no hablar a nadie de mi embarazo hasta que pasaran al menos tres meses. Así ahora no tenía que dar explicaciones. Sólo Ariel estaba al corriente. Y juraría que, aunque su preocupación por mí era sincera, había cierto alivio en su cara.

Nos encerramos en casa huyendo del sol contumaz de aquel último sábado de julio. Por el camino habíamos comprado algunas cosas para comer, y Ariel se dispuso a prepararlo todo, después de acomodarme en el sofá con solicitud cariñosa y encender el televisor que nos habían regalado mis padres. Ninguno de los dos nos habíamos acordado de que estábamos en plena jornada de inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona, y nos miramos con una sonrisa triste que pretendió ser cómplice.

Resultó una bendición tener algo que ver sin interrupción durante horas. Poder recrearse en un espectáculo grandioso y marítimo, sin hablar, sólo manteniendo los ojos fijos en una pantalla con vida propia. Pero cuando aquella Infanta grande y llorona conmovió en directo a todo el país, emocionándose sin rebozo al ver a su hermano desfilar con galanura y sombrero de ala, mis lágrimas comenzaron a brotar también, gruesas y lentas, en silencio y sin consuelo, hasta que mis ojos se vaciaron del todo y pude volver a respirar.

Inexplicablemente, volví el lunes al trabajo con ilusión renovada. Me sentía bien, y sólo de vez en cuando una especie de sombra fugaz me cruzaba los ojos, para desaparecer enseguida. Reorganicé entera la sección de clásicos, propuse a Marta algunas ideas para un club de lectura y me acostumbré a leer cuentos a diario. Traducía sencillos poemas hebreos para don Alberto y le reponía la cafetera sin que lo notara. Azuzada por la cantinela inagotable de Nacho, comencé a coquetear íntimamente con la idea de escribir algún día, y llevaba un cuaderno de notas en el bolso para apuntar mis pensamientos o alguna idea. Los días pasaban sin sentir, y disfruté con Ariel de los cines, las terrazas y los helados en la Gran Vía desierta en agosto. La librería no cerraba, y yo me había ofrecido a quedarme todo el mes para que Nacho pudiera pasar unos días fuera.

Una tarde de septiembre, poco antes de cerrar, sugerí a mi

compañero tomar un café a la salida.

- Y dos también, camarada, ¿qué tienes que contarme? –me preguntó, adivinando que había algo más detrás-. Muero por saber, mi dama misteriosa.

Me había atrevido por fin a enseñarle algunas de las cosas que había escrito. Nacho, que me animaba en todo, y volcaba en mí tanto sus inseguridades y proyectos más descabellados como los frecuentes sinsabores de sus amores fugaces, acogió conmovido aquella demostración de confianza.

- El genio sin descubrir que tienes ante ti te promete la crítica más feroz y despiadada que imaginar puedas, querida -afirmó, apretando teatralmente contra su pecho el cuadernito de tapas rojas enteladas-. Prepárate.

*

Nada más comenzar el otoño de 1993, una mañana de domingo supe, sin atisbo de duda, que estaba de nuevo embarazada. Mientras me despejaba la cara en el lavabo, reconocí la presión hormigueante en los pechos, el agujero en la boca del estómago y el asco irrefrenable al entrar en mi nariz el olor de la leche caliente. Ariel dormía a pierna suelta, inmune a la luz que se colaba sin reparo en el pequeño dormitorio. Me miré atentamente en el espejo del baño, buscando en mi rostro un último signo definitivo. Lo descubrí, complacida: allí estaban aquellos puntitos rojos, apenas visibles aún, moteando mis mejillas. Contuve las ganas de gritar, apretando los labios y los puños. Me puse a toda prisa la ropa del día anterior, cogí las llaves de la mesita y corrí escaleras abajo en busca de una farmacia de guardia. Tuve que atravesar el barrio de extremo a extremo, pero el día estaba radiante, y me gustaba caminar por las calles casi desiertas, envueltas en esa calma dominical que amaina las angustias más tenaces.

Con la caja ya en el bolsillo, entré en una reluciente pastelería de Trafalgar en la que servían el mejor café de la zona. Pedí un capuchino, y me fui directa a los servicios. El olor a limpieza reciente me pareció un buen augurio. Me reí de mí misma mientras visualizaba la escena: orinando en escorzo y mojándome los dedos levemente temblorosos con aquel líquido tibio que contenía un secreto dispuesto a revelarse. Me lavé las manos a conciencia en el lavabo de loza, mientras comprobaba de nuevo en el espejo las pecas delatoras y mis ojos como teas, y me dispuse a dar buena cuenta del café que me esperaba en el mostrador. Cuando el tubito me devolvió el punto azul que desesperaba por ver, cerré un momento los ojos para asomarme a mis balcones interiores, de nuevo llenos de luz, y pedí media docena de croissants para llevar.

En cuanto conoció la noticia, Ariel se mostró contento, delicado y

protector. Con su tranquilidad, supo calmar la inquietud y las dudas que no tardaron en invadirme. Los médicos, precavidos ante mi historial y los análisis más recientes, me prescribieron reposo absoluto y una dieta rigurosa que facilitara el desarrollo del niño. Fueron dos meses de inactividad física y agitación espiritual, en los que tuve ocasión de templar a fuego mi carácter. Tenía a mi madre cada día a mi lado, empeñada en acompañarme, hacerme la cama y la comida, plancharme la ropa y revolverme todas mis cosas, derrumbándome el ánimo con su inagotable parloteo quejicoso e insoportablemente repetido. Yo aguantaba con forzosa valentía, hasta que, por fin, mi madre se marchaba sobre las dos de la tarde para poner la comida a mi padre. Él solía venir a continuación a tomar un café conmigo y charlar un rato hasta la hora en que abrían las zapaterías y realizaba su supervisión cotidiana.

Techu me visitaba cada jueves a las cinco en punto, tan precisa y metódica como siempre. Traía pastas para el té y me contaba, con su habitual apasionamiento reflexivo, la película que veía sin falta cada miércoles en uno de sus cines seleccionados del circuito en versión original.

- Tienes que verla, en cuanto te liberen de este encierro os llevo del brazo a ti, a tu tripón y a ese culazo que vas a echar de estar tanto en la cama, guapa -bromeaba Techu, mientras traía la bandeja con el té y los dulces-. Es una de las reflexiones más bellas y dulces sobre el dolor que he visto en mi vida, te encoge el corazón, tan poética y luminosa como el rostro doliente de la propia Binoche. Qué hermosura, querida, y yo que no había visto nada de este Kieslowski… Se llama “ *Tres colores: Azul* ” porque es la primera de una trilogía sobre los colores de Francia, no puedo esperar a ver el blanco y el rojo -cabeceaba, mientras servía con cuidado la infusión en las tazas-. Te voy a regalar la banda sonora, el tal Preisner es un genio, y se la pones al niño para que se acostumbre a lo bueno. Y hay una escena… una escena que se me ha quedado revoloteando muy dentro… Pero no te la cuento porque seguro que la reconoces cuando la veas.

Marta y Nacho solían acercarse alguna noche después de cerrar la librería. Incluso aparecieron un par de domingos a la hora del aperitivo. Nacho siempre me hacía reír con sus maldades, poniéndome al corriente de todos los rumores y disparates del mundo editorial y sus universos paralelos. Marta hablaba poco en aquellas visitas. Permanecía tranquila y atenta a los pies de la cama. Sólo intervenía para entregarme los libros que saciaban la voracidad lectora de la convaleciente. Para cada uno tenía un comentario, y un

argumento sobre por qué había pensado que me iba a gustar. Siempre guardé en un rincón de mi memoria, a salvo de cataclismos y olvidos voluntarios o inevitables, el placer de leer novelas de un tirón, sin despegarme durante horas de las páginas. Incluso había conseguido que la voz aturdidora de mi madre se convirtiera apenas en un ruido de fondo, tan ineludible y molesto como el del tráfico o las obras.

Ariel salía temprano por las mañanas y no regresaba hasta las siete o las ocho de la tarde, atareado con reuniones de profesores, seminarios y tutorías. Siempre llevaba una gruesa cartera de cuero, abultada de exámenes y trabajos que corregir. En cuanto entraba por la puerta, se deshacía en atenciones conmigo y preparaba la cena, contándome todo tipo de detalles y anécdotas divertidas de su larga jornada. Yo revivía entonces, como una planta nocturna, y me prometía hacer durar para siempre aquellos momentos cálidos y esa corriente ininterrumpida de complicidad.

Soplé varias veces las velas de mis veintiocho años incorporada sobre almohadas en mi cama, con distintas tartas que mis padres, mis amigos y Ariel fueron trayendo a lo largo del día. Cada jornada superada era un triunfo en el duro ascenso hacia la viabilidad de aquella criatura. Noviembre fue muy frío y oscuro, pero yo mantenía mi horizonte en los primeros días de diciembre. Justo después de la Inmaculada, se cumplía por fin aquel primer trimestre de gestación tan crítico. No estaba dispuesta a retrasar el veredicto ni un solo día, así que me aseguré de que Ariel concertara con mucha antelación la cita con el médico para el día siguiente al puente.

Mi padre, con desacostumbrada insistencia, llevaba días pidiéndome que los acompañara a mi madre y a él a Toledo. La hija de su hermano Pedro, el que emigró a Suiza, había desplegado una eficaz red de contactos y conseguido el milagro de concertar las agendas de decenas de miembros de su familia desperdigados por el mundo. El tío Venancio cumplía cien años, y en torno a él, en un antiguo cigarral alquilado, se reuniría la estirpe de los Segura durante el Puente de la Constitución. Mi padre estaba emocionado como nunca ante la perspectiva de volver a su tierra y reencontrarse con sus parientes prácticamente perdidos. Estarían de vuelta en Madrid a tiempo para mi cita con el médico. Yo se sentía enternecida hasta las lágrimas por la excitación infantil de mi padre, y deploraba los mil inconvenientes que mi madre interponía, alegando las instrucciones del médico. Pero no me decidía a darle ocasión de que sus nefastos presagios tuvieran siquiera una probabilidad de cumplirse.

Ariel me animó con vehemencia a acompañarlos, tranquilizándome sobre los posibles riesgos de viajar.

- Vamos, es un viaje muy corto, el tren es muy seguro y no habrá sobresaltos. ¿Cómo perderte la oportunidad de encontrar por fin a esa familia a la que tanto has extrañado conocer? Dale, linda, tu viejo tiene tanta ilusión... Yo moriría por ir con vos, pero ya sabés que tengo torres de trabajo atrasado, y estos feriados me vendrán bárbaro para ponerme al día.

El cónclave familiar resultó tan pintoresco como ruidoso y conmovedor. Ya había tenido tiempo de disfrutar de las emociones suficientes, me encontraba muy bien y echaba de menos a Ariel, así que decidí tomar el tren de regreso un día antes. Sin decir nada a mi madre, sumergida en charlas interminables con la parentela recobrada, aproveché la primera ocasión de hablar a solas con aquel hombre transfigurado y feliz que era Sebastián Segura.

- Padre, quiero darte las gracias por haberme traído contigo. Han sido dos días maravillosos. Quiero que te quedes aquí, en tu tierra, con los tuyos, todo el tiempo que desees. No le digas nada a mamá ni te preocupes por mí. Yo me voy ahora mismo a casa, a descansar bien tranquilita en mi cama -detuve con un gesto la protesta de mi padre-. Ahora entiendo por qué tú eres tan grande y tan especial. Porque tu sangre es especial. Te quiero mucho -me despedí, besándolo en la frente con ternura-.

Me sentía en paz. La plenitud de mi vientre se había extendido ahora a mi corazón. Vi el anochecer incendiado desde la ventanilla del tren, pensando en cómo me abrazaría Ariel cuando lo sorprendiera sumergido en sus montañas de papeles, con el flexo ardiendo por las horas de trabajo.

Cuando abrí la puerta de casa, vi las luces bajas del salón encendidas y escuché la voz de Billie Holiday de fondo. Sonreí para mí. Dejé la bolsa de viaje, el abrigo y las llaves en la mesa del comedor, y oí el sonido de la ducha al fondo del pasillo. Mientras me quitaba el grueso jersey por el camino, anticipé el tacto de la piel mojada de Ariel.

El baño estaba lleno de vapor. Lo primero que logré ver cuando retiré despacio la cortina fueron unas hebras de pelo rubio empapado y un culo trémulo y muy blanco, que embatía espasmódicamente contra el cuerpo de Ariel, apoyado contra los azulejos. Él tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, jadeante bajo el chorro de agua caliente. Me agarré al borde de aquella cortina de plástico que tantas veces había querido cambiar y la arranqué de las anillas. Entonces la dueña de aquella carne

temblorosa se volvió, con la contrariedad en los ojos y las mejillas arreboladas.

- Marta… -alcancé a balbucir tan solo, antes de que mis rodillas se doblaran y cayera desvanecida sobre las frías losetas azules del suelo-.

*

Cuando recuperé el conocimiento, no abrí los ojos. Me quedé un rato escuchando un murmullo de voces y el sonido inconfundible de máquinas agónicas y ruedas por el pasillo (carritos, camillas, goteros) de un hospital. Mantuve los párpados apretados, forzándome a asomarme a mi interior vacío.

Supe de forma casi inmediata que había perdido a mi hijo. Por segunda vez.

Y, apretando los dientes, recordé también con absoluta viveza lo que había ocurrido en mi casa. No sabía cuánto tiempo había pasado. Quizá estaba soñando, o muerta y de camino a un infierno blanco. Cualquier opción era mejor que abrir los ojos y descubrir que la vida seguía su curso. Fui tomando conciencia de mi cuerpo dolorido, de una aguja en el brazo, de una palpitación en la rodilla, y tuve que admitir que seguía allí. Entreabrí un poco los ojos, muy despacio, y vi una habitación blanca y gris, y una luz mortecina que parpadeaba. Aún era de noche. Y luego vi a Ariel sentado en un sillón, mordiéndose las uñas y mirando al suelo. Algo le hizo levantar la vista y se encontró con mi mirada clavada en él. Se levantó con torpeza, salió rápidamente, sin decir nada, y regresó con un médico que no conocía.

- Me alegro de que se haya despertado tan pronto, señora, ¿cómo se encuentra usted? -me preguntó el doctor, con interés-.

El interno de guardia, pensé, observando el rostro barbilampiño y los ojos de sueño del jovencito. Qué exquisita educación. La deferencia de la inexperiencia.

- Bien -le contesté-. ¿Puede darme un poco de agua?

Me acercó el vaso que tenía en la mesilla. Ariel se mantenía detrás de él, en la penumbra.

- Ahora tiene que descansar un poco, hasta que nos aseguremos de que la hemorragia se ha detenido completamente -me indicó, con

tono profesional y preocupado-. Le aseguro que lo sentimos mucho. La gestación estaba aún poco avanzada, y no hemos podido hacer nada por retener los fetos.

Sentí un aldabonazo en el pecho.

- ¿Eran… gemelos? -pregunté, con un hilo de voz-.

El médico asintió, compungido, casi sin poder mirarme a la cara.Esté tranquila, se pondrá bien muy pronto.

Se quedó callado unos momentos, dudando entre su apuro y la responsabilidad, y finalmente se decidió.

Señora, su útero… está muy dañado. Tenemos que esperar a ver cómo evoluciona la cicatrización pero -y aquí el pobrecito novato suspiró casi como si sollozara- lo más probable es que ya no pueda tener hijos.

Lo miré sin verlo, porque yo estaba muy lejos, y, por alguna razón, ya lo sabía todo.

Volveré a verla por la mañana ¿de acuerdo? -se despidió, deseando salir de aquella habitación-.

Cerré los ojos de nuevo, y me guarecí en un lugar soleado de mi memoria, donde nada malo podía pasar. Recordé las manos de mi padre curándome las rodillas desolladas cuando tenía seis años, las tardes de comba en el patio del colegio, la risa y el sudor de los veranos en el río. La memoria, caprichosa, me trajo luego el sonido grave de la voz de don Alberto, susurrando su cita preferida del Eclesiastés:

“ *Hay un momento para todo y un tiempo para cada acción bajo el cielo. Un tiempo para nacer, un tiempo para morir, un tiempo para plantar …*”.

Y supe que aquel era mi tiempo para no ser. En aquel momento preciso, decidí que sellaría mis labios para no volver a hablar nunca más con aquel fantoche despreciable que seguramente seguía de pie, a un metro de la cama, con la cabeza baja y los brazos colgando.

*

Llamé a Techu dos días después, y le pedí que fuera a recogerme al hospital. Me encomendé a ella en cuerpo y alma, deposité en sus hombros el fardo de pesadumbre que me aplastaba, y le supliqué que se ocupara de resolver las insoportables tareas de cotidianeidad y logística que se acumulaban en mi cabeza. Simplemente quería cortar los lazos, borrar el rastro, que desapareciera de un plumazo aquella urdimbre de traición inimaginable que me había despeñado ladera abajo de mi vida. Luego volví a casa de mis padres, y estuve un mes entero sin salir. Fue también Techu quien se encargó de tranquilizarlos con la versión menos cruda de los acontecimientos.

No podía ni siquiera pensar en Ariel. Mi cuerpo entero reaccionaba con un repeluzno, una especie de estertor, un síndrome alérgico generalizado que me irritaba la piel y me llenaba de ronchas, haciéndome lagrimear sin control. Mis vísceras todas se sublevaban con tan siquiera oír su nombre o conocer cualquier pretendido acercamiento. Me asqueaba tanto como recoger migas gordas de pan mojado del fregadero o escuchar el crujido de una cucaracha aplastada bajo el zapato.

Por alguna razón indescifrable, mi madre fue la única, junto con Techu, que me entendió por completo.

Abanderó apasionadamente una cruzada de desmantelamiento inmisericorde, sin apartarse un milímetro del plan trazado ni dejar de atenderme ni un instante, como a una niña pequeña y desvalida. Quizá por un oscuro sentimiento de triunfo por la confirmación de sus malos augurios, o puede que por volver a desempeñar un papel relevante en la vida de su única hija, a la que ya se resignaba a considerar perdida. El caso es que mi madre, la rotunda Raquel Romero, estableció un tándem indestructible con Techu, y entre ambas dinamitaron cada obstáculo, uno por uno, limpia y eficazmente: la casa común, la ropa abandonada, los muebles

desolados, el trabajo ahora aborrecido, los amigos desorientados, el abogado conveniente, el convenio por firmar, las cuentas abiertas y el correo sin abrir. Entre las dos levantaron un puente bajo mis pies, que me rescató del abismo cierto, sobrevolando la Navidad más extraña de nuestras vidas hasta depositarme con afecto infinito al otro lado de las aguas infectadas.

1994-1995, el mundo-Madrid

Con el cuerpo recuperado y seca de lágrimas, afronté con voluntad férrea la reconstrucción de mi vida. Me tragué los planes rotos, recuperé la determinación y me puso a buscar un trabajo que me permitiera escapar de aquel mundo que se me había quedado pequeño. Quería aligerarme de compromisos y huir de las palabras huecas que me pesaban como losas.

Escribí listas y listas de propósitos, de capacidades y déficits, cortas de deseos y largas de aborrecimientos. Sin otro deseo que desaparecer, conseguí un puesto de guía turístico en una agencia de tamaño medio que comenzaba a despegar por entonces. Durante dos meses asistí al curso intensivo de rigor, y, en la Semana Santa de 1994, me dispuse a comenzar un viaje permanente a ninguna parte.

Estuve más de un año viviendo en aviones, aeropuertos y hoteles de todo pelaje alrededor del mundo. Era un estado perfecto de desarraigo y temporalidad, un encadenamiento de paréntesis, asociados a los que mis grupos de turistas conseguían arrancar con esfuerzo a su vida diaria. Me sentía gloriosamente eventual, imprescindible durante unas cuantas cruces en el calendario, y relevada enseguida hasta el siguiente programa.

Conocí a cientos de viajeros desnortados, parejas en viaje de novios, hosteleros, taxistas, aborígenes y vividores, y coleccioné con fruición y sin apasionamiento amantes locales. La única condición para darles la bienvenida a mi cama alquilada era la certeza de perderlos de vista en no más de un par de días. Me acostumbré a llevar un peculiar cuaderno de bitácora donde relacionaba la nómina de fugaces compañeros de gimnasia erótico-estética: tan sólo apuntaba el nombre de pila, el lugar, la fecha y un máximo de tres adjetivos definitorios en mi particular sistema de clasificación. Era una diversión y un ejercicio de desafío a mi pertinaz querencia hacia la soledad.

Recuperé mi olvidada pasión por la fotografía: el retrato, el encuadre perfecto, el blanco y negro incomparable. Apenas conservaba alguna noción de aquel curso que hice con Techu a los dieciocho años, pero descubrí que mantenía intacta la emoción del acecho, de la caza del instante, del momento único detenido para siempre. Guardaba con celo kilómetros de negativos y cientos de hojas de contactos: pero sólo me permitía sacar algunas pocas copias en papel, muy especiales, en formato grande. Cuando recalaba brevemente en Madrid, entre uno y otro viaje, las guardaba en un enorme cartapacio negro bajo mi cama de adolescente en casa de mis padres.

Pero lo que acabó convirtiéndose en mi actividad preferida (y, de alguna manera, en mi objetivo diario), fue la apasionada búsqueda de lo que había dado en llamar Raros Momentos de Felicidad Perfecta. Con meticulosidad y empeño de entomólogo, propiciaba instantes únicos, detenidos en mi memoria como la obra maestra de un fotógrafo. Arrancaba o destilaba su esencia irrepetible a lugares, encuentros, colores y músicas. Y, con delicadeza, los trasladaba a mi vitrina interior de RMDFP, que me complacía en contemplar con los ojos cerrados.

Guardaba con avaricia de prestamista solitario la memoria del metro profundo y multirracial en Londres, el olor acre de las aguas curativas y los cuerpos desfondados en los Baños Gellért de Budapest y el tacto del diván de Freud en Viena. Atesoraba los tulipanes, las bicicletas y el pendiente misterioso que encontré frente al Museo Anna Frank en Ámsterdam, el chirrido del funicular de un Salzburgo estragado de reproducciones de Mozart y el aroma de las baguettes crujientes mordisqueadas al sol sobre la escalinata del Sacré-Coeur en París. Conservaba celosa el descubrimiento de Klimt y el puente de Carlos desierto al amanecer en Praga, las abigarradas paredes del Pavilhao Chinese de Lisboa, el té en las terrazas de Túnez al caer el sol y las puertas añil de Sidi Bou Said.

Tenía mi propio mapa sentimental de Estados Unidos. Lo había trazado con las coordenadas de la tumba escondida de Marilyn en Los Ángeles, con el vapor del *dim-sum* en el barrio chino de San Francisco y el encuentro de madrugada con el Golden Gate enrojecido, creyéndome Kim Novak. Lo adorné con el sonido de mis pasos buscando la lápida de Marie Lavaou, la Reina Vudú, en el cementerio de Saint Louis en Nueva Orleáns; con el tacto de las estanterías de madera labrada en la librería Rizzoli de Nueva York, tras el rastro de Meryl y Robert; y con la deliciosa embriaguez en el hotel Delano de Miami, bañándome en el mar a la luz de la luna.

Custodiaba con desvelo aquella inusitada sensación de vértigo en lo más alto de la pirámide cercenada en Chichén-Itzá, el sabor del cóctel deliciosamente decadente en el bar colonial del hotel Raffles de Singapur, y el sonido de las voces y del aceite chisporroteando en los mercados nocturnos de Hong Kong. Las babuchas multiplicadas, el cine local y las palmeras estatuarias de Marrakech. Los horizontes inalcanzables de Tanzania y las suaves colinas de Ngong desde la cocina de Karen Blixen en Nairobi.

En un estante íntimo con cierre cifrado, albergaba las rutas castellanas, el buceo en Villaricos, las fuentes de La Granja y las pozas cristalinas de Ibiza repletas de estrellas de mar. Depositaba allí el placer repetido de caminar por ciudades iguales y distintas a media mañana, entre la gente afanada en sus tareas cotidianas, ajena a la mirada curiosa del forastero, sufriendo la lluvia o disfrutando del sol. Y el de los encuentros inesperados, las revelaciones súbitas y los flashes de magia en medio de la calle. El placer de leer el periódico frente al mar, cualquier mar, con un sol breve, amable, calentando y dando vida. El de los mercados de fruta y los cementerios, los zocos y las oleadas de gente y olores. Curiosear, tocar, regatear, calcular. Rezar. Pensar en quién será éste y quién fue aquél, y por qué murió ése cuyo nombre se recuerda grabado sobre la piedra…

Mantenía una correspondencia errática con Techu, quien, poco después de iniciar mi etapa como guía de viajes, se había trasladado a Barcelona para ocuparse de un ambicioso proyecto académico en la Universidad. Eran apenas seiscientos kilómetros, pero bien podían haber sido cinco mil: los breves intermedios en casa entre viaje y viaje hacían que nos resultara prácticamente imposible vernos.

"Querida T.:

Te escribo desde un minúsculo café escondido en una callejuela de Praga, en Malá Strana. Me he escabullido de los planes nocturnos del grupo pretextando un informe que terminar, y he vagado un rato por las calles heladas y húmedas. Es casi medianoche, llevo más de una hora totalmente emborrachada de la música de un pequeño grupo que toca con pasión en el escenario, y he sentido la necesidad de compartir contigo mis pensamientos de esta noche. ¿Me permites?

Sólo la música (especialmente el piano, el saxo y el violín, sonando en solitario o acompañados) es capaz de hacernos sentir la certera sensación física de que nuestros órganos internos están siendo tocados, punteados, pulsados: hígado, bazo, páncreas… estómago, vesícula, intestino… El 99% del tiempo no somos conscientes de la existencia-coexistencia pacífica y del funcionamiento operativo de estas vísceras,

todas y cada una perfectamente colocadas. Sólo cuando algo falla o duele, o cuando sentimos la música, individualizamos ese órgano, lo ubicamos y, gracias a retazos de la anatomía de primaria casi olvidada o a aquel hombre rosado y desmontable en un puzzle de tres dimensiones, recordamos su forma… No es casual que su denominación genérica de "órganos" coincida con el versátil instrumento sacro, tubular o simplón, sorprendente siempre en su multiplicidad de efectos.

La bossa nova como ritmo vital, como música del alma por encima de océanos de tiempo. El jazz, azul y humo, noche, tristeza, desgarro, lo irrecuperable, lo perdido, lo inalcanzable. Cole Porter y su embrujo dulce, Night and Day… la melancolía que consigue transmitir, la añoranza de un tiempo no vivido pero que definitivamente sabes que habrías hecho tuyo sin esfuerzo… palabras olvidadas y en desuso, gardenias en el pelo, trajes impecablemente hermosos, ligereza en el vivir.

Voy a apurar mi último gin-tonic, me calzaré el gorro hasta los ojos y caminaré hasta mi hotel atestado de salmantinos, madrileños, vallisoletanos y turolenses, con los pies helados y la cabeza caliente de ajenjo devastador. Buenas noches, amiga mía".

Aquella gran huida hacia delante, en búsqueda del brillo de la vida como un cuervo ávido de tesoros, tuvo en la India su estación final.

Con una determinación que (aún no lo sabía) tenía algo de epílogo, recolecté para mi galería de RMDFP los pétalos que tapizaban el suelo refulgente del Taj-Mahal, la pericia de los barberos concentrados entre los buitres y las vacas, el crujido de los huesos de cadáveres apaleados antes de su incineración junto al Ganges, la mirada de los niños y el olor de las especias. Y, sobre todo, aquel sumergirse, abandonarse a un masaje, en pleno verano de monzones en Khajuraho. En un hotel como un blanco encaje de piedra, dos oscuros nativos embadurnando a conciencia mi cuerpo y el de mi acompañante esporádico con aceites perfumados, amasando los músculos de mi espalda dolorida con aplicación y esmero, como quien prepara un próximo pan fragante.

Nunca olvidaría la India, el último gran viaje de mi tiempo dorado y baldío como guía. La fascinación y el reconocimiento mutuo, la sospecha o certeza de otra vida vivida mucho antes entre sus calles. El encantamiento roto por la súbita noticia de la grave enfermedad de mi padre. Las horas eternas del apresurado regreso a Madrid, con la culpa del largo abandono aleteando en mi corazón. Y el miedo de no llegar a tiempo anudado en la garganta.

*

Fui directamente al hospital con mi maleta rodante que me golpeaba de vez en cuando los talones como la bola de un presidiario. Llegué a la habitación justo a tiempo para ver cómo unos enfermeros jóvenes estaban enfundando a mi padre en una bata de papel verde, tan desnudo en su abertura trasera, con sus piernas finas al aire, desvalido y rasurado, mínimo y frágil.

- Mira, Sebastián, al final ha venido tu hija. Qué milagro -oí mascullar a mi madre sin alegría desde un rincón del cuarto-.

Él giró un poco la cabeza y me miró, con una sonrisa de niño avergonzado. Extendió su delgada mano de pájaro hacia mí, y la estreché, derrumbada de ternura y compasión, mientras lo besaba en la frente.

- Has podido venir, pequeña… -me dijo, bajito-.

- Pues claro, padre, siento haber tardado tanto, pero estaba muy lejos… Mira, te he traído una cosa.

Le puse en la mano el diminuto elefante tallado en piedra verde que llevaba para él en el bolsillo.

- Es un talismán indio muy antiguo. Te traerá suerte.

Mi padre apretó los dedos sobre aquella pequeña piedra fría y cerró los ojos. Los enfermeros dijeron que tenían que llevarlo ya al quirófano, y sentí de golpe una sensación de vacío y de debilidad extrema al verlo marchar pasillo adelante en la camilla. Aún alcanzó a enviarme un gesto de adiós con su puño cerrado en torno al elefante, como quien se aleja camino a un precipicio del que no sabe si volverá.

El estómago se me plegó como un fuelle, encogido ante la posibilidad de no verlo más, de que algo fallara: la anestesia, el bisturí, su débil corazón de ave asustada… y todo por aquella vesícula arrugada y ceñuda, tanto tiempo retrepada inadvertidamente bajo su hígado, acumulando con avaricia los

residuos de su cuerpo escueto.

- Tranquila, todo irá bien –me dijo mi madre al oído, agarrándome bruscamente del brazo-. ¿Tomamos un café?

Llevábamos más de año y medio intercambiando apenas unas pocas frases, puestas al día y despedidas sucesivas. La información justa acerca de la salud, los vuelos, los destinos, las comidas, los aeropuertos y los hoteles. A pesar de la libertad que consideraba conquistada, nunca había llegado a verme exenta de la íntima obligación de dar novedades a mi madre con una razonable frecuencia.

Al fin y al cabo, a ella sólo le interesaban los aspectos logísticos de la existencia, el *housekeeping* cotidiano en el más amplio sentido.

Esas cuatro reglas básicas de las rutinas esenciales bastaban para satisfacer el interés puramente superficial que mi madre sentía por los otros. El mismo que podía sentir por los cacharros de la cocina, la compra o la factura del gas: que estuvieran en orden. Apartaría con un manotazo cualquier apunte sobre una inquietud más profunda, hablar sobre sentimientos o reflexionar acerca de incertidumbres. Por eso, durante aquel tiempo jamás compartí con ella más allá de puros informes de situación. Nunca supe, o no quise apreciar en su dimensión justa, el coraje que mi madre había desplegado cuando, casi dos años atrás, hubo de salvarme del cataclismo que se abatió sobre mí.

- Ya hace un tiempo que notaba que a tu padre le daban punzadas en el costado -comentó ella, como quien habla del tiempo, mientras ponía en su taza exactamente medio sobre de azúcar, ni un grano más ni un grano menos-. Se doblaba de repente, como un muñeco de resorte… Pero como es así de suyo, ya sabes, tan morugo y reservado, pues nada, que no quería ir al médico, y unas veces decía que eran gases y otras que indigestión. Y cada día más tiempo encogido en ese sillón de orejas tiñoso que se cae a pedazos, sin parar de leer. Y yo, claro, ocupándome de todo como siempre, que si las cuentas, que si la casa, que si cobrando los arriendos de las zapaterías, que si arreglando las persianas que están hechas una pena, claro, él nunca ha sabido ni poner una bombilla, ya sabes, siempre en su mundo, como tú…

De nuevo, hablaba y hablaba sin parar, con esa autocomplacencia teñida de reproche al mundo entero que llevaba sesenta años volcando sobre todo aquél que se le ponía a tiro. Yo aplastaba la bolsa de té con la cucharilla, ausente y cada vez más irritada. Mi madre aún no había pronunciado una palabra de interés acerca de mí.

- Y claro, al final la cosa empeoró y tuve que llamar a urgencias, en plena noche, no sabes qué susto, me tuve que vestir a toda prisa cuando se cayó de la cama, doblado y quejándose a gritos, y la ambulancia que no llegaba, y que no había manera de ponerle los zapatos, oye…

- Voy a quedarme en casa hasta que papá se recupere -la interrumpí, muy seria-. Yo me ocuparé de todo lo que necesite. Y no quiero oírte una palabra más.

Me levanté, dejé unas monedas en la mesa y me marché con la maleta a rastras. Ella se quedó atónita, la cucharilla en la mano y la taza a medio camino de su boca. Me miró sin comprender, sintiendo probablemente ese amargo poso que solía dejarle la aspereza que me reprochaba de continuo.

La operación duró varias horas. Sólo en una ocasión durante aquella espera inacabable salió una enfermera para explicarnos que, como temíamos, la vesícula había acabado perforándose y produciendo una peritonitis secundaria.

Qué injusto, pensé. Que la sangre de un ser tan dulce como él se viera inundada precisamente por la amargura de la bilis, envenenando su cuerpo hasta la extenuación. Podía visualizar las bacterias feroces, descolgándose como *ninjas* por aquellos conductos cansados, que entregaban territorios sin lucha y se rendían a la invasión inevitable. Observé a mi madre, caminando sin cesar por el pasillo, arriba y abajo. No había vuelto a dirigirse a mí desde que volvió de la cafetería, con el bolso al hombro y la mirada dolida y orgullosa. Sentí una punzada de arrepentimiento por la dureza con la que le había hablado antes, sin haber llegado siquiera a darle un abrazo o un apretón cariñoso en sus hombros cada vez más huesudos.

Cuando salió por fin el cirujano, agotado y con los ojos hundidos en sus cuencas, nos contó sin entusiasmo que la operación había salido bien, pero que mi padre debería permanecer en observación intensiva para controlar su evolución.

- Una peritonitis en un hombre de su edad es mala cosa -susurró el médico, pasando la mano por su frente-. La infección puede ocasionarle dolores abdominales, fiebre, hipotensión y taquicardias. Por no hablar de la deshidratación y las más que probables náuseas y vómitos.

Nos miró con resignación, mientras se quitaba el gorro azul de la cabeza.

- Los órganos pueden empezar a fallar. Deben estar preparadas para cualquier cosa.

A pesar de los cuidados constantes, mi padre se consumía por momentos. Lo veía a través del cristal, rodeado de aparatos, la cabeza vencida, apenas un pequeño bulto bajo la sábana. Los médicos decían que había mucho de voluntario acabamiento en aquel proceso de desintegración a ojos vista. Y así fue. Un mes antes de cumplir sesenta y dos años, Sebastián Segura desapareció definitivamente.

Yo odiaba los cementerios. No había pisado uno cuando desde la muerte de mi hermano pequeño, seis años atrás, y ni se me había pasado por la cabeza que tuviera que volver tan pronto. Y mucho menos para enterrar a mi padre.

Cuando terminó el breve oficio en su memoria, estreché la mano de los pocos vecinos y familiares que habían acudido al entierro, y dejé a mi madre desempeñando con pasión su papel de viuda abandonada a su suerte. Tan entera y llena de vida, sin embargo. Había dejado en casa un refrigerio preparado a conciencia para agasajar y agradecer a los condolentes. Pero yo me había negado en redondo a asistir, de modo que caminé entre las lápidas calculando mentalmente las edades de tantos cuerpos descompuestos.

Pensé con una sonrisa triste en cómo me divirtió saber en su día que a los judíos les espantaba la costumbre cristiana de enterrar a sus muertos vestidos. Mi madre había tardado horas en elegir el traje y los zapatos con los que quería que mi padre yaciera *in aeternum* , convencida de la importancia primordial de aquel atavío durante el velatorio previo de los deudos.

Tenía varias horas por delante hasta que acabara el convite y pudiera regresar al viejo piso de Chamberí. De modo que tomé un autobús al centro para callejear a placer bajo el cielo purísimo que gobernaba septiembre en Madrid. Me acomodé en un asiento libre en la parte trasera, busqué en mi mochila y abrí el libro de Eduardo Mendoza que había comenzado a leer en el hospital.

"…pues sé que el subconsciente, además de desvirtuar nuestra infancia, tergiversar nuestros afectos, recordarnos lo que ansiamos olvidar, revelarnos nuestra abyecta condición y destrozarnos, en suma, la vida, cuando se le antoja y a modo de compensación, hace las veces de despertador…".

Lo cerré de golpe y me quedé todo el trayecto mirando por la ventanilla. Mientras, unas cuantas lágrimas me iban llenando la cara de sal, aliviando la presión sorda que sentía en el pecho.

*

Una semana después de enterrar a mi padre, mi madre me sorprendió de nuevo. Estaba decidida a vender las zapaterías a la familia que las había tenido arrendadas durante los últimos años

- Y, en cuanto estén resueltos los trámites, me iré a vivir a una residencia -me soltó con toda naturalidad-.

Mi cara debió parecerle un poema, porque se le suavizó el gesto y cambió un poco su tono.

- Es de lo mejorcito, tiene unos jardines enormes, médicos permanentes y las habitaciones son una preciosidad, con su baño y una pequeña cocina por si quiero prepararme algo por mi cuenta. Porque no sabes qué comedor imponente, desayuno, comida y cena, todo a mesa puesta. Con las rentas del banco puedo vivir tranquilamente los años que me queden. Ya es hora de que descanse un poco, ¿no te parece?

Estábamos sentadas en el sofá de cretona del salón, con sus pañitos impecables en los brazos y el servicio de café bueno reluciendo en la mesita.

- Y esta casa… -dijo, mirando las cortinas de flores y los muebles oscuros-, bueno, puedes quedarte a vivir en ella tú sola si quieres. Al fin y al cabo, es tuya. Tu padre así lo quería. Aunque también podemos venderla y te compras tú otra a tu gusto. Lo que prefieras.

Había una extraña mezcla de desdén y liberación en su voz, pero ni rastro del sempiterno reproche, ni aviso alguno de expectativas ocultas. Yo estaba desconcertada.

- No sé, madre, ¿cómo has podido decidir tantas cosas en tan poco tiempo? ¿De verdad quieres deshacerte de todo y marcharte? -apoyé la mano en su brazo, levemente, con prevención-. ¿No crees que deberíamos probar a vivir juntas un tiempo?

Ella me miró, compasiva, moviendo suavemente la cabeza en una negación que tenía mucho de indulgencia.

- Pero hija, eso no te crees ni tú. Mi tiempo aquí ha terminado, y tu tiempo de arraigarte y crecer debe comenzar de una vez por todas. Ya vas a cumplir treinta años… -dejó asomar por un momento el conocido tono de reconvención, pero lo corrigió inmediatamente- y, aunque no lo has tenido nada fácil, te queda mucho que hacer en la vida.

Dio el último sorbo a su café frío, dejó la taza en el plato y se giró ligeramente hacia mí para mirarme a los ojos con intensidad.

- Tienes estudios, hija, buena facha, valentía y mucho carácter. Y conoces el mundo. Nunca nos hemos llevado bien, eso es evidente, y no sabes cuánto lo siento… -bajó la mirada unos instantes y sacudió de su falda unos restos invisibles-. Bueno, tampoco vamos a hacer un drama de esto. Lo importante es que soy tu madre, sólo me tienes a mí y debo velar por tu futuro. Pero desde la distancia. Ni más ni menos.

Reflexioné largamente en los días siguientes acerca de aquella conversación con mi madre, quizá la más larga e importante que habíamos mantenido nunca. Y admití que tenía razón, y admiré en el fondo de mi corazón la fortaleza y la coherencia incuestionables que había mantenido durante toda su existencia. Con animosa diligencia y un entusiasmo desconocido, nos ocupamos conjuntamente de poner en marcha todos los trámites necesarios. Arreglamos el traspaso definitivo de las zapaterías, pusimos en venta el piso de Chamberí, firmamos la solicitud en la rutilante residencia de las afueras y nos lanzamos a la búsqueda de la que habría ser mi nueva casa.

Por primera vez, estábamos disfrutando de nuestra compañía mutua, y a cada tanto nos sorprendíamos de la habilidad de una o de la persistencia de la otra en cualquiera de las múltiples tareas que teníamos orquestadas simultáneamente.

Recibimos muchas llamadas interesándose por el piso familiar, y un verdadero tropel de curiosos, agencias enmascaradas y aspirantes sin posibles fue desfilando por sus pasillos. Para mi perplejidad, me di cuenta de que me molestaban profundamente, como si de insultos personales se tratara, los comentarios peyorativos sobre la tapicería, las inspecciones arrogantes de las cañerías y los interruptores añejos, o las comprobaciones desdeñosas de las puertas desencajadas. Mi madre, sin embargo, permanecía impasible, convencida y convincente sobre las bondades de aquella vivienda única, situada en la mejor zona del barrio.

- No encontrará nada igual, se lo aseguro -repetía, con suficiencia, a los candidatos dubitativos-. Ciento veinte metros

habitables, cuatro habitaciones, totalmente exterior y con tres balcones a la calle más tranquila y soleada de la zona. ¿Ha visto usted la altura de los techos? Y con las molduras originales, oiga. El parquet está recién acuchillado, fíjese qué madera. Baño completo y aseo, salón y cuarto de estar, cocina amueblada y electrodomésticos nuevecitos. No sabe usted la pena que me da deshacerme de este piso, si no fuera por las necesidades de la vida… -acababa, falsamente compungida-.

Ahora redescubría en mi madre las dotes comerciales que ya de pequeña me dejaban pasmada en la zapatería. Raro era el cliente que entraba a curiosear y se marchaba con las manos vacías. Pero el número de aquellas agotadoras visitas enseñando la casa crecía sin resultado, y yo me iba desinflando, frustrada ante el enésimo "nos lo tenemos que pensar".

- Creo que deberíamos bajar un poco el precio. A este paso no vamos a venderlo en la vida -me rendía, derrumbándome en el viejo sillón de mi padre-.

- De eso nada, ni un céntimo menos. Tenemos que tener paciencia y encontrar al cliente adecuado, el que sepa verse en sus espejos y estimar en su valor esta casa. El que reconozca la horma de su zapato -concluía sonriendo, traviesa y sabia-.

En paralelo, nos recorrimos decenas de pisos en venta en los barrios en alza. Yo me decantaba por el centro, por aquellos edificios reformados que me permitirían seguir disfrutando del placer de caminar por las calles de Madrid. Pero mi madre insistía en las ventajas de las construcciones nuevas, los servicios comunes, la piscina y el garaje a mi disposición, sin tener en cuenta que yo no tenía coche y detestaba las piscinas repletas de niños molestos.

Por fin, como predijera mi madre, llegó el comprador adecuado para el piso de Chamberí. Mediaba noviembre, y aquel hombre alto y delgado, de edad indefinible, con chaqueta y sombrero de *tweed* y un deje extraño en su acento, no habló apenas durante su recorrido por la casa. Sólo asentía antes las explicaciones de mi madre, y luego permaneció un largo rato asomado al balcón del comedor.

- Es un piso viejo y cansado, como yo. Pero inundado de luz por todos los flancos, y con mucha vida alrededor. Me gusta. Supongo que le parecerá bien un diez por ciento del precio como señal, ¿verdad?

Sacó un grueso sobre del bolsillo interior de su chaqueta y se lo puso a mi madre en la mano.

- Aquí lo tiene. Sólo necesito un recibo sencillo. Le llamarán pronto de la notaría para firmar el contrato de compraventa. No

habrá bancos ni hipotecas por medio. Tengo ahorros de toda una vida, y ya era hora de darles uso. Un placer, señoras. Hasta pronto.

Y se marchó con una educada inclinación de cabeza.

Apenas una semana después, localicé la casa que quería. Luminosa, tranquila y no muy grande, era el último piso de un inmueble rehabilitado recientemente en una callecita paralela a Carranza, muy cerca de la Glorieta de Bilbao. La reforma había mantenido los balcones de forja en la fachada, atiborrados de plantas y algún molinillo. El precio era razonable, por debajo del que obtendríamos por la venta de la casa familiar. Me tranquilizaba contar con un remanente disponible para atender cualquier imprevisto que pudiera surgir. Era un piso antiguo, pero con todas las instalaciones renovadas, un precioso suelo de tarima y grandes armarios empotrados. La coqueta cocina americana era más que suficiente para mis parcas necesidades culinarias, y la amplitud del baño, inundado de luz por la ventana del patio y un lucernario, acabó de convencerme.

- Creo que esto es lo que buscaba. Resérvamelo, ¿quieres?

La chica que me habían enviado de la agencia para mostrarme el piso, una jovencita rubia y pizpireta, quiso enseñarme algo antes de firmar el formulario de reserva. Subimos un tramo más de escalera, abrió con alguna dificultad un portón de hierro pintado de verde oscuro, y me mostró con complicidad la ropa tendida y las macetas con geranios exuberantes en la enorme azotea.

- Un lugar fabuloso para tomar el sol en verano, ¿no cree?

Definitivamente, aquél era mi sitio. Firmé el contrato de arras y le entregué a la chica un adelanto contra recibo. Quedé emplazada en pasar aquella tarde por la agencia para pagar el resto de la señal y gestionar con la mayor prontitud la fecha de firma en la notaría.

El piso de Chamberí se vendió tal cual estaba. Mi madre ya tenía todas sus cosas (ropa, pañuelos, zapatos, bolsos, joyas, qué sé yo) perfectamente guardados en unos impresionantes baúles como roperos que yo no recordaba haber visto nunca.

- Los traje de Argentina, hija, y los guardaba en el almacén de la zapatería grande. Son como los de la Piquer- aseguró, con orgullo-.

Por mi parte, tan sólo quería llevarme el espejo del recibidor, aquél con el marco de plata labrada, para mirarme cada mañana en mi baño nuevo y no olvidar quién era y de dónde venía. Y también el sillón de orejas de mi padre. Estaba hecho un asco, pero volvería a tapizarlo, y estaba segura de que mantendría su olor, y acogería mis noches de lectura con la calidez de sus invisibles brazos tranquilos.

Ambas estuvimos de acuerdo en que nada mejor que empezar el

Nuevo Año en nuestros respectivos nuevos hogares. De modo que celebramos una Nochebuena peculiar, la primera sin Sebastián, en aquella casa que mis padres comenzaron a pagar treinta años atrás y que ya esperaba a sus nuevos inquilinos.

- Trae algo de comida preparada, aunque sea una pizza de ésas. Ya está todo recogido y aquí ya no se cocina ni se mancha nada -me pidió mi madre, siempre práctica-.

Nos servimos la sidra inevitable en dos copas y nos deseamos suerte y alegría en los años por venir. Y brindamos por el recuerdo de mi padre.

- Por "el zapatero prodigioso": que me tenga preparados los zapatos de cristal para cuando vaya adonde está él -dijo mi madre, dejándome boquiabierta ante aquel derroche de memoria poética-.

Acabamos los papeleos pendientes, indicaciones de nuevo domicilio, obligadas visitas de despedida y gestiones de última hora. Nos aseguramos de que los equipajes y recuerdos se habían entregado correctamente en los respectivos destinos, y, el mismo día 31 por la mañana, acompañé a mi madre a la residencia en un taxi. Era domingo. La semana, el mes y el año acababan en un domingo redondo, soleado y muy, muy frío. Yo ya conocía bien la suite de mi madre, como ella la llamaba, de modo que no prolongamos la despedida de un modo artificial. Acordamos compartir un roscón el día de Reyes y nos despedimos tranquilamente besándonos en la mejilla, una sola vez. Mi madre aborrecía esa costumbre moderna de los dos besos al desgaire, sobre todo entre desconocidos.

El taxi se había quedado esperándome en el espacioso aparcamiento junto a los jardines de la residencia. Le di mi dirección nueva con cierto pellizco de emoción, y pensé que, en pocas horas, aquel Madrid desierto que ahora recorríamos a toda velocidad se llenaría de hordas de seres desesperados por divertirse obligatoriamente en Nochevieja.

Me apeé en San Bernardo, y decidí darme también un pequeño homenaje aquella noche. Caminé hasta una tienda abierta 24 horas y compré varios periódicos cargados de suplementos, una botella de vino más o menos bueno, helado (chocolate-chocolate chips, mi favorito), una lata de foie, panecillos, nueces, fresas y unas barritas de incienso de sándalo. Y, cómo no, un hatillo de uvas empaquetadas. Me dejé bañar por los rayos de sol oblicuos que se colaban en mi calle, saludé con timidez a un señor mayor que salía en ese momento del portal y subí en el ascensor mecida por su murmullo. Cuando introduje la llave y entré en mi casa, me llevaba mentalmente en brazos, como una novia. Dejé las cosas en la nevera

y sobre el mostrador de la cocina, me puse los periódicos bajo el brazo y me propuse salir a pasar el día a mi manera.

Tomé un té en el Café de Ruiz mientras pasaba las páginas de los Especiales Navideños insertos en los periódicos, que abandoné en el revistero al terminar con ellos. Callejeé hasta Fuencarral, me zampé un delicioso *kebab* en uno de los pequeños establecimientos árabes o turcos que comenzaban a menudear en la ciudad, y fui a la primera sesión de " *Sospechosos habituales* ", la última película que Techu me había recomendado con entusiasmo arrebatado.

Quedé completamente fascinada por aquel guión intrincado, inteligente, que no daba ni un segundo de respiro. Anoté el nombre desconocido del tal Bryan Singer para seguir sus pasos, y reiteré mi pleitesía al insuperable Spacey de mis entretelas.

Sobre las siete de la tarde, con el frío arreciando y el cuerpo un poco destemplado, llegué de nuevo a casa y me di una larga ducha caliente para entrar en calor. Me demoré en embadurnarme de crema, en secarme morosamente la melena, incluso en retocarme las cejas. Luego me puse mi kaftán preferido, y, cuando tuve la cena dispuesta a mi gusto sobre la mesita del salón, encendí las velas de la *menorah* que traje como recuerdo del barrio judío de Belgrano. Me paré a observarlo todo con los brazos en jarras, y no pude por menos que reírme de mí misma ante lo convencional de aquella escena.

- Al fin y al cabo, soy hija de mi tiempo -me dije en alto-. Peliculera hasta la náusea.

Para completar el cuadro, puse a todo volumen el *Misty* de Sarah Vaughan y miré por la ventana del salón, retirando con un dedo experto el visillo color crema que eligió mi madre. Había luna llena (cómo no, el escenario se completaba impecable) y el cielo tenía un color rojizo blanquecino. Mañana llueve, pensé. Cada vez me gustaba más la lluvia.

Cuando apuré la última copa de vino, considerablemente achispada, se me ocurrió que sería una buena idea anotar algo de lo que sentía en aquellos momentos. Revolví en las cajas aún por colocar en busca de una libreta, mientras recordaba, con una amarga sonrisa, aquello que decía el viejo librero barbudo que en un tiempo confió en mí.

- No podemos decidir cuándo acaban las cosas, pero sí cuándo comienzan.

Y yo estaba decidiendo que, precisamente en ese día, empezaba una nueva vida. Era una persona distinta, sin duda, pero aún no tenía muy claro si mejor o peor.

- Malditas cajas, quién me mandaría a mí dejar a mi madre que

embalara mis cosas -rezongaba de rodillas, llenando el suelo de los cachivaches más inopinados, que nunca hubiera imaginado que se vinieran conmigo-.

Me quedé quieta cuando mis manos toparon con un álbum de cartulina negra. Encuadernado con una cuerda fina de cáñamo atada en un lazo, tenía los bordes un poco doblados y su nombre escrito con lápiz blanco en la portada.

Cómo era posible…

Sin quererlo, reviví con toda nitidez aquella insólita despedida de Marta, la pretérita amiga fiel, desolada entonces por mi marcha a Buenos Aires, al otro lado del mundo. Me senté en el suelo y pasé con aprensión aquellas gruesas páginas llenas de recortes de prensa pegados, sin ninguna relación aparente entre sí. Intenté leer de nuevo aquellas anotaciones que cubrían todos los márgenes, en letra muy menuda y apretada. Cuando me lo entregó no lo entendí, y, con la urgencia del viaje, dejé aquella rareza de una muchacha rara abandonada en algún lugar de mi habitación.

Pero habían pasado casi seis años desde ese día, y mi curiosidad se sobrepuso a la inquietud por aquel rebrote de recuerdos incómodos.

Estuve descifrando el galimatías de escritura y noticias inconexas hasta el amanecer. Me levantaba cada tanto a estirarme y a cambiar la música. Las velas se consumieron y también la botella de licor de dulce de leche que guardaba como una reliquia en un armario.

Cuando la luz del sol de Año Nuevo comenzó a entrar por la ventana, ya había comprendido lo que Marta quiso decirme entonces: era la historia desestructurada y confusa de su vida desde que nos conocimos. La hemeroteca sentimental de los acontecimientos mínimos que habían cimentado, de acuerdo a la lógica peculiar de su corazón, más de siete años de un deslumbramiento obsesivo por mí, que yo ni siquiera sospeché nunca.

Eran fechas de exámenes, de meriendas, de fiestas de fin de curso, de viajes o tardes aburridas. Eran noticias de sucesos del barrio, de política o cultura que en algún momento habíamos comentado. Eran citas de libros, fragmentos de conversaciones, de diálogos de cine, de letras de canciones que en algún momento habíamos compartido y que yo había olvidado.

Era una declaración convulsa de adoración y deseo, esperanzada unas veces, despechada otras, insegura y culpable siempre.

Me incorporé, mareada, y abrí la ventana para ventilar el salón y refrescar mi propia cabeza. Miré los tejados y la calle vacía, y

escuché unas voces a lo lejos, mientras seguía repitiendo mentalmente una de aquellas frases esquinadas, blanco sobre negro, letras mínimas recogiendo lo que un tal JJM dijo o escribió o cantó una vez: “ *Una persona está determinada por lo que no ha vivido: no hay nada más inquietante que la vida cotidiana* ”.

1996-1998, Madrid

Cuando llegué a la residencia con el oloroso roscón recién hecho en las manos, encontré a mi madre muy arreglada y con buen color. Me estaba esperando en los sillones de recepción. Me presentó a un par de señoras sentadas a su lado, con el bolso en el regazo y aspecto de esperar impacientemente a quien fuera a recogerlas. Enseguida me llevó del brazo a la habitación.

- Tengo un termo entero de chocolate caliente preparado -me susurró de camino-. Los del comedor están en el bote, y me tratan con un respeto que no veas. No como esas dos estiradas que estaban abajo conmigo…

Había retomado de nuevo su charla insustancial e imparable. Detecté enseguida un resurgir, bastante amortiguado, del tono criticón y quejoso que la había acompañado siempre, pero no quise preocuparme ni sentirme aludida. Le di mi regalo de Reyes (unas zapatillas de piel muy elegantes que le encantaron, aunque encontró el tacón un poco alto y la suela demasiado fina), y ella me puso en las manos un pequeño paquete cuidadosamente envuelto. Era una *moleskine* : la legendaria libreta de notas con tapas de piel negra, sujeta con una goma elástica.

- Me gustaría que algún día escribieras sobre tus viajes, y que me lo dejaras leer. Ya sabes, para entretenerme. Ahora tengo mucho tiempo libre…

La miré, con un nudo de emoción y desconcierto en la garganta. ¿Cómo se le había ocurrido semejante cosa, precisamente a ella, precisamente ahora? ¿Cuántos rincones desconocía aún de mi madre? ¿Cuánto me había perdido de aquella mujer a la que, fatalmente, acabaría pareciéndome algún día? Apreté cariñosamente su mano llena de manchas de vejez, notando el relieve de sus venas azules, y carraspeé un poco para que no me fallara la voz.

- Gracias, madre. Prometo hacerlo.

Al día siguiente, cuando por fin se extinguió aquella especie de narcotización general navideña, puse en marcha el meticuloso plan de ataque que había escrito y corregido en esos días.

Buscar trabajo era lo primero. Había descartado retomar el mundo de los viajes organizados, pero tampoco tenía una experiencia consistente que me permitiera afrontar con seguridad ningún sector específico. Los únicos valores que creía poder ofrecer eran mi determinación, mi disponibilidad para dedicar todas las horas del día que hicieran falta, el dominio de idiomas, mi pasión por los libros y la escritura, y los trabajos previos como documentalista y correctora de textos. Y como dependienta en una librería pequeña pero prestigiosa.

Noté una punzada en el estómago, como cada vez que recordaba aquel tiempo tan feliz como devastador.

Llegué a la conclusión de que debía deshacerme de complejos y abordar con empeño el entorno de la enseñanza. Probablemente tuviera una imagen entre romántica y deformada de lo suponía aquel mundo profesional, pero me convencí de que tampoco importaba demasiado. Me veía allí, y eso era lo principal.

Pensé de nuevo en don Alberto. Sentía que debía llamarlo, volver a charlar con él, comprobar que había entendido todo lo que pasó dos años antes y que no me guardaba rencor por mi súbita espantada. Pero, sobre todo, quería asegurarme de que no me había olvidado.

Tampoco había vuelto a ver a Nacho desde entonces, aunque, en los lugares más remotos, había echado tremendamente de menos su compañía, su alegría contagiosa y su fino ingenio. Sólo sabía por Techu que dejó *El Aleph* poco después de irme yo, y que se lo encontró meses más tarde en la presentación de una revista literaria para la que estaba trabajando. Nacho le había preguntado por mí con sincero afecto, insistiéndole vivamente en que le llamara cuando estuviera de vuelta en Madrid. Pero cuando me decidí a hacerlo en un breve receso entre dos grupos de funcionarios en viaje de prejubilación a Lisboa, sólo conseguí saber, gracias a una voz femenina muy amable, que don Ignacio ya no trabajaba allí. Debió percibir mi desolación a través del hilo telefónico, porque me explicó, en tono de confidencia, que llevaba más de un año en el Instituto Cervantes. Aunque no supo decirme en qué parte del mundo.

Sí, llamaría al librero y me pondría en sus manos. Buscaría en su ceñuda experiencia el consejo y el perdón que necesitaba y que ya creía merecer. Y, de paso, quién sabe, quizá también consiguiera

encontrar la pista de Nacho para empezar a reconstruir el edificio de mis afectos.

*

Don Alberto enmudeció unos instantes al oír mi voz. Intentaba imaginar su cara al otro lado del teléfono, mientras oía el fuelle de su respiración trabajosa.

- ¿De verdad eres tú? -preguntó al fin, con un deje anhelante que no le conocía, aunque enseguida se recuperó-. ¿Y se puede saber dónde demonios has estado todo este tiempo, desagradecida? Tonteando por ahí, como si lo viera, y sin hacer nada de provecho, como todos los jóvenes de ahora… Y yo no escarmiento y sigo dando oportunidades, maldita sea mi estampa.

Para él, cualquiera por debajo de los cincuenta era un niñato malcriado. Siempre se había creído en su derecho de regañar a diestro y siniestro. Pero en realidad no había recriminación en sus palabras, sino mucho de arisco afecto disimulado.

- Ya le contaré, don Alberto. ¿Puedo invitarlo a tomar un café? -aventuré, reconfortada por reencontrarme con aquella aspereza que me resultaba infinitamente acogedora-.

- Déjate de gaitas de café, vamos a cenar, y pago yo, que seguro que tú sigues sin tener dónde caerte muerta -galanteó a su estilo-. A las nueve en *La Cruzada* , ya sabes, en Ópera. Y no se te ocurra llegar tarde, ¿me has oído?

Reprimí la risa, y acepté (cualquiera lo contradecía). Recordaba que don Alberto era cliente asiduo de los restaurantes asturianos de Madrid, desde *Casa Mingo* a *Graciano* , de *El Escarpín* a *Casa Portal* , y siempre tenía una mesa a su disposición. Raras veces se salía de aquella ruta estrictamente fiel a sus orígenes, en un extraño homenaje cotidiano que, sin embargo, nunca se había traducido en un regreso físico a su tierra desde que emigrara a la capital cuarenta años atrás.

Pero (por alguna razón que no entendía de momento) no me había citado en ningún templo del *pixín* , el cabrales y la sidrina,

sino en una taberna con solera, en la calle Amnistía. Las casualidades felices, las afinidades electivas, pensé. Cuando yo tenía unos nueve o diez años, mi padre me llevó allí una mañana, después de recorrer los puestos de venta de sellos en la Plaza Mayor y pasear un rato por los Jardines del Moro.

- Quiero que pruebes las croquetas de gallina y jamón -me dijo aquel día, iluminado su rostro por esa placidez infantil que lo inundaba cuando salíamos juntos y solos, de la mano por Madrid-. Son legendarias. Yo iba antes algún domingo con tu madre al local antiguo, en la calle de la Cruzada, pero lo tiraron abajo el año pasado y acaban de abrir esta maravilla. Ya verás cómo te gusta.

Recordé el asco insuperable que me produjo la sola mención de la gallina: era el animal que por entonces me parecía más sucio y repelente del mundo. Pedí una Mirinda para hacer pasar el bocado por la garganta. Mi padre me insistió en que no fuera remilgada y saboreara con los ojos cerrados el trabajo de una buena cocinera, así que tuve que obedecerlo. Y admitir que eran deliciosas.

Me arreglé con esmero y dejé el pelo suelto. Quería tener el mejor aspecto posible para mi cena con el librero. Cuando entré en *La Cruzada* a las nueve menos cinco, me encontré con un bellísimo frontal de barra, de madera oscura tallada, y pregunté por la mesa a nombre de don Alberto Pérez de Lama. Lo vi enseguida, sentado al fondo, imponente, en la mejor mesa del salón. Había engordado un poco y llevaba la barba bastante descuidada, pero su nariz cervantina y la frente poderosa seguían siendo tan irresistibles como siempre. Con la cabeza muy erguida, leía un libro pequeño que sujetaba en la mano izquierda, el brazo totalmente estirado, mientras balanceaba una pipa vacía en la derecha. Me planté delante de él en dos zancadas.

- *Layla Tov* , jefe -le solté, ceremoniosa-. ¿Puedo sentarme a su mesa?

- Buenas noches a ti también, hija pródiga -me saludó, mirándome por encima de las gafas de media luna, mientras cerraba el libro con parsimonia y dejaba la pipa encima-. Qué flaca estás, puñeta. A ver, Isidro -voceó, como en su casa-, tráenos de cenar, que hay *fame* .

Extendí la servilleta en mis rodillas, aguantándome la risa ante la conmovedora tosquedad de mi anfitrión. Calculé que don Alberto debía ser de la quinta de mi padre, con lo que rondaría ya la edad de la jubilación. Pero, aunque su aspecto era venerable y su voz indefectiblemente cascarrabias, su mirada y el movimiento de sus manos mantenían un descaro juvenil.

- Bueno, ya puedes empezar a largar, niña. De aquí no te levantas hasta que me cuentes todo -me espetó calmosamente el viejo, quitándose las gafas y arrellanándose en la silla-.

Y vaya si hablé. Sentí que las compuertas se abrían, y que un torrente de palabras estancadas empezaban a salir. Desordenadas primero, diseccionadas después, depositando inmisericordes sobre los anchos hombros de aquel hombre silencioso y atento los ríos de significados evidentes u ocultos que habían anegado durante más de dos años el dique a reventar de mi corazón.

- Ya sabe lo que dice el proverbio hebreo: dos perros pueden matar a un león -concluí, retadora, engullendo la última croqueta del plato y limpiándome finamente los labios con la servilleta-. Aunque no es lo habitual, ¿verdad? Y, si no, míreme a mí, lo bien que me ha crecido la melena para tapar los costurones de los mordiscos.

- Entendido -dijo el viejo, cebando su pipa concentrado-. Isidro, los cafés. ¿O sigues tomando ese aguachirle inglés, niña?

- Hoy tomaré café, don Alberto, como usted. Solo doble y sin azúcar.

Nos sonreímos a medias, complacidos de la memoria mutua mantenida incólume a través del tiempo. El librero me resumió, en pocos brochazos precisos, lo que había sido de *El Aleph* y de su vida en aquel par de años. Marta se fue, Nacho se fue, vinieron otros igual de ingratos que acabaron yéndose también. Don Alberto tan pronto atendía la caja como limpiaba estanterías. Muchas noches se quedaba a dormir en la trastienda, en una cama turca que pidió que le llevaran de casa. Ya sólo contrataba a emigrantes centroeuropeos, listos, cultivados y dispuestos a dejarse el pellejo por poco sueldo. Ahora tenía a un polaco y a una rumana, ingeniero aeronáutico y profesora universitaria respectivamente, ahí es nada. El negocio iba mal, muy mal, tenía pérdidas de tres pares de cojones, decía, pero estaba dispuesto a fundirse los ahorros de toda una vida en sacar aquello adelante.

- Y además, ¿qué otra cosa tengo que hacer ya? -acabó, limpiando de nuevo la cachimba en el cenicero-. Soy de pocos gastos, dentro de nada ya ni el sueldo de la criada, porque a la pobre Elena le quedan dos padrenuestros. Hasta la sepultura tengo ya pagada en el mejor panteón de Ribadesella. ¿O me vienes tú con alguna idea, rapaza? -amagó una sonrisa corta, mirándome con intensidad-.

- Pues ya que lo dice, la verdad es que algo sí que le quería pedir -decidí ir al grano, sin ambages. El viejo odiaba los circunloquios-. Dos cosas, en realidad. Una, que me diga cómo localizar a Nacho. Y

otra, que me ayude a encontrar un trabajo. En un colegio, en una editorial, ya sabe. En uno de esos círculos en los que usted se desenvuelve tan bien.

- Mucho pides tú. ¿Y qué es lo que das, si puede saberse? -me interrogó, muy serio-. Ya eres mayorcita para saber que lo del maná cayendo del cielo es una metáfora.

- Le ofrezco demostrarle que aún se puede confiar en alguien –le aseguré, con mi voz más convincente-. Preferiblemente en los extraños, como al fin y al cabo somos usted y yo. Le ofrezco darle un buen meneo a la librería y poner firmes a sus esclavos del este. Durante un mes o dos, hasta que comience a trabajar en otro sitio. Limpiaré, ordenaré y daré lustre a mercancía y proveedores. Y le ofrezco dedicar el *shabat* leerle en alto sus libros preferidos, y acompañarlo de cuando en cuando a tomar unas *fabes* . O un *falafel* , se anima a variar.

Nos quedamos unos instantes en silencio, observándonos como dos gladiadores, atentos al siguiente movimiento del contrario, admirados de la fortaleza o la habilidad del otro.

- Hecho. Tienes agallas, guaja. Sólo una pregunta antes de firmar: ¿no te habrás enganchado con ningún otro maromo al estilo del difunto, no? Ya sabes, el pibe del pájaro alegre…

Me dio la risa ante la retorcida alusión con la que el viejo se refería a Ariel. El difunto.

- Pierda cuidado, don Alberto. Ya tuve bastante. Mi único compromiso ahora es visitar de vez en cuando a mi madre en la residencia y cambiarle el agua al canario que tengo en el balcón.

- Está bien. Anota el teléfono de Nacho –dijo, sacando una sobada agendita negra del bolsillo de la chaqueta de pana gris-. Mira, una página entera para él, llena de tachones. No sé para qué me molesto en escribir cada vez otro número nuevo, si nunca lo voy a llamar. Pero él se empeña en mantenerme al día de sus traslados. Sí, éste –señaló muy seguro, apuntando varias veces con el índice-, el del final de la lista.

- ¿Está en Londres? -pregunté sorprendida, al reconocer los prefijos-.

- Sí, allí anda. Tengo un montón de postales por casa y la última era de esa torre horrible con el reloj. Yo no sé qué gusto le saca a eso de andar de acá para allá con el puñetero Instituto Cervantes, será golfo, dice que va poniendo picas para el español por el mundo, y que de paso él pica de todo el mundo.

Me sonreí recordando los furores amorosos de Nacho, mientras comprobaba de nuevo que había anotado correctamente el número

en mi agenda. La cerré y me dispuso a cercar los flancos de mi curtido contrincante.

- Ahora la segunda parte: el trabajo. ¿Qué puede hacer por mí, don Alberto?

El viejo gruñó un poco mientras apuraba el licor de hierbas con el que se había rellenado por cuarta vez el vasito.

- No sé, no sé… Poca carrera tienes tú, guaja. ¿Qué estudiaste, Filología, no?

Encendió de nuevo su pipa y meditó unos instantes, muy concentrado.

- En el sector editorial no va a ser fácil, porque la cosa está arde. Últimamente ha habido más de un cierre, y los grandes grupos extranjeros se están hinchando a comprar las editoriales españolas. Hay una especie de frenesí de fusiones y adquisiciones, y todos andan con los papeles un poco perdidos -chupó despacio la cachimba hasta que comenzó de nuevo a cubrir la mesa con una nube fragante-. Pero quizá… tengo por ahí buenos amigos de muchos años que dirigen colegios de postín… Seguro que alguno anda buscando una profesora de lengua atolondrada y sin experiencia a la que poder explotar. Haré unas llamadas y te diré algo pronto.

Noté cómo mi rostro resplandecía. No sólo no me había equivocado cuando intuí que debía ver a don Alberto, sino que el reencuentro había superado todas mis expectativas.

- ¿Trato hecho entonces? -dije, extendiendo mi mano derecha sobre la mesa y mirando al viejo con pícaro entusiasmo-.

- Trato hecho. Mañana te quiero ver a las nueve en punto en la librería. Y tráete el plumero, que te vas a aburrir de quitar polvo -sonrió malévolamente el librero, mientras estrechaba mi mano con inesperada fuerza y se levantaba para marcharse sin más-.

*

Estaba decidida a sacarle el máximo partido a mi treintena recién estrenada. Segura de que iba a encontrar un buen trabajo, a la medida de mi ambición y con el suficiente recorrido. Especulaba sin pudor y hacía desmedidos planes de carrera. Sin duda sorprendería a todos con mis dotes para la docencia, encandilaría a los alumnos más difíciles con mis métodos y los volvería locos por la literatura. Organizaría concursos literarios, certámenes de ensayo, de relato, salidas al campo para escribir cuadernos de viaje. Todos me adorarían por mi juventud y experiencia. Chicos y chicas adolescentes se volverían locos por mí, y me mandarían encendidos poemas en secreto. Descubriría nuevos talentos que en poco tiempo se convertirían en fulgurantes éxitos de ventas, e incluso llegaría el momento en que sería yo misma el rutilante valor literario oculto que destaparía un ojo avezado, y mi nombre estaría impreso en relieve sobre cubiertas de tapa dura. Me veía ya en la primavera calurosa de Madrid, firmando torres de ejemplares en la Feria del Libro, abanicándome entre los elogios encendidos de mis devotos lectores.

En aquel mundo de quimeras me hallaba, mientras estornudaba sin cesar entre montañas de ejemplares polvorientos del almacén de *El Aleph* . Llevaba más de un mes cumpliendo, con empeño y sin queja, la promesa que le hice a don Alberto. Él me presentó el primer día como una sobrina lejana, que había trabajado en el extranjero y que ahora iba a ayudarlos durante un tiempo. Karol, el entusiasta ingeniero polaco con mandil, recibió mi inesperada llegada a la librería como una bendición del cielo, volcándose en ponerme al día con un apresuramiento apasionado. Pero para Cristina, la dependienta rumana, supuso la confirmación tácita de que su carrera comercial en aquel establecimiento tenía pocos visos de prosperar. De modo que, entre el empuje de uno y el mohíno

desdén de la otra, me arremangué y saqué toda mi capacidad de fénix para trasladarla a aquel negocio mortecino.

Cuando ya me reconcomía la impaciencia, creciéndome por dentro la considerable certeza de que el librero me había tomado el pelo, una tarde don Alberto me llamó a su despacho.

- Ya te dije que costaría un poco, pero soy un hombre de palabra. Mañana a las diez tienes una entrevista en el colegio Los Álamos-me dijo, alargándome una tarjeta-. Venga, a por ellos, muller. Que se te note la raza.

*

Tenía que preguntar por Marian de la Fuente, la directora del centro. Mientras esperaba en una salita de paneles de cristal amueblada con butacas rojas, me estiré por enésima vez la falda, que se me pegaba demasiado a las caderas, y me coloqué de nuevo el cuello de la chaqueta. Más que nerviosa, estaba sufriendo un definitivo ataque de pánico. Me daba cuenta de golpe del compromiso en que había puesto al viejo, de lo escueto y endeble de mi currículo, y de lo absolutamente fuera de lugar que me encontraba en aquel edificio moderno, repleto de gente atareada que se movía en su elemento con soltura y agitación.

Aquel colegio era lo bastante grande y conocido como para hacerme sentir que aquélla era la oportunidad de mi vida, y el temor a perderla me estaba nublando la vista por momentos.

- ¿Julia? –oí una voz agradable, procedente de una cabeza rubia que acababa de asomarse -. Hola, soy Marian –dijo, estrechando con rapidez mi mano-, ¿vienes conmigo, por favor?

Seguí casi sin aliento sus pasos rápidos por varios pasillos, taconeando sobre la tarima clara. Por el camino, Marian se iba disculpando por la espera, y me preguntaba si quería tomar un café, o agua, o algo. Sólo alcancé a murmurar un atropellado no-importa-gracias-no antes de llegar al pequeño despacho de cristal que debía ser el suyo. Tenía flores blancas en jarroncitos repartidos por las mesas y en el repecho de la ventana.

- Adelante. Aquí estaremos más cómodas que en una sala.

Nos sentamos en la pequeña mesa redonda de reunión y Marian suspiró.

- ¡Muy bien! Me alegro de conocerte. Ya sabes que tienes excelentes referencias de un personaje muy querido y respetado en esta casa. De modo que veamos si nos convenimos mutuamente. Si te parece, empezaré contándote quiénes somos.

Mientras Marian hablaba de la historia de aquella institución educativa con su voz bien modulada, explicándome en tono muy profesional lo que seguramente habría contado mil veces, yo no podía dejar de observar su rostro. Era una cara tan sugerente y misteriosa como un retrato de Vermeer. Sabía que debía estar atenta a los datos que me estaba proporcionando quien iba a decidir si contratarme o no, pero la angustia o la fatalidad me llevaban por los derroteros de la digresión más pavorosa, precipitándome sin frenos por un despeñadero de pensamientos encadenados. Pensaba que la cara de cada uno es su identificador irrepetible, más incluso que el nombre o el apellido. Mucho más que la voz, que es más confundible. Y que los cuerpos, que son fácilmente intercambiables. Las manos, las piernas, los pies, se parecen tanto que sólo un especialista o un gran observador sería capaz de establecer diferencias. Pero la cara, ese compendio de músculos, nervios, gestos, labios, arrugas, cejas, nariz, ojos, es tan simple si lo troceamos como único cuando se ejecuta una composición personal. Y el rostro de Marian era una orquesta sinfónica. Debía rondar la cuarentena, sin asomo de rendición a ningún retoque. La cirugía estética se iba convirtiendo en una forma cada vez más accesible y misteriosa de estandarizar caras. Nada más parecido que las narices operadas, que los labios rellenados. Pero aquella mujer, que hablaba como si cantara, decía más de sí misma con su propia faz, maquillada con calidad y mesura, que si hubiera escrito veinte tomos sobre su vida.

- Y en este momento estamos. ¿Qué te parece la visión general? -me preguntó entonces Marian, apoyando la barbilla sobre sus manos cruzadas-. ¿Qué crees que podrías aportar a nuestro centro?

Tragué saliva con todo el disimulo de que fui capaz, y tomé aire en tres tiempos. Me invadió la súbita calma de quien sabe que la suerte está echada.

- ¿Aportar yo? Pues… te seré muy sincera. Lo poco que sé y todo lo que estoy dispuesta a dar: horas sin límite, energía, precisión, meticulosidad… pasión por la palabra escrita, conocimiento de unas cuantas lenguas vivas y muertas… -desplegué mi mejor sonrisa, reconociéndome en los ojos color miel de aquella mujer acogedora-. Y mi modesta experiencia del mundo y de la vida. Ya no soy una niña, y sé lo que me juego. Mataría por este trabajo.

Continuamos hablando durante más de una hora, con la comodidad de un reencuentro y el entusiasmo de una revelación.

Dos días después, Marian me llamó a la librería.

- Si sigues interesada, el puesto de profesora adjunta de Lengua y

Literatura es tuyo.

Sentí debilidad en las rodillas y un tambor en el corazón.

- ¿Cuándo quieres que empiece?

- En quince días, el primero de abril. A las ocho y media. Pásate primero por administración y entregas los documentos para el contrato, ¿de acuerdo? Y, por cierto, no hace falta que vengas vestida a lo “ *Armas de mujer* ” -noté que sonreía cómplice al otro lado del teléfono-. Tú no lo necesitas.

*

Sorprendentemente, no me costó mucho entender la estructura organizativa del colegio, las funciones, las dependencias y, aproximadamente, cómo se producía el flujo de trabajo. Pero desentrañar los personajes que ocupaban cada puesto llegaría a tomarme años.

Después de darme el paseíllo de rigor, presentándome muy de pasada al personal y enseñándome las instalaciones, Marian me llevó al despacho de Pilar Freire, coordinadora del departamento de Lengua y Literatura, con la que trabajaría a partir de ese momento.

Pilar me recibió con simpatía, tan cariñosa y cursi como pronto descubriría que era ella; con sus labios finísimos pintados con tiralíneas de rouge y sus ojos apacibles tras las gafas sin montura. No tendría más de cuarenta y tantos años mal llevados.

Ven, Julia, guapa, te enseñaré tu sitio y así conoces a los demás del departamento. Ésta es Rosa, la secretaria; Senén, profesor de primaria; y Jesús y Ricardo, los profesores de secundaria. Falta Elena, la otra profe de primaria, que hoy está en la feria de Bolonia, invitada por editorial Singladura. Tienen unas ediciones preciosas para los más pequeños.

Fiel a la disciplina interna de la casa, Pilar se había reservado la mañana entera para iniciar el que llamaban “Programa de Inmersión” de los nuevos profesores. Yo anotaba muy dispuesta toda la información que consideraba relevante. Pilar me desgranaba con admiración y respeto sus quince años en el colegio, los últimos diez entregada en cuerpo y alma a coordinar aquel departamento “tan creativo y esencial para niños y jóvenes”, afirmaba ella.

Con la dedicación de una tía soltera afectuosa, me explicó el funcionamiento interno del área y del centro, cómo giraban los calendarios y cuáles eran sus fechas, reuniones, informes, proveedores y contactos. Las relaciones con la asociación de madres

y padres, las subvenciones, las convocatorias del ministerio, los márgenes, las tutorías, las actividades extraescolares, los grupos de refuerzo. Como quien inicia a un neófito en un culto secreto, me introdujo con algún aspaviento en la tremenda importancia de asistir a los congresos (¡a todos los congresos!) y vincularse a las asociaciones sectoriales (¡a todas, a todas!). Y, en el apogeo de la confianza nacida junto al primer café compartido, Pilar me transmitió como una herencia algunos secretillos. Me servirían para bandear determinadas presiones internas y las formas a veces no muy corteses de la Dirección Pedagógica (conoces ya a Paco Rey, ¿verdad?) y, sobre todo, del Coordinador de Ciencias (ay, Paco García, cómo es, Dios mío, cómo es…).

El tiempo fue pasando sin notarlo. Me enorgullecía ser parte de aquel lugar de conocimiento elegante, próspero, con magníficas instalaciones y férreo espíritu innovador. Aún estaba en los primeros pasos hacia la cúspide de un camino profesional recién enfilado, pero ya había decidido que cargaría animosa con el banderín hasta que hiciera cima. Y que desdeñaría cualquier distracción o encomienda que no me ayudara de forma relevante en mi empeño.

Con esa determinación, en los años siguientes prosperé sin cesar. Aproveché cada clase, cada reunión, congreso, viaje de trabajo o de fin de curso, cada entrega de premios y, cómo no, cada seminario y ponencia, para cimentar mi ascenso social y profesional.

No sólo pasé de temporal a fija, sino que me encomendaron desarrollar y dirigir el área de Actividades Complementarias (una de las principales fuentes de ingresos del colegio), hice piña con Pilar en el departamento de Lengua y Literatura con lo que se reforzaron sus directrices y aumentaron mis clases para alumnos de Secundaria (las mejor pagadas), y me convertí en la mano derecha de Marian.

Me construí un razonable prestigio en el sector, con paciencia, cierto carisma reinventado y mucho trabajo duro. Me había ganado fama de buena negociadora con ojo impecable para los acuerdos de colaboración intercentros, y de ser exigente, divertida y perfeccionista en mis clases.

Y, en el dorso inevitable de la dulce popularidad, también de maniática, terca y voluble. La versión más burda (y la preferida en las máquinas de café y las bambalinas del cole) me reducía a una adicta al trabajo con aires de grandeza, que lo que necesitaba de verdad era que uno con los cojones bien puestos me echara un buen polvo.

En la primera ocasión que tuve de viajar a Londres (una importante negociación con la prestigiosa Prentiss Hill School, para

cerrar un acuerdo de intercambio de alumnos en verano), visité por sorpresa a Nacho.

Sólo le había llamado una vez desde que don Alberto me facilitara su último número. Mantuvimos una conversación llena de promesas y encantamiento mutuo por las alas que habían tomado nuestras respectivas vidas, y nos juramos buscar el modo de encontrarnos sin prisas para ponernos al día y compartir nuestras penas secretas.

Le di al taxista la dirección del Instituto Cervantes en Londres. Quería presentarme sin avisar, aun a riesgo de quedarme con un palmo de narices si mi amigo, como era más que probable, estaba fuera. Pero los hados fueron propicios, y, un minuto después de avisarlo desde recepción, Nacho aparecía como un tornado frente a mí. Una explosión de brazos abiertos, ojos brillantes y exclamaciones muy british, una mezcla tan única como él mismo.

- ¡Pero qué es estoooo! Mi dama misteriosa, qué gran sorpresa… *Sweet dreams are made of this* … –se puso a canturrear, desmadejado de risa-.

Tenía un aspecto fantástico. Se le notaban, y mucho, los cinco años que llevaba sin verlo. Había ganado en porte y volumen (*gymnasiorum contributio* , bromeé mentalmente), sus rasgos finos ahora mucho más marcados. Llevaba una atractiva barba de tres días, y me pareció ver algunas canas apuntando a la altura de las sienes en su pelo perfectamente cortado.

Intenté imaginar cómo sería el cambio que los ojos de mi antiguo compañero apreciarían en mí. Durante unos largos instantes, nos abrazamos como dos náufragos.

- *Oh, my dear, you look faaaaboulous* !!! exageró Nacho, separándose de mí para contemplarme a conciencia-. Qué ganas tenía de verte. De verdad.

Me agarró del brazo y enfilamos hacia la puerta.

- Katie, *darling* , a comer con una vieja amiga -le dijo a la recepcionista desde la puerta-. No creo que vuelva por la tarde. Ya sabes, si hubiera algo urgente me avisas al *cellphone, right* ?

Me alegré de haberme reservado el día libre, pues la comida temprana de *roast beef* verduritas en un rincón muy *cool* ó con el té de las cinco entre paredes enteladas de flores y servicio de plata, para seguir con los pringosos *fish and chips* ros de las ocho y las pintas hasta las once en un *pub* de ambiente.

No dejamos de hablar ni un momento, atropellándonos en el afán por trasladar al otro la versión más actual sobre nosotros mismos y los años precedentes, tamizada del escepticismo, la ironía y el fino

ingenio en los que competíamos con ardor guerrero.

- Lo que te digo, Julie, celibato total y mantenido desde hace un año, y lo que me queda. Estoy aburrido hasta la médula de tanto lance sin futuro, de hacer planes para que me los rompan. Los tiempos de alegre promiscuidad se han acabado. Quiero una pareja a mi lado, un hombre tranquilo que me calme y me consuele, que desmonte mis neuras y me despierte con tostadas. Pero de momento, un desastre. He probado desde la más baja estofa hasta a intelectuales, diseñadores y algún que otro ministro. Y nada. Cada vez me veo más como una versión pelín modernizada de mi tío, pero con más pluma y menos tinta –nos reímos juntos, espantando la amargura que se posaba sobre nuestras miradas-. Y ando en camino de hacerme vegetariano. Ya habrás notado cómo me cuido últimamente -se lució, presumido, sacando pecho y acariciándose los abdominales-. Y en dos meses me marcho a El Cairo, a promover la cultura española, no te digo más. ¡A ver si encuentro a algún descendiente de Ramsés que me ponga mirando a la Meca cual esfinge sonriente!

En el tempranísimo avión de vuelta al día siguiente, entre las brumas de la leve resaca y el madrugón, rememoré las horas que había compartido con Nacho. Me alegraba profundamente de haber recuperado a aquel ser tan arrollador y desprotegido. Sabía que siempre podría contar con él, apoyándome desde cualquier lugar del mundo, y convirtiendo mis desvelos en naderías comparados con los suyos, que siempre eran más grandes y más urgentes.

Aunque llevaba en mi enorme bolso varios libros para hojear, había comprado en el aeropuerto la revista femenina más voluminosa y deslumbrante de las estanterías. De modo que me sumergí durante el resto del vuelo en aquel delicioso derroche de frivolidad en grueso *couché* .

Sugerencias de moda, maquillaje, complementos, escapadas. Modelos de otro mundo, lugares inimaginables, entrevistas en profundidad a personajes conocidos… y el obligado test revelador, que me desafié a completar con el bolígrafo del hotel y un entusiasmo infantil.

ME GUSTA: No depender de nadie, controlar mi vida. El éxito, todos los éxitos, los grandes y los pequeños. El reconocimiento. Comprar plantas. Llenar la casa de flores.

NO SOPORTO: La impuntualidad, la falta de respeto al tiempo y el espacio de los otros.

ME DESMORONO CUANDO: Compruebo que la ingratitud y el engaño ocurren aunque no los merezcas. Cuando me decepcionan.

Cuando me malinterpretan por maldad o ignorancia.

ABORREZCO: A los que dejan la mierda de sus perros en la calle. A los que tiran desperdicios en la ciudad, en la playa, en el campo.

ECHO DE MENOS: La cándida adolescencia. Y a mi padre. Cada día más.

ME VUELVE LOCA: El mar, el cine, el jazz. Y viajar, viajar, viajar.

ME ABURRE: El recurso al tópico, los lugares comunes, las clasificaciones simplonas o rancias, las generalizaciones chatas.

ME PARTO DE RISA CON: El Guateque y Peter Sellers. Con Monty Python. Con Martes y Trece y Paco Martínez Soria.

ME DUELE: La injusticia, la pobreza. La traición.

ME PRODUCE TERNURA: La vulnerabilidad de los enfermos, sobre todo si son niños.

ME AGOTA: El ruido humano, los gritos, el vocerío sin sentido.

AL DESPERTAR: Intento recordar lo que he soñado.

ME PONGO TRISTE CUANDO: Recuerdo que nunca podré tener hijos. Cuando mi madre me dice adiós desde el comedor de la residencia.

ME DA MIEDO: Perder la vista o el habla. O la cabeza. La desintegración de la voluntad y el conocimiento. Desvanecerme en la confusión.

CUANDO ME MIRO AL ESPEJO: Veo a una luchadora que no está nada mal.

DESEO: Escribir una novela algún día...

Releí lo que había escrito con una mezcla de rubor y complacencia. Reconocía en mis palabras el trazo grueso y rotundo con el que había redibujado voluntariosa mi perfil de mujer nueva.

Pero también aceptaba sin remedio el rastro de dolor y tristeza antiguos que rezumaban de ellas. Pensé que quizá había llegado el momento de abrir algunas puertas y ventilar mi corazón.

1998-2005, Madrid

En el otoño de 1998, tras cuatro años trabajando para la Universidad de Barcelona, Techu me llamó para anunciarme su regreso a Madrid.

- Siéntate, porque te va a dar un aire cuando te lo diga -avisó, juguetona, manteniendo el suspense-. Voy a casarme, querida. El mes que viene.

Techu llevaba más de dos años de intrincada relación profesional y amorosa con Germán. Y, sin embargo, nunca me había dicho ni una palabra de aquel catedrático de Estadística, viudo y sin hijos. La verdad es que yo tampoco le había dado muchas oportunidades de hablar de su vida y sus sentimientos en los últimos tiempos.

Sólo ahora me daba cuenta de que había articulado una suerte de congelación para el tiempo de mi amiga en Barcelona.

Como si de una reina hibernada a mi servicio se tratara, dispuesta para cuando necesitara reactivarla de nuevo. Como si la vida de los que no estaban al alcance de mi vista hubiera de detenerse a mi conveniencia. Sentí el peso del desapego que tantas veces me había reprochado Techu, de modo que me esforcé en transmitirle un entusiasmo encendido y mi absoluta disposición a ayudarla en todo lo que hiciera falta.

Rehice mi agenda endiablada, y establecí lo que consideraba un nuevo perfil de relación. Se lo debía a la amiga que siempre había permanecido incólume y firme en mi vida.

A los dos días de volver, Techu me llamó para invitarme a cenar en uno de sus restaurantes preferidos, un italiano escondido en la Cava Baja. No podía esperar para presentarme a Germán.

Llegué temprano y pedí una botella de *lambrusco* frío. Estaba un poco nerviosa por el encuentro con Techu. Imaginaba transformaciones espectaculares en ella, una mutación que la hiciera irreconocible, quizá un cambio en su manera de hablar y moverse.

Además, me sentía incómoda, porque notaba que me había arreglado en exceso. Encendí un cigarrillo y saqué mi *moleskine* del bolso. Desde que mi madre me regalara aquella primera libreta para relatarle mis viajes (aún pendientes), me había acostumbrado a llevar siempre una para tomar notas. Era elegante y práctica, y muy adecuada para mi *look* integral de educadora-gestora en permanente alerta. Me dispuse a apuntar algunas de las ideas que se me habían quedado revoloteando después de la última reunión de planificación de aquella tarde. Cuando quise darme cuenta, Techu estaba plantada delante, observándome con la cabeza ladeada y el gesto divertido.

- Mírala ella, que no para, el futuro de la educación en este país está en sus manos… -afirmaba guasona, con los brazos cruzados en el pecho, dirigiéndose al hombre de pie junto a ella-.

No había cambiado absolutamente nada. Ni el pelo, ni las pecas, ni el tono provocador y chispeante. Sólo eché de menos las gafas redondas, presumiblemente jubiladas para dejar paso a un modelo de inequívoco *disseny* catalán. Los años de separación se esfumaron en un suspiro, y el ambiente se llenó de calidez al momento.

Germán era un hombre más joven y atractivo de lo que, por alguna razón, había imaginado tras la previa introducción telefónica de Techu. Calmado, elegante y atento, tenía una de esas voces musicales que acarician, sin importar qué es lo que digan. Habló poco de sí mismo, apenas la información justa para que la mejor amiga de su futura esposa pudiera hacerse una correcta composición de lugar.

- Soy de Valladolid, y vengo de una familia aún más numerosa y peculiar que la de Techu -aseguró, sonriendo-. Creo que aún no han logrado entender a qué me dedico, porque lo de la estadística les suena como mucho a los datos del censo que, como las Olimpiadas, llegan cada cuatro años. He vivido en Barcelona casi la mitad de mi vida, que no es poco, porque ya no cumplo los cuarenta y cinco. Al poco de llegar a esa ciudad, conocí a Isabel en la cafetería donde desayunaba cada mañana. Nos enamoramos y nos casamos hace mucho tiempo, en plena transición. Vivimos nuestra felicidad con estrecheces y sin hijos durante casi diez años, hasta que un tumor en la cabeza llegó sin avisar y se la llevó en un suspiro. Y pasó el tiempo, puedes imaginar de qué modo estadísticamente previsible para un caso como el mío.

Sirvió con delicadeza más vino en las copas y levantó la suya.

- Hasta que un buen día, las nubes negras que me acompañaban como a los personajes de los cómics desaparecieron… porque conocí a Techu.

Techu lo miraba sin disimular un orgullo que rayaba en la veneración. Nunca la había visto tan arrebatada por nadie. Charlamos largamente y compartimos los escenarios vitales del pasado más próximo. Debatimos sobre la conveniencia de determinados detalles en torno a la boda, su nueva casa, las reacciones familiares, las expectativas de futuro. Bromeamos sobre las respectivas profesiones, sobre la situación política y los escándalos financieros, embriagados del afecto y la camaradería reinstalados.

Pero yo no podía evitar sentirme difusamente traicionada.

Techu estaba ahora a mi lado, de vuelta, apretándome la mano con su entrega incondicional, compartiendo conmigo, la primera en su corazón, la felicidad que definitivamente merecía. Y, sin embargo, la estaba viendo cruzar al otro lado, alejándose sin remedio de aquel empeño nuestro de soledad militante que ya había dejado de tener sentido.

*

Para cuando llegó el último año de aquella década de los 90 (el último del siglo para muchos), mis responsabilidades de representación institucional y asistencia a eventos varios habían ido creciendo de tal modo que comencé a coquetear con los milagros de la cirugía estética y los tratamientos de belleza. El último Congreso de Innovación Pedagógica y Nuevas Tecnologías en el balneario de La Toja me descubrió la seducción de los barros y las aguas. A partir de ahí, mi cuerpo pasó a tomar un protagonismo desconocido en mi vida.

Las citas semanales de drenaje linfático fueron pronto seguidas de *liftings* periódicos, además de dosis de colágeno y masajes reafirmantes. Luego me atreví a hacerme un arreglito en los párpados, a quitarme la fea arruga de preocupación de la frente, y, por fin, a reducir la grasa que un sinnúmero de horas sentada había depositado en demasía en mis muslos y caderas.

Pero, mientras descubría con fascinación lo moldeable en mi exterior, aceptaba con fatalidad la rigidez creciente de mi interior.

Porque, lo sabía bien, me iba haciendo día a día más escéptica y extremista. Era un cóctel cada vez más explosivo de humor ácido, autocrítica, desesperación y bondad profunda; de generosidad visceral hacia los desfavorecidos e impaciencia e intolerancia intelectual respecto a los sobrados; de ingenio, creatividad, perfeccionismo enfermizo y afectos apasionados.

Y sufría lo indecible por la ingratitud y las decepciones inevitables. No lograba aprender el modo de que me resultaran menos dolorosas.

Vivía de palabras, entre palabras y por las palabras. Amaba las palabras escritas, palpitantes, reveladoras o desconcertantes. Las palabras que derrumbaban certezas o reformulaban intuiciones. Pero detestaba con una pasión destructiva las palabras necias, envidiosas,

silenciadas, retorcidas, tergiversadas, a medio decir. Las palabras imprecisas, recurrentes, dolorosas, faltas de contenido. Los tópicos hirientes y los lugares comunes, los pleonasmos y las metáforas burdas.

Y, cuando más arrinconada me encontraba, convencida de que mi soledad, incomprendida y única, era y sería siempre una fortaleza inexpugnable, conocí a Arturo.

*

Desde que volviéramos a vernos con frecuencia, Techu se había propuesto reforestar mi vida sentimental como una obligación ineludible. Aunque todavía estaba aprendiendo a vivir su nuevo papel de casada, había retomado sus tareas de investigación académica como si nunca se hubiera marchado de Madrid, en un atractivo destino en el Centro de Investigaciones Sociológicas. Tenía un brillante historial y un carácter único, marcado por la persistencia, el ánimo y los resultados, que aplicaba a todos los aspectos de su vida.

Vivía con Germán en un ático acogedor cercano a la plaza de Alonso Martínez, con muchos libros y pocos muebles de buen gusto, que habían hecho traer del piso que compartieron en Barcelona. Me arrastró por todos los viveros de la ciudad para llenar de plantas su terraza, y siempre tenía a mi disposición una enorme variedad de tés exóticos que me preparaba con esmero, cultivando la recuperación de aquella cotidianeidad que no había dejado de echar de menos ni un solo día de mi vida.

- Mañana me han invitado a la presentación de un estudio muy interesante… sobre la evolución de los modelos familiares de esta década. Me gustaría que me acompañaras, ¿cómo lo ves? -me propuso un día-. Hasta podrías hacer una ponencia tú solita sobre el tema, Miss Marple –ironizó, mordisqueando unos pestiños de miel que acababa de comprar-.

Apreciaba la generosidad de Techu, pero aquella permanente intención soterrada de hacerme ampliar mi círculo de hombres interesantes comenzaba a irritarme.

- Creo que no voy a poder, seguramente tendremos que quedarnos hasta tarde para acabar el informe de cierre del año -pretexté, limpiándome en una servilleta los dedos pringosos de miel-.

Techu ya esperaba aquel enésimo quiebro, y no protestó ni quiso insistir.

- Tú te lo pierdes, estará lo mejorcito de la intelectualidá…

Aunque no lo reconociera abiertamente, sabía que Techu estaba preocupada por lo que consideraba mi pose de perpetua adolescente sin compromiso. No me creía cuando le aseguraba que era feliz así, y que estaba tan tranquila como convencida de las bondades de mi situación. Puede que su intuición, o el profundo conocimiento que había llegado a tener de mis vericuetos subterráneos, le encendieran alarmas que se sentía obligada a atender.

Mmm, ¡por cierto! ¿Te acuerdas de Mª José? Sí, la farmacéutica, la vecina que salió con mi hermano Manuel, la bailona -se rió bajito para sí-. Pues resulta que estuvo el otro día en casa de mis padres por el cumpleaños de mi hermano Esteban, y nos contó que la semana que viene llega de Lanzarote un chico que conoció por internet hace año y medio.

Me miró un momento, divertida, dando vueltas a la cucharilla en su taza.

Pues sí –continuó-. Se escribían, se mandaban fotos, pasaban horas chateando por las noches, se han visto unas cuantas veces a lo largo y ancho de nuestra piel de toro, y ahora se han decidido a vivir juntos aquí. ¿No te parece impresionante? Y no es el primer caso de este pelo que conozco, y seguro que tampoco el último… A mí me sigue causando una prevención bastante irracional, pero lo cierto es que, en estos tiempos que vivimos, internet se ha convertido en el guateque más grande y amplio de la historia…

Se levantó para llevarse la bandeja con el servicio del té a medio terminar.

- Sí, claro, yo pienso como tú –admitió desde la cocina-, menuda legión de estafermos puedes encontrarte, cómo no… Pero cada día hay más gente que conoce a gente a través de esos sitios, dedicados a poner en relación a personas hartas de recalar en los mismos lugares y dar vueltas como un burro a la noria, sin encontrar a nadie interesante con quien compartir aficiones, o diversión, o la vida entera...

Se plantó en un momento ante de mí, que aguantaba paciente su cantinela mirando el verdor mortecino de las plantas en invierno.

- ¿Por qué no te lo planteas? -aventuró con tiento-.

- ¿Qué... me estás diciendo, Techu? -reaccioné despacio, mientras notaba cómo el calor me subía a las mejillas-. ¿De verdad piensas que necesito poner como sea un hombre fijo en mi vida? ¿Que no lo tengo porque no soy capaz de enganchar a ninguno por mí misma, y

por eso he de lanzarme al internet de los cojones al que sólo recurren desesperados, anormales y raros? -exploté, levantándome, con los puños apretados-. ¿Pero es que ya no sabes quién soy? Sólo porque a ti te haya dado a estas alturas por casarte, ¿quieres emparejarme para tranquilizar tu conciencia y poder organizar cenas de parejitas con tu amiga la descolgada?

Techu no se inmutó. Seguramente esperaba una reacción parecida y estaba preparada. Se puso a fregar las tazas, sin hacer caso a los leves bufidos que escapaban de mi rostro en llamas.

- ¿No dices nada? Eres imposible. Me voy -le espeté, cogiendo el abrigo y el bolso, y encaminándome a grandes zancadas hacia la puerta-.

- Vale, cuídate. Y recuerda que el sábado voy contigo a ver a tu madre. Ah, y te he metido en el bolso una lista de direcciones web interesantes por si cambias de opinión –voceó, riéndose entre dientes y meneando la cabeza-.

Escaleras abajo, iba echando humo. Pero no podía dejar de admirar la tenacidad de Techu y su habilidad para ponerme contra las cuerdas. Me prometí castigarla sin mi compañía durante una semana. O dos. Pero, aunque era evidente que me había dolido la sugerencia de que era una pobre solitaria necesitada de amor, sin apenas más recurso ya que el de los desesperados, me sentía conmovida por su fe inmarchitable en que siempre es posible cambiar las cosas.

Faltaba poco más de un mes para la llegada del año 2000 y su cacareado efecto devastador. Yo no quería reconocer cuánto deseaba que de verdad ocurriera algún cambio que pusiera mi vida patas arriba.

Cuando llegué a casa, encendí el portátil y revisé desganadamente el correo personal y el del colegio. Nada interesante.

Puse en marcha el navegador y comencé la cita diaria con mis favoritos.

Porque lo que Techu estaba lejos de sospechar era que yo ya llevaba meses dada de alta en no menos de cinco sitios de emparejamientos, contactos, *singles* , conocer-gente y demás. Repasé con ternura la lista que mi amiga había preparado y comprobé que conocía todas las direcciones.

Desde que empecé a crearme ese *alter ego* virtual que me permitía asomarme a un mundo paralelo, sólo había mantenido conversaciones intrascendentes y bastante repetitivas con hombres misteriosos de aspecto atractivo, que me parecieron prometedores

tras un vistazo inicial a su foto y su ficha, pero resultaron infumables al primer intercambio de frases.

Para una experta en palabras como yo era, me bastaba teclear las preguntas precisas e interpretar las respuestas para saber mucho más de quien estaba al otro lado que si llevara meses tratándolo.

Pero la noche de mi último cumpleaños, tres semanas atrás, en plena celebración ensimismada de mis treinta y cuatro en albornoz y calcetines, con los siete brazos de mi *menorah* encendidos y un vaso de vodka helado, me propuse hacer el rastreo final de candidatos, y abandonar definitivamente aquel nuevo vicio solitario si, como era de esperar, no encontraba ninguna sorpresa.

Una hora después, me encontré con Arturo. Tenía el pelo corto y cano, la piel morena y los ojos negros. Parecía alto y fibroso, puro nervio en sus fotos vestido de *sport* elegante, tomadas en algún lugar inconfundiblemente norteño, con árboles podados en muñones y el mar al fondo.

Se decía divorciado y deportista, de 44 años, con dos hijos mayores. De Madrid. Y se atrevía con un " *reservado y exigente, independiente y sentimental* " que acabó de interesarme.

Daba una dirección de correo electrónico para conocer a " *una mujer que no busque su mitad, sino un socio para la vida* ".

Le escribí inmediatamente.

Y el intercambio de mensajes, cada vez más largos, se transformó al poco en una parte excitante de mi vida.

Al principio eran uno o dos al día. Luego se convirtieron en decenas. Nos habíamos dado las direcciones de correo del trabajo para facilitar las cosas. Yo retrasaba el momento de leerlos por el puro deleite de mantener el nombre de Arturo en negrita, destacando entre la creciente ristra de "leídos" que cada mañana acumulaba en mi buzón del colegio Era un delicioso juego de ping-pong, que alternaba las pinceladas de historia o perfil personal con los comentarios incisivos sobre nuestros respectivos entornos, bien regados, eso sí, con la selección de citas literarias más oportunas por ambas partes. Postergamos tácitamente la propuesta o la posibilidad de encontrarnos, en un juego de prolongación de preliminares en el que probablemente había mucho de pavor a una decepción inevitable.

Arturo era periodista. Cubría la información parlamentaria para un diario nacional, además de colaborar en dos o tres programas radiofónicos y en una revista mensual de información económica. Escribía ensayos y cuentos que me confesó nunca había dado a publicar por pudor o inseguridad. Era de Zamora, donde seguían

viviendo sus padres y el hermano que le quedaba. Los dos menores habían muerto con tres meses de diferencia, uno en un accidente de moto y el otro de una encefalitis fulminante. Le apasionaban el esquí y la pesca, y no tenía carnet de conducir. Se casó y tuvo hijos muy joven, pero los chicos ya estaban en la Universidad y su matrimonio había terminado. Vivía cerca del Retiro, y solía dedicar al menos media hora cada día a caminar por sus veredas.

Yo recibía cada dato como la pieza de un puzzle destinado a encajar en el paisaje que había preparado. Y, en justa correspondencia, proporcionaba una cada vez más generosa información sobre mí misma, como quien desmonta su mecano en el orden que le parece más apropiado. Era consciente de que, en aquel proceso bidireccional, ambas partes estábamos prefigurando el resultado final sin dejarnos llevar por una ingenua honestidad adolescente.

Pero yo quería creer que era mano en esa partida.

Por alguna razón inexplicable, anulé todos mis filtros y alarmas durante ese período. El campo de minas que desplegaba habitualmente para eliminar indeseables (aquel ejército siempre acechante de torpes, lerdos y tontos-del-culo, ignaros y nescientes, listillos y chulitos, babosos, ñoños o quejicosos, petulantes y mentirosos patológicos con complejos sin cuento), ahora parecía misteriosamente desactivado. La comunicación virtual me proporcionó una suerte de sensación de inmunidad ante cualquiera de las amenazas para las que estaba tan curtida.

De modo que, embelesada por mi propio encantamiento, se me colaron por la escuadra, sin percatarme y a docenas, los lugares comunes más comunes, las excusas más sabidas, los recursos más manidos y el manual entero del perfecto seductor en tres lecciones y cuatro clicks.

Y así, cuando llegó el momento de poner carne y hueso a mi historia, que se había alimentado como una araña en la red, sin presiones ni testigos, noté en las rodillas la fatalidad y el desmayo confirmando que el destino había decidido por mí.

La tarde en que Arturo me miró y tomó mi mano por primera vez entre las suyas, supe que estaba atrapada sin remedio y que yo era la mosca y no la araña en aquel cuento. Y decidí que merecía la pena dejarse devorar poco a poco.

Mantuve en secreto aquel romance de lobos durante más de seis meses, a lo largo de los cuales permanecí sorda y ciega a las señales que me avisaban de la entrada en el punto de no retorno. Pequeños desprecios en privado, reproches que se encadenaban y renuncias

que jamás me hubiera imaginado aceptar, pero que ahora acogía, de brazos y piernas abiertos, como un tratamiento de choque para mi ego inflado, o para mi malacostumbrada soledad, o para mi encastillada soberbia.

Ni siquiera la constatación humillante de lo que siempre sospeché, pero me negaba a aceptar por convencional y aburrido (Arturo seguía casado y con sus cosas de siempre en el hogar familiar), consiguió que me sacudiera aquella especie de hechizo, insuperable de tan vulgar.

Arturo siempre sabía cómo rescatarme del borde de la carretera de la lucidez. Unas veces con una de sus racionadas declaraciones de admiración rendida, otras con una frase oportuna de firma ilustre, y otras con una puesta en escena intachable.

Techu supo de Arturo por casualidad. Un amigo común le habló con extrañeza del tipo arrogante que había visto salir bufando de un restaurante conocido, sin esperar a una Julia que, avergonzada, trataba de darle alcance mirando al suelo. A mi amiga la situación le pareció tan inusitada como alarmante, así que no esperó un minuto. Me llamó de inmediato al colegio y, sin promover rodeos ni aceptar excusas, me dijo que me esperaba en la puerta a la hora de comer.

Yo me encontraba en el estado preciso de atontamiento y confusión para soltarle a mi amiga toda la historia, con puntos y comas. No me dejé dentro ni uno solo de los matices del proceso, ni una de las preguntas que a veces no me dejaban dormir por las noches cuando estaba sola.

- No voy a sermonearte, Julia -terció Techu cuando acabé, apretándome el brazo con afecto-, ni siquiera pienso enfadarme por la que me armaste aquel día en mi casa, poniéndome verde e intentando hacerme sentir culpable cuando ya estabas más pillada que ocho con tu propio rollo por internet. Somos mayores y tenemos el derecho y la obligación de buscarnos la manera de ser lo más felices que podamos. Te veo revoltosa, te ríes más que antes y te mueves mejor. Síntomas de hembra satisfecha, que no es poco -sonrió-. Pero no te negaré que te noto mal color y algo torpe cuando hablas. Quiero conocer a ese Arturo, ya mismo. Sabes que no descansarás tranquila hasta que tengas mi bendición -se regodeó, dando un último sorbo a su cerveza-. Mañana por la noche quedamos en “ *Clamores* ” para el tercer grado. A las diez toca Pedro Iturralde, ¿te acuerdas? El incombustible. Arréglatelas, porque nos vemos allí con los respectivos. Y esta comida la pagas tú, guapa, que para eso trabajas en un sitio pijo y ganas más que yo.

Estuve toda la tarde medio ida, dándole vueltas a cómo

plantearle a Arturo aquella cita inesperada.

En medio de la reunión mensual de responsables de área con los Pacos, Pilar me miraba con el ceño fruncido. Aquel dúo estaba breando a nuestro departamento con recriminaciones por el descenso en las calificaciones y el incremento de costes, sin que yo los pusiera en su sitio como solía. No despegaba los labios, y los dos coordinadores adjuntos que tenía a mi cargo no se atrevían a intervenir hasta que su jefa diera la señal.

- Así que, a este paso, nos cargamos el objetivo de competitividad anual por la incompetencia del equipo de Lengua y Literatura -sentenciaba con saña Paco Rey, el Director Pedagógico-. No es de extrañar que los accionistas consideren este departamento el niño problema de la casa, y que insistan en que nos dejemos de tanto concursito y tanto cuentista alelado que desatiende sus estudios más importantes.

- Y carísimo, nos sale carísimo -remataba Paco García, su secuaz del área de Ciencias, el amo y señor de las estadísticas y los informes de rentabilidad-. Las buenas familias no están dispuestas a invertir en futuros vagos que se dediquen a contar su vida, sino en ingenieros y empresarios que garanticen la continuidad de sus fortunas.

Pilar no paraba de retorcerse las manos. Cada vez que intentaba decir algo era peor. En los casi veinte años que llevaba en Los Álamos, los Pacos, tan veteranos como ella, siempre la habían tratado con superioridad y displicencia. Sin embargo, desde que llegué, se había acostumbrado a guarecerse tras mis argumentaciones incontestables y mis planteamientos sin fisuras. Ahora la pobre mujer no sabía qué hacer.

En el preciso instante en que di con la manera de proponerle a Arturo conocer a Techu y disfrutar juntos de uno de los lugares preferidos de mi juventud, volví a conectarme. Asimilé de golpe las barbaridades que los Pacos habían lanzado sobre la mesa de reunión, y la caldera se puso a hervir en mi cabeza. Carraspeé lo suficientemente fuerte para que todos se volvieran hacia mí, ordené los folios que tenía delante y me levanté.

- ¿Me permitís un momento? -dije, con estudiada calma-.

Me serví un café, y comencé a hablar de pie, con la taza en la mano, apoyada en la mesa auxiliar.

- Me temo que habéis dejado un par de datos objetivos fuera de la apasionada subjetividad de vuestro discurso. Entiendo que os sintáis preocupados, porque este mes hay exactamente dos alumnos, de las noventa y siete de Secundaria, que han bajado su media de

calificaciones y tenido un retraso de diez días en la entrega de su proyecto de trimestre. Lamentablemente, aún no hemos conseguido aislar a nuestros pupilos de los virus que afectan a los humanos, y resulta que uno de ellos lleva una semana ingresado en el hospital, y el otro ha tenido que viajar a México para estar junto a su abuela moribunda y quedarse para sus funerales.

Noté como el equipo enteró se relajaba, soltando una risa nerviosa. Volví a sentarme, saqué unas fotocopias de mi cartera y le pedí a Pilar que las repartiera.

- Como seguro todos los aquí presentes sabéis, el plan de Lengua y Literatura ha sido el único de esta casa, en el medio año fiscal que llevamos, que ha cumplido rigurosamente los objetivos pedagógicos y de medias de rendimiento interclase. Y reduciendo además en un 15% los costes previstos en presupuesto. Gracias, sin duda, a las inapreciables gestiones de Paco García con sus proveedores informáticos. Y puede que un poquito también por la hábil experiencia de Pilar a la hora de programar con una eficiencia impecable el desarrollo de las horas lectivas y no lectivas para doce cursos.

Pilar estaba al borde de las lágrimas de agradecimiento. Paco García apretaba las mandíbulas, incapaz de replicar ante los datos circulados y el reconocimiento expreso de su aportación a aquellas cifras. Paco Rey se iba poniendo ligeramente amarillo. La vena que le cruzaba la frente empezaba a palpitar.

Y en lo que al peso de Lengua y Literatura se refiere, mi admirado Paco sin duda conoce -dije, dirigiéndome al Director Pedagógico, mientras reprimía la ironía que pugnaba por asomarse a mis palabras- que el año pasado cerramos la década de los 90 con el mejor resultado histórico de nuestra institución en lo que a obtención de galardones nacionales y europeos se refiere: diez alumnos de Los Álamos han ganado un premio de relatos nacional (cinco de Primaria, cuatro de Secundaria y uno de Bachillerato); tres de nuestros alumnos han obtenido Primer Premio o Accésit de un concurso internacional de ensayo (en Bélgica, Francia e Irlanda), y tenemos ya concedidas tres becas de creación literaria para el próximo verano en Italia. Los titulares son Mariela Ruiz de Prado, Jorge Estébanez y Nuria García Núñez, de 2º de Bachillerato, ¿los conoce?

Sentí los aplausos mudos de la mesa, y las oleadas de ganas de matarme que seguramente estaban inundando a Paco Rey.

De modo que, de momento, no creo que supongamos un gran motivo de preocupación para los accionistas. Y quizá sí de un cierto

orgullo… Pero mejor nos centramos por ahora en resolver los próximos cierres, ¿os parece? -concluí, con una amplia sonrisa-.

A diferencia de otras ocasiones similares, no me apunté mentalmente un nuevo triunfo ni dediqué un corte de mangas invisible al que llamaban entre risas el Dúo Sacapuntas. Sólo advertí que había cumplido con mi deber de gratitud para con Pilar y el equipo, y la tranquilidad de tener bien trazado mi otro plan inmediato. El que pondría en marcha en cuanto me encontrara con Arturo en unas horas.

*

Solíamos vernos los miércoles, jueves y viernes. Entre semana, Arturo vivía y trabajaba en su piso de Antonio Maura (aquel polifacético estudio-despacho-picadero eventual), y alternábamos las viviendas respectivas para encontrarnos. El sábado por la mañana, él volvía a la casa familiar en las afueras, que justificaba como la mínima dedicación que les debía a sus hijos, y el domingo por la noche regresaba a Madrid para refugiarse en mi cama, lamentando con convencido victimismo aquella situación que lo separaba de mí, pero que no podía evitar como hombre de ley que era.

Aquel jueves nos habíamos citado a las ocho de la tarde en el centro, para ver juntos una exposición de los premios *World Press Photo* . minutos antes, me retocaba rápidamente el maquillaje en el baño del colegio y salía escopetada para cruzar Madrid de lado a lado.

Arturo estaba de muy buen humor. Acababan de proponerle tener una sección fija de política económica en la revista en la que colaboraba. Y, además, sus hijos le habían llamado para contarle sus planes de recorrer Europa en coche durante todo el verano.

- Lo que significa que tenemos al menos dos meses a nuestra disposición para hacer planes juntos. ¿Qué te parece?

Dos meses.

Lo que me parecía es que se había abierto un verdadero abismo ante mis pies. No habíamos convivido más de dos días seguidos en alguna escapada a la montaña o al campo, lo bastante cerca para poder regresar en menos de dos horas a Madrid, y lo bastante lejos para no encontrarnos con conocidos. Pero la perspectiva de unas vacaciones compartidas, después de tantos años de decisiones libres y unilaterales, me inquietó bastante. No obstante, decidí aparcar aquellas reflexiones para otro momento y centrarme en lo que, en definitiva, importaba ahora: aprovechar la circunstancia propicia y

contarle a Arturo que al día siguiente romperíamos nuestro aislamiento. Le presentaría a mi amiga más íntima, en un lugar especial.

Resultó más fácil de lo que esperaba. Tras un breve momento de aprensión o sospecha, Arturo aceptó con ánimo ligero el plan con Techu y Germán para el día siguiente.

- Me gustará conocer a esa amiga del alma de la que no paras de hablar, a ver si es para tanto… Has tenido suerte de que se haya anulado la sesión extraordinaria del Congreso de mañana, porque, si no, ni amiguitos ni jazz ni nada -concedió, agarrándome afectuosamente de la barbilla-. Ya sabes lo que decía Voltaire: “ *Suerte es lo que sucede cuando la preparación y la oportunidad se encuentran y fusionan* ”.

Suspiré aliviada.

El complejo mecanismo que movía a Arturo se alimentaba de un arsenal inacabable de citas, que había ido recopilando a lo largo de toda una vida con paciencia de monje. Tenía frases para todos los momentos y todos los temas. Siempre llevaba como soporte una libreta de bolsillo como la de los policías en las películas, con cientos de ellas escritas con letra mínima, por si se quedaba en blanco. Al principio me fascinó aquella vasta red de palabras apropiadas con la que lograba envolverme sin remisión. Sin embargo, cuando empecé a ser testigo de las repeticiones frecuentes, lanzadas con el pretendido entusiasmo de quien acaba de rescatar por vez primera de su memoria una referencia oportuna o conveniente, olfateé en mis pasillos interiores el olor inconfundible de la estafa.

Pero preferí cerrar la puerta de momento y olvidarme de sensibilidades olfativas.

Quedamos una hora antes para tomar algo antes de entrar a *Clamores* . Yo me había esforzado en que la noche anterior, que tocaba en su casa, fuera especialmente completa, al gusto exigente de Arturo, para asegurar una continuidad perfecta con mi plan del viernes.

Pero el día se le debía haber dado mal, porque llegó con el gesto torcido y la mano displicente en acción. Los minutos transcurrieron lentos, agazapado él en un mutismo terco, desesperadamente alegre y comprensiva yo, dispuesta a todo para evitar el desastre

A pesar de los malos augurios, confié en que la velada marcharía bien: Techu traía su disposición más ecuánime y generosa, y Germán era un regalo del cielo cuando de crear un clima agradable se trataba. Tras las presentaciones y sonrisas iniciales, nos sentamos en una buena mesa y nos sirvieron las bebidas. Cuando el camarero ya

se iba, Arturo le chistó tres veces para que trajera algo de picar. Techu me miró de soslayo, y supe que iba a comenzar el sondeo.

- Bueno, Arturo, Julia me ha contado que eres periodista. ¿Con qué estás ahora?

Arturo estuvo unos quince minutos haciendo una glosa pormenorizada de su historial y reseñas recientes, con el brazo sobre mis hombros y sin dejar de engullir panchitos. Con empaque y cierto hastío, como quien está de vuelta de todo, salpicando, cómo no, las citas apropiadas aquí y allá.

Yo sonreía, debatiéndome entre el orgullo previo y un tenue avergonzamiento que no sabía muy bien dónde ubicar.

Pero veía a Techu removerse en el asiento y un leve gesto de preocupación o desagrado en la mandíbula de Germán. Sabía que mi amiga iba a intervenir de un momento a otro y no quería pensar por dónde irían sus tiros.

- Eso está muy bien -terció por fin Techu, aprovechando un trago de Arturo a su gin-tonic-. De nosotros no te voy a contar, porque seguro que Julia ya te ha puesto en antecedentes y no quiero aburrirte. Pero hay algo que a mí me interesa muchísimo saber.

Agarrada con las dos manos al borde del asiento, yo había dejado de respirar.

- Imagínate, eres el primer novio que le conozco en años, y ya sabrás que ella es, desde el colegio, mi amiga, mi muy mejor amiga -bromeó, cómplice, con acento Forrest, mirándome-. Mi pregunta es: ¿cómo un hombre con una vida apasionante como la tuya busca pareja en internet? Sobre todo estando casado -soltó, de un tirón, inclinándose hacia él y sin descomponer el gesto de sincero interés de su rostro sonriente-.

Seguí manteniendo la respiración un poco más, esperando la explosión o el desplante. Pero Arturo se arrellanó, divertido, en su asiento, meneó su vaso y se rió con ganas.

- Pues sí que eres especial, Techu, mi Julia no exageraba -exclamó, besándome rápidamente en el pelo-. Qué estilo impecablemente directo, tú valdrías para entrevistar políticos, ¡me encantas!

Dio un sorbo largo a su copa, disfrutando de la expectación ante su respuesta.

- Pues es muy fácil. Para un hombre como yo, la realidad única compartida con el resto de los mortales que te tocan en suerte no es suficiente. Internet te permite crear escenarios paralelos, incluso personajes alternativos, y romper las inevitables limitaciones espacio-tiempo. Empezó como un juego y una liberación, y, de

momento, no me ha ido mal, ¿verdad, princesa? -dijo, pellizcándome la mejilla-. Y lo de casado o no casado, en fin… Lo cierto es que hace mucho que no ejerzo. Es tan sólo una pura cuestión de logística.

*

- Creo que me vendría bien tomarme un tiempo y hacer una escapadita a la playa -murmuré en un , mientras miraba con ojos lánguidos a través del cristal del sushi-bar-. ¿Sabes lo que decía Karen Blixen? “La cura para todo es agua salada: sudor, lágrimas y el mar”.

- ¡Déjate de citas, coño! -me soltó Techu, irritada-. ¿Es que no tienes palabras propias? Desde que tienes al lado a ese… parásito pedante sin fundamento pareces la protagonista tonta de una mala película. ¿Se puede saber hasta dónde piensas llegar?

La miré sin alterarme. Hacía un tiempo que notaba cómo me alejaba de ella sin remedio, pero estaba convencida de que era simple y llana ley de vida. Entendía que Techu se obstinara en agarrarse a un modo de vida tradicional y sin cambios, pero mi planteamiento era diferente. Podía hacer lo que quisiera, porque para eso me lo había ganado.

- No sé por qué me hablas así -le repliqué con dignidad, volviendo a marear mi ensalada de algas-. Todo lo que digo o hago te parece mal. Sólo te estoy diciendo que no paso por un buen momento y que necesito descansar.

- ¿Descansar de qué? ¿De hacer una y otra vez lo mismo? Porque me parece que no te das cuenta de que, por mucho congreso, mucho contrato y muchas clases que te llenen la agenda, hace años que no dejas de repetirte. ¡Años! Y no avanzas, querida, no avanzas ni un milímetro. Todavía estoy esperando a que acabes algo de ese material incomparable que llevas siglos escribiendo. Ni siquiera un cuento corto has tenido narices de publicar, porque no terminas nada de lo que empiezas. ¿Qué coño les enseñas a los chavales, si puede saberse?

Nos miramos en silencio durante unos instantes.

- Y en lo que se refiere a lo demás, ya me dirás en qué punto te

encuentras con… la estrella parlamentaria -escupió con desprecio, utilizando uno de sus motes preferidos para Arturo-. Llevas cinco años, cinco, bailándole el agua a ese caradura que lo único que quiere es un público complaciente que le aplauda. ¡Qué harta me tienes!

Techu apretó el morro y el ceño y se dedicó a picotear con furia su plato. Estaba especialmente indignada aquella noche, y tenía que reconocer que no le faltaba razón.

En los últimos cinco años, las circunstancias y la fragilidad de las voluntades habían ido espaciando la frecuencia de nuestros encuentros. Podíamos pasar meses sin vernos, sólo con alguna llamada insustancial y ya ninguna carta de las de antaño. Y cada vez que nos reuníamos de nuevo, yo desgranaba más o menos la misma letanía de insatisfacción personal y de expectativas (vitales y literarias) frustradas. Las mismas batallas repetidas en el colegio, el enésimo episodio de decepción con alumnos o colaboradores, las escenas de siempre con Arturo. Todo circular o en espiral. Cansino y previsible.

Preferí no decir nada, mientras masticaba despacio sin dejar de mirar mi plato.

- Lo que pasa es que no te gusta oírlo, pero yo te quiero, y me importas mucho -susurró Techu, intentando suavizar el tono acre que había ido apoderándose de su voz-. Así que no voy a dejar de insistir en que debes tomar las riendas de tu vida.

- ¿Y a qué llamas tú tomar las riendas, lista? -estallé de pronto, soltando los cubiertos, con la cara súbitamente congestionada-. ¿A aposentar el culo en un puesto oficial, pillar algún bobo disponible y cargarme con tres hijos en tres años, como tú?

Nos sostuvimos la mirada, sin reconocernos.

- ¿Tú quién te has creído que eres? -dijo Techu, pronunciando despacio cada sílaba-. Vives de las palabras de otros porque eres incapaz de escribirlas por ti misma. Las rodeas, las vigilas, te apropias de ellas y las pones en el escaparate, con una falsa cobertura de generosa entrega y espíritu docente. Pero no son tuyas, porque de ti no sale nada. ¿Me has oído? ¡No sale nada! Y además te acuestas en secreto con un hombre casado que te desprecia y se aprovecha de ti. ¿No te recuerda a alguien?

Levantó la copa de vino, hizo una pausa helada y me miró con los ojos encendidos.

- Ah, sí, claro, ¡es Marta, que ha vuelto!

Noté frío en la frente y un temblor incontrolable en la mandíbula. Un zumbido en los oídos y una trampilla abriéndose en

mi pecho, por la que entraba, o salía, lo poco que me quedaba de fortaleza y confianza en mí misma. Sentí que se me nublaba la vista y extendí la mano hacia Techu, que era una asustada mancha borrosa desvaneciéndose ante mis ojos.

*

Los vencejos habían comenzado a abandonar Madrid. Enormes bandadas oscuras cubrían el cielo. Dentro de muy poco, en cuanto entrara el otoño, ya no quedaría ninguno.

Siempre había sentido una fascinación especial por estos pájaros negruzcos, de garganta pálida y pico corto y ancho. Sus alas largas y estrechas y la cola corta, ahorquillada, los emparentaban con las golondrinas. Tanto en la casa familiar de Chamberí como en mi piso de soltera en Malasaña, siempre protegí con especial celo sus nidos, bajo cornisas y aleros. A ellos volvían año tras año, con fidelidad indestructible, reconstruyéndolos cuando hacía falta.

También eran fieles a su pareja de por vida.

Por encima de todo, sentía una especial predilección por ellos porque pasaban la mayor parte de su vida en el aire. Los vencejos comen, duermen y copulan volando. Permanecían en vuelo ininterrumpido durante nueve meses del año, y únicamente se posaban para poner los huevos, una vez al año, incubarlos y criar a sus polluelos. Me parecían envidiables.

Durante aquel verano, subí con frecuencia a la azotea para observarlos cuando se lanzaban contra los edificios, admirando su gran precisión para esquivarlos con sus increíbles reflejos. Pero, de igual modo, sabía que, cuando han de tomar tierra, se convierten en una presa fácil. Sus patas son muy cortas y apenas pueden andar, ni tampoco levantar el vuelo. Como yo.

Diciembre 2005, Madrid-Roma

Y los vencejos se fueron cuando otro inesperado pájaro oscuro llegó cruzando el Atlántico, desenmascarando una mentira de cuatro décadas y forrándome el riñón de tal manera que ya no podía quejarme más, porque todo había cambiado.

En esas estábamos cuando llegó el invierno.

Justo ese día, diez antes de que acabara aquel tremebundo 2005, me propuse arremeter contra una de las tareas que había postergado. El pelo. Esa melena de ondulado falso ya no se llevaba. Había que cortar por lo sano.

Empujé la puerta de cristal de la franquicia peluquera de turno (aspiraciones ultramodernas y mucho neón) y me persigné mentalmente, resignada a ponerme en manos del jovencito muy rapado, muy perforado y muy mariquita que me había tocado en suerte. Tras sentarme en un sillón enorme, me plantó con arte una bata color violeta y dio unos meneos a mi melena castaña con cierto mohín de desprecio.

- Bueno, cariño, ¿qué hacemos? ¿Cómo lo quieres? -me espetó el artista-.

Eso me gustaría saber a mí. A juzgar por los brazos cruzados y su cabeza inclinada, él no parecía confiar mucho en las posibilidades. A ver cómo le explico que quiero refrescarme por dentro y por fuera, sin dejar lugar a dudas.

Que, definitivamente, quiero parecer una escritora recién nacida.

- Pues verás… quería cortar bastante… pero tampoco muy pelada, ¿sabes? –me arranqué-. Algo moderno y cómodo…

Aquellos ojos de estilismo rompedor me miraron impacientes a través del espejo. Algo no estaba funcionando. Suspiré y cerré los ojos.

- Un buen cambio, vaya.

Él pareció animarse. Asintió concentrado, con la mano en la

cadera, entrecerrando los ojos con inteligencia profesional y poniendo morritos cómplices.

- Sí, sí, claro que sí… las puntas están horribles, te falta volumen, el corte no tiene aire y este color tan, tan… ¿qué hacemos con el color?

Dios mío, no había caído. Color. Algo habrá que hacer. Qué le contesto… Me oí a mí misma claudicando entregada.

- No sé, lo dejo en tus manos. Hazme lo que quieras.

Y, ahora sí, al demiurgo se le iluminó la cara con una alegría demoníaca. Vi reflejadas en sus ojos las tijeras relucientes, bailando solas con su espeluznante sonido metálico. Adiós a aquellos recogidos al desgaire con la pinza salvadora.

- Te va a encantar, cariño…

Otra vez cariño. Que haga lo que tenga que hacer, pero que se calle.

- Ya verás, lo estoy visualizando ahora mismo.

Me dio un escalofrío.

- Corto por la nuca, descargado por arriba, desigual por los lados, con unos toques avellana que te enmarquen la cara y un mechón clarito sobre la frente que te refuerce el aura -soltó del tirón, arrebatado-.

Es Leonardo, es Miguel Ángel, es Brunelleschi. Se cree que está ante la Capilla Sixtina. Bailotea de pura excitación ante la mansa oveja cuarentona que tiene entre sus manos, presta para esquilar y pintar. Como las vacas decoradas de la nueva ola de escultura urbana. *Alea jacta est* . A quién se le ocurre… Mientras me lleva al lavacabezas, pienso que, en general, siempre me han funcionado bien estas zambullidas a ciegas cuando no hay una opción clara. Me recuerda mi máxima olvidada sobre la bondad de los extraños…

El agua templada me tranquiliza. Me está lavando el cabello a conciencia, firme pero delicadamente. Me sienta de nuevo en el gran sillón y, en un ejercicio de voluntad, me obligo a mirarme fijamente en el espejo. No pienso coger ninguna revista.

Charly (ahora ya sé cómo se llama este trasunto de Fred Astaire con pendientes) me planta un generoso mandilón-babero también violeta. Lo despliega sobre mí como quien extiende un lienzo, y, juguetón y cuidadoso, comienza a desenredarme los nudos que, a pesar de la crema ultrahidratante casi impuesta ("pero qué sequísimo lo tienes"), se han hecho en mi próximo ex-pelo.

- Pues allá vamos, reina.

Eso, lo que faltaba. Tú también llámame reina, no te cortes. Nada que hacer. Blande en alto sus tijeras y yo no puedo evitar cerrar los

ojos. Esto va bien, esto va bien, me repito como un mantra desfasado. Renovarse por dentro, renovarse por fuera. Bifidus activo extremo sin José Coronado esperándome en casa para decirme lo guapa y depurada que estoy. Lo siguiente será la pintura, me digo mentalmente. Ya estoy harta de tanto blanco tirando a gris en las paredes. Colores, sí. Aún no sé si de la tierra o más bien tirando a paleta desaforada de rojos y azules y verdes. Tengo que decidirme pronto.

Echo un vistazo al espejo con un solo ojo. Charly revolotea como un niño -chas, chas, chas-, cortando, decapando, desigualando o lo que sea. Me veo cubierta de pelo mojado y muerto. Empiezo a sentirme más ligera, más decidida, cómo explicarlo, hasta más creadora. Uf.

Continúo mi plan mental: los muebles… Pero ¿qué muebles? Sigo sin saber cómo crear un rincón acogedor y cómodo, fundamental para escribir.

- *Et voilà!*

Abro los ojos, sorprendida por aquel derroche de lenguas y por el tono triunfante y satisfecho.

- Ligera como un pájaro, audaz como una vestal, moderna como una actriz -declama-.

Resulta que el mago de las tijeras es además un poeta que está me revolviendo enérgicamente el pelo. Arranca el babero lila como un torero ondea su capote. Vuelan los restos de mi poda capilar.

La saliva se me ha quedado atascada en la garganta, pero me gusta lo que veo. ¿Cómo es posible cambiar tanto en unos minutos? Si un cambio mínimo por los adentros le lleva a uno años, o siglos…

- Está… muy bien. Sí. Muy bien -reconozco, escueta y sin concesiones-.

Charly no me quita ojo. Se mira y me mira. Rampante, victorioso, rodeándome. Empuña el secador a todo trapo y acaba en un santiamén.

- Ahora el color.

El color. Sí, necesito color, mucho color en mi vida. Oigo llegar el carrito de las mezclas, conducido por Charly Alonso y sus pinceles. O brochas. Viene envuelto en un intenso olor a tinte y amoníaco que marea.

Y me abandono. Me abandono a la alquimia transformadora, que diría Enrico Campos, una de mis más sorprendentes últimas lecturas. Si tú no cambias, nada cambia. Convertir lo desagradable en hermoso… Vaya si es posible, pero cuánto cuesta. Y cómo duele.

Ándale, machote.

Hazme un mix entre la Garbo y la Poniatowska, entre la Martín Gaite y la Hepburn. Píntame un retrato nuevo, mezcla a Sharon Stone y a Alice Munro y a Soledad Puértolas. Vuélvete loco y mete en la batidora a Zadie Smith, a Josefina Aldecoa y a Anita Nair. A Basia y a Aretha Franklin. Rubio, moreno, castaño, canoso, pelirrojo. Rita Hayworth y Marguerite Yourcenar. Luisa Forrellad y Rosa Montero y Edith Piaf. Mechas y mechones.

- Ya estás lista, corazón. Ahora media horita con la luz puesta para que te suba bien el color, lavamos otra vez y te peino divina.

Un brazo articulado de metal expone a una luz azulada mi cabeza galáctica, toda vestida de falsa plata. Sería maravilloso poder llevar siempre al lado una luz como ésta, para conectarla a voluntad y que tu propio color, tu color único e irrepetible, subiera y tomara cuerpo. Aunque en casa estorbaría un montón. Setenta metros cuadrados no dan para mucho. Y ese ambiente minimalista reciclado que cada vez estoy más convencida de imponer en mi renovada cueva no encajaría con aparatos futuristas de este porte.

Además, tengo que quitar las fotos de las paredes, está decidido. Dispersas, sin sentido, como postales de un recorrido errático. Sí, las recogeré y las pondré junto a todas las que están guardadas en cajas. Las clasificaré y las colocaré en orden en un álbum, con sus pies de foto, para ayudarme a recordar, que falta me hace. Por supuesto. Hoy mismo.

Además del halo azul, la máquina emite un sonido hipnótico. Cierro los ojos de nuevo, sintiéndome en una de esas cámaras de aislamiento de las películas de ciencia-ficción. Me traslado con una sonrisa a mi sensual experiencia en Genetic Test. Qué momentazo aquel.

No te despistes. Qué más. Colgaré sólo tres o cuatro cuadros en toda la casa, grandes y limpios. Inspiradores. Todo irá sobre colores arena, y un poco de chocolate, y verde hoja. Y está decidido: voy a comprar el escritorio que vi en la tienda de muebles mejicanos. Me gustó tanto su madera torneada de color indefinible, con esa pequeña elevación sinuosa y protectora alrededor... Al verla, pensé que Isabel Allende tendría una así en su estudio, llena de fotos de sus hijos y nietos. Pero yo no pondré fotos, ni una. Bueno, sí. Aquélla en sepia de Karen Blixen, mirando sonriente a la cámara desde su escritorio en Nairobi. Seguro que la guardo, pero a saber dónde…

- Lista. Vamos al lavabo.

Se acabó el viaje radiante. El mago me masajea el cráneo a conciencia, y enseguida al sillón. De nuevo secador a todo trapo. Mi pelo va cambiando mágicamente de color, como la hierba al secarse

al viento y al sol tras la lluvia. Ya no hay uniformidad, sino retazos, pinceladas. Charly maneja las manos con habilidad, revolviendo mechones, meneando mi cabeza y empuñando el cepillo arriba y abajo. Antes de que pueda darme cuenta, ha terminado con aplomo su obra.

Me miro embobada en el espejo. ¿A quién me parezco? Soy yo, pero soy otra, pero soy yo, ¡pero qué otra!

- Me… encanta -reconozco, arrobada-.

- ¿Lo ves? Ya te lo dije, lo vi, lo vi. Sólo falta un poquito de gel para fijar las puntas y ya puedes salir a comerte el mundo.

Sentía las piernas ligeras como algodón. Mientras me deshacía el nudo de la bata y pagaba en la caja, miré a Charly, que ya estaba estudiando con atención a otra clienta. Le hice un gesto de despedida con la mano, y él me lo devolvió con una sonrisilla de fauno, de nuevo a través del inmenso espejo del que yo acababa de salir como Alicia.

*

La perspectiva de las próximas fiestas navideñas comenzaba a inquietarme. Siempre me había sacado de quicio aquel paréntesis obligado de casi quince días prácticamente no operativos. Pero aquel año mi sensibilidad estaba sobredimensionada, navegando entre el sabor de mi secreto y el vértigo de afrontar mi nueva realidad con todas sus consecuencias.

Nadie, salvo Techu, sabía aún nada del nuevo futuro que me estaba construyendo.

Me preguntaba a diario si debía despedirme del colegio, y cuándo seria el momento adecuado. Unas noches concluía que lo más razonable era darme tiempo a rodar. Producir en paralelo un cuerpo tangible de escritura que fuera tomando forma. Otras, me convencía de que me sería imposible volcarme por completo en la dedicación que había elegido si antes no me despojaba de cualquier otra actividad distractora.

Entretanto, al director de mi banco sólo le faltaba venir a pasar la aspiradora por mi casa. Seguro que se había ganado un buen bono anual con el pelotazo que había entrado en mi cuenta, hasta entonces tan normalita. Se deshacía en detalles y en propuestas de inversión, de las que me deshacía cada vez como de una mosca pesada.

En cualquier caso, desde un íntimo apartamiento progresivo, ya iba preparando el camino. Veía con otros ojos a Marian, a Pilar, a mis compañeros y alumnos, por no hablar de los obligados colegas de otros centros, instituciones y empresas proveedoras.

Tenía literalmente las maletas hechas: los archivos ordenados, el trabajo adelantado, la mesa limpia. Me marcaba plazos que corregía a cada tanto. Sabía que debía fortificar los contactos prometedores para cuando llegara el momento (lejano, tal vez, pero inevitable) en que quisiera publicar lo que quiera que consiguiese escribir. Buscaba

en cada proyecto en ciernes, en cada negociación en marcha, una señal de que ése era el camino adecuado. Me debatía entre los intereses y los apuros a medio plazo, y el ansia por clausurar de un tajo las relaciones sin sustancia. Y mandar al carajo a más de uno.

Antes de dar ningún paso definitivo de cara a mi entorno, decidí conceder a mi desasosiego el respiro del turrón, y entregarme quizá al vértigo de las compras desaforadas. Me había prometido no tocar ni un dólar de don Matías mientras no fuera estrictamente necesario y justificable. Pero aún tenía la paga extra intacta.

Pensé entonces con euforia en una posibilidad que no se me había ocurrido: aprovechar las vacaciones obligatorias para viajar a Roma y compartir mi cataclismo vital con Nacho.

Desde hacía dos años, mi amigo ocupaba el puesto de Jefe de Actividades Culturales en la sede del Instituto Cervantes en la capital italiana. En nuestras conversaciones telefónicas recuperadas, Nacho no se cansaba de explicarme el encantamiento misterioso que aquella ciudad le había aportado. Y el privilegio que suponía ir a trabajar caminando desde su piso decadente y mágico hasta la hermosísima *piazza* Navona, atestada de turistas o vacía bajo la lluvia, con el grupo escultórico imponente en el centro, los titiriteros y los mimos inmóviles, los cafés siempre abiertos y las fachadas multicolores.

Marqué su número con el corazón en un puño. Era más que probable que él también tuviera planes para Navidad.

- ¡Pero por supuesto, *cara mía* ! -respondió Nacho, con cálido entusiasmo-. Pasaré la Nochebuena con mi madre en Asturias, ya sabes, el terruño y la zambomba, pero estaré de vuelta el 29, así que podemos celebrar aquí un fin de año *veramente italiano.* Será de los que hacen época. En cuanto tengas los billetes me confirmas, *va bene* ? Apunta mi dirección y te vienes directa a casa, que tengo sitio de sobra.

A pesar de los casi mil cuatrocientos kilómetros en línea recta que nos separaban, era como si estuviera ahí mismo, apretándome la mano. Me sentí reconfortada de inmediato por la sensación de tener planes concretos, y disfruté por anticipado de la compañía y diversión aseguradas junto al hombre más cosmopolita que conocía.

*

- En la última noche del año, los italianos preparan la *Cena de San Silvestro* , donde comen muchas lentejas para atraer al dinero y beben en abundancia. Cuando llegan las doce de la noche, salen a los balcones para despedir simbólicamente al año que se va y recibir al nuevo -me contaba Nacho, agarrado a mi brazo, abrigadísimo, mientras dábamos nuestro primer paseo por Roma juntos-. Como en Nápoles, muchos romanos mantienen la tradición encantadora de tirar muebles por la ventana para liberarse de todo lo malo que les pudo suceder en el año que termina. De modo que cuidadito con estos salvajes adorables.

Me mostró con rostro embelesado los puestos navideños de dulces, piezas de belén y juguetes en *Campo dei Fiori* , y caminamos despacio hasta la plaza de los cuatro ríos de Bernini.

- ¿Sabías que *Navona* significa oblonga? Ahí mismo, en la primera planta, tengo mi despacho. ¿No te mueres de envidia? -parloteó, inquieto, apretándome contra él-. Estoy helado, vamos a tomar un capuchino al *Greco* , ¿te apetece? Tengo mucho que contarte.

Yo no tenía ningún frío, y me extrañó el temblor y un rictus raro que había percibido en su boca, que intentaba no dejar de sonreír.

- Ésta es la legendaria Vía Condotti, querida. *Il Antico Caffè Greco* lo abrió un griego, obviamente, hace casi doscientos cincuenta años, ¿te lo puedes creer? Era el punto de referencia para todos los artistas y literatos que estaban de paso en Roma. Por sus veladores han desfilado desde Búfalo Bill a Wagner, pasando por Keats o Goethe. ¡Qué tiempos! –suspiró-.

No podía imaginarme un entorno más adecuado para confiarle a Nacho todo lo que me moría por compartir con él. Pidió los cafés y se empeñó en que probara el *pannetone* de la casa.

- Es muy típico, mujer, está riquísimo y engorda con mirarlo, ¿se

puede pedir más?

Se frotaba las manos para entrar en calor. Me había dado cuenta de que estaba más delgado y muy pálido, pero lo achaqué al pequeño catarro que parecía sobrellevar. Tenía los ojos brillantes y se sonaba a menudo. Antes de que pudiera arrancar el enfático discurso que le tenía preparado, Nacho dejó la cucharilla en el plato y me miró con desaliento.

- Estoy enfermo, querida. Y mucho. Me temo que a no tardar tendré que empezar un tratamiento muy poco agradable. Y fíjate, después de tantos años de rodar por el mundo difundiendo la lengua y apoyando la cultura española, no soy capaz de explicar con palabras cómo me siento.

Nacho me miró con desamparo, intentando sonreír. Sus ojos azules de niño relucían por la fiebre y la tristeza. Sólo supe acariciarle la mano.

- Y no es SIDA, no te apures, siempre he sido muy cuidadoso con mis cosas -se recuperó al poco, retomando su característico humor ácido-. Sólo un tumorcillo terrorista que, desde su fortaleza en el pulmón, se ha puesto a lanzar andanadas por los alrededores. En fin. ¿Un poquito más de *pannetone* ?

Entendí inmediatamente que la vida me ponía un órdago por delante que bajo ningún concepto iba a rechazar.

- Pues sí que me has ganado por la mano, compañero. Y yo que venía tan ufana a darte novedades -bromeé, animosa-. Pues no te libras, porque te lo voy a contar.

Sin dejar de apretarle la mano, intentando revivir a Nacho con mi calor, le fui refiriendo con voz suave el inesperado seísmo que me había removido por dentro y por fuera, urgiéndome a tomar decisiones y movilizar los cambios en mi vida.

- Y, mira tú por dónde, justo ahora que pensaba que tendría que emprender en solitario mi nuevo camino de escritora cuarentona, resulta que vas a estar a mi lado –concluí, satisfecha, dándole un bocado al bizcocho-.

Nacho había escuchado mi perorata con interés y entusiasmo crecientes, entre la sorpresa y la complacencia. Pero mi última frase le hizo dar un respingo e intervenir.

- ¿Cómo dices? -preguntó demasiado alto, sin importarle que le miraran los de las mesas de alrededor-.

Seguí masticando unos momentos, prolongando divertida estupefacción en la cara de mi amigo.

- Pues que te vienes conmigo a Madrid, rapacín -le dije dulcemente, sonriéndole con toda el alma-. Allí están los mejores

especialistas, tu familia podrá verte cuanto desee, y mi casa es tu casa. Te necesito a mi lado. Y quiero cuidarte, más que ninguna otra cosa en el mundo.

Enero-junio 2006, Madrid

A mediados de enero, Nacho llegó a Madrid para quedarse. Transcurrieron tres meses muy duros, con largas jornadas en el centro Anderson, noches en vela aliviando el insomnio y las arcadas, quejas y reproches por la dureza del procedimiento que yo vigilaba al pie de la letra. Y un progresivo encerramiento de Nacho en sí mismo.

Su madre llegó a primeros de febrero, y permaneció en la clínica acompañándolo durante la que fue su primera semana de tratamiento. Pero la frágil constitución y aún más débil voluntad de la dama norteña no aguantaron vivir en un hotel y contemplar el desmoronamiento del querubín de su corazón. De modo que, en cuanto mandaron a Nacho a casa hasta la siguiente ración de química y radiaciones, tranquilizada por mi hospitalidad y dedicación sin reservas, doña Consuelo Pérez de Lama tomó el primer tren de regreso a Asturias. No tuvo el momento o el deseo de ver a su hermano Alberto antes de marcharse. En cuanto llegó a su casona, retomó las largas conversaciones cuajadas de silencios que, cada noche, mantenía con su hijo por teléfono, y que él parecía necesitar más aún que cualquier medicación.

Acabé instalando a Nacho en mi habitación, en la cama grande, donde a menudo me quedaba junto a él, tratando de contener sus temblores con el calor de mi propio cuerpo. No me preocupaba lo más mínimo la postergación *sine die* de mis planes previos de reorientación vital. Había dejado en suspenso la pintura de las paredes, las suscripciones a revistas literarias, los talleres previstos de escritura, las compras de accesorios para acabar de redecorar mi entorno.

Y continuaba mi trabajo en el colegio, con eficacia y sin más cambios que el deseo constante de volver a casa para ocuparme de Nacho.

Por primera vez, alguien ajeno a mí misma, a mi propio ombligo, era prioritario. Y, a pesar del cansancio y la preocupación permanentes, me sentía feliz. Sin darme apenas cuenta, escribía más que nunca. Había conseguido vencer la aprensión a hacerlo directamente en el portátil, y tecleaba sin hacer ruido, abriendo y cerrando documentos, recortando y pegando textos propios o de otros en archivos inacabables.

Aprendí a preparar las comidas que a él le gustaban. Le traía periódicos, libros y revistas de la oficina y del quiosco de prensa. En cuanto el invierno comenzó a remitir, lo abrigaba amorosamente y me lo llevaba del brazo a dar breves paseos por el barrio. Nos calentábamos un rato bajo el tímido sol y tomábamos infusiones tras los cristales de algún café.

Decidí colocar una gran pantalla plana de televisión a los pies de mi cama. Y, a veces, cuando la apagaba a las tantas, después de horas de verla juntos, me contemplaba en el reflejo, con el cuerpo de Nacho desmadejado entre mis brazos, escuchando su respiración trabajosa agitándose sobre mí. Y pensaba que parecía una *pietà* .

*

Al poco de instalarse Nacho en mi casa, fui ver a don Alberto a la librería. Necesitaba hacerle saber la situación y ponerle al tanto de mi vida. Habían pasado más de seis meses desde el último sábado de poemas y sidrina que compartimos.

El viejo estaba delgado, solo, agrisado tras la caja registradora. No había un alma en la tienda. Sus ojos se animaron con una mezcla de preocupación y alivio cuando le describí brevemente las circunstancias.

- Siempre supe que valías la pena, rapaza. Llévame con mi sobrino, anda -me pidió, echando el cierre a la librería a las once de la mañana, sin dudarlo un instante-.

Nunca había visto a don Alberto tan conmovido y cariñoso como en sus visitas a Nacho, que se fueron haciendo más largas y frecuentes. Le di al librero una copia de la llave de casa para que pudiera entrar y salir, sin preocuparse de si yo estaba o no. Una tarde, al llegar del trabajo, me lo encontré gesticulando, mientras explicaba con gran sentimiento la añoranza insoportable que sentía de su tierra. Nacho estaba dormido, y don Alberto, cada vez más sordo, no me había oído entrar.

- ¿Acaso no he cumplido mi parte? ¿No he hecho lo suficiente? Padre ya me habrá perdonado, y no le importará que mis cansados huesos vayan a reposar junto a los suyos. Todo está cumplido, no hay más que hablar. Sin herederos ni continuadores para un negocio que me llevó la sangre y los cuartos. Y a este sobrino mío –sollozaba bajito el viejo-, a este pobrín no le llegará la vida para hacerse cargo de tanta deuda. Pero no me arrepiento, así debía ser. Ahora sólo me queda volver allá. Si me llega el tiempo, aún podré volver a pasear por los montes o hasta la Atalaya, tomarme algún manchadito y echar la partida en la calle Comercio.

Me quedé unos minutos escuchando en el pasillo, entristecida, y

pensé que debía hablar con aquel hombre tan íntegro como arisco. Parecía arrinconado en un callejón sin salida. Pero quizá aquél no fuera el mejor momento. Abrí de nuevo la puerta de la calle, muy despacio, y la cerré luego de golpe, saludando ruidosa con mi voz más alegre.

*

- Hoy entrego las llaves y los libros de cuentas de *El Aleph* . Me gustaría que Nacho y tú estuvierais presentes. ¿Podéis venir esta tarde a las ocho?

En la voz de don Alberto había urgencia y un cierto desamparo. Muy raramente me llamaba por teléfono, de modo que me apresuré a asegurarle que estaríamos allí sin falta, mientras reorganizaba mentalmente mis compromisos del día.

A pesar de estar plenamente convencido de que aquélla era su única opción, no le había resultado nada fácil decidirse a vender la librería. Después de estudiar distintas ofertas durante meses, se había decantado por la de una nueva cadena de tiendas en plena expansión. Aplicaban el sistema de franquicias para rentabilizar las inversiones y optimizar las compras comunes. “Un concepto moderno, colorista, que intenta captar al público joven con espacios abiertos”, se presentaba la firma de nombre sajón. Don Alberto negoció con dureza y maña hasta el final. Apuró su baza, sabiendo que los compradores querían hacer la reforma en agosto para reinaugurar en septiembre, y consiguió un precio de venta excelente. Era el último alarde de habilidad y experiencia de un zorro curtido en mil batallas, que sorprendió a sus jóvenes interlocutores recién salidos de escuelas de negocios. Nacho, muy mejorado, le había prestado su total apoyo en todo el proceso, animándolo y aplaudiendo cada centímetro ganado en aquel cuerpo a cuerpo.

Cuando llegaron a la librería, encontramos la persiana metálica casi echada. Golpeamos con los nudillos. El viejo salió enseguida y nos abrió con el rostro ceniciento.

- Llegáis tarde -refunfuñó, desganado, bloqueando la entrada- Esperadme en el bar de Cosme, si queréis. Estamos firmando los últimos papeles.

- ¿Con quién estás? -preguntó Nacho, colándose por debajo de su

brazo y asestándole una par de besos a traición-. ¿Ha venido tu abogado?

- Ni falta que hace –contestó, contrariado-. Ahí dentro están el representante legal de la cadena y la franquiciada que dirigirá esta tienda. Es cuestión de diez minutos. Venga, tomaos un café o lo que sea, ahora voy.

- De eso nada. Pasa, Julia. Vamos a hacer de testigos, que para eso hemos venido –bromeó Nacho, intentando aligerar la extraña situación-.

- La vida es una coña marinera -murmuró el viejo entre dientes, mientras volvía a echar el cierre-.

Se quedó mirándome con una expresión indefinible.

- No tenía que haberte llamado. Lo siento. Yo… no lo sabía -susurró, con la voz un poco quebrada, dándonos la espalda y caminando hacia el fondo de la librería-.

Intercambié con Nacho una mirada de desconcierto y lo seguimos hasta el despacho. Todo quedó claro al atravesar la puerta.Junto a un joven atildado de pelo muy corto y gesto impaciente, concentrada en leer lo que parecía un contrato, estaba Marta.

Marta, Marta. La librera traidora de culo blanco. La devota obsesiva mentirosa envidiosa. La usurpadora que venía ahora a apropiarse de algo que, de algún modo, yo también consideraba mío.

Tenía un aspecto cuidado. Llevaba el pelo rubio recogido y ropa cara, de colores, pero mantenía el mismo aire triste de exiliada o penitente con que aún la recordaba. Cuando don Alberto se sentó de nuevo, ella levantó la vista de los papeles y sus ojos se encontraron con un par de rostros demudados. Por alguna razón, no se sorprendió, ni alteró su expresión tranquila. Reencontrarse con nosotros algún día era poco probable, pero del todo posible. Máxime cuando los personajes volvían a coincidir en un escenario antiguo.

- Por mí está todo correcto -dijo Marta, poniéndose de pie-. Jorge, termina tú los trámites. Mi parte ya está firmada. Nacho, quizá deberías repasar la parte de tu tío para que se quede del todo tranquilo. Gracias, don Alberto -se despidió, estrechando su mano temblorosa con firmeza-. Creo que entretanto me llevaré a Julia a tomar algo, si les parece.

Salió con decisión, agarrándome suavemente del brazo. Yo estaba casi tan atontada como furiosa, y me dejé llevar sin decir palabra hasta una calle cercana, donde brillaban las luces de un bar de diseño. Nos sentamos y Marta pidió dos tónicas. Seguimos en silencio unos largos minutos, mirando al suelo, al techo, a sus uñas, hasta que nos trajeron las bebidas.

Marta comenzó a hablar en voz baja, con mucha suavidad. Del destino, de por qué ocurren las cosas aunque no queramos que ocurran. Yo no podía escucharla. Sólo oía un ronroneo que se mezclaba con el ruido de mi cabeza. Intentaba por todos los medios afilar mi encono, retirar la pátina de olvido, recuperar exactamente las aristas de mi desesperación cuando, más de doce años atrás, me derribaron de un manotazo mi castillo de naipes laboriosamente levantado.

Pero no conseguía encontrar más que un vago desdén y una sensación de incomodidad y pérdida de tiempo junto a aquella extraña.

Marta seguía hablando de la vida. De la imposibilidad de retener lo que amamos y evitar lo que nos hunde. Bebía de cuando en cuando a pequeños sorbos. Comencé a mirarla de soslayo y a captar algunas palabras sueltas. Vi sus zapatos de buena piel, sus pies pequeños, apoyados muy juntos, firmes en el suelo. Sus rodillas apretadas bajo el pantalón azul marino.

Marta hablaba de las decepciones inevitables, de las debilidades que nos lastran para siempre. Sus dedos finos dibujaban trazos sobre la mesa. Miré sus uñas cortas, pulcras, y no encontré ningún anillo. Marta hablaba de los afectos que permanecen inalterados, de las heridas que no se curan nunca, de la tenacidad como agarradero último para sobrevivir al desconsuelo. Observé sus hombros delgados, descifré sus labios pálidos moviéndose y me encontré al cabo con sus ojos.

- Durante años arrastré la certeza de que mi pena sería perpetua, pero ya he conseguido perdonarme. Espero que tú lo logres algún día. Nos lo merecemos, a pesar de todo.

Marta no pudo o no quiso evitar darme una pista sobre Ariel. Vio su nombre dos años atrás, en el programa de unas conferencias sobre tradiciones sefardíes de la Universidad de Granada, y guardó aquel dato en algún pliegue de su alma en permanente contrición.

- Y hablando de argentinos -quebró, apuntando una sonrisa casi infantil y sorteando con agilidad los bordes de las arenas movedizas-. Este abril pasado estuve por primera vez en la Feria del Libro de Buenos Aires. Casualidades mágicas, fue allí precisamente donde asistí a uno de los discursos más bellos que he escuchado nunca. Lo pronunció el escritor ás Eloy Martínez. Argentino, por supuesto. Me gustaría darte algo.

Tomó su enorme bolso del asiento contiguo y buscó entre las carpetas que lo llenaban, hasta que dio con un bonito sobre azul.

- Lo creas o no, pensé en ti cuando me hice con una copia

completa del discurso. Lo saqué del diario *La Nación* . Ya sabes que acostumbro a guardar recortes -sonrió, entre avergonzada y orgullosa-. Encontrarnos hoy ha sido otra mágica casualidad.

Me extendió el sobre, mirándome con dulzura.

- Espero que lo leas. Sé que te gustará.

Salimos del bar ruidoso, y caminamos en silencio hasta la puerta de la librería.

La librería que ahora era de Marta.

Yo no había despegado los labios, pero el color había vuelto a mis mejillas y la calma a mi frente. Miré a los ojos a aquella mujer antigua y nueva y estreché su mano con cálida firmeza.

Gracias –musité-.

Paré a un taxi y me refugié en su interior como un animal que escapa. La Gran Vía relucía con la luz poderosa de las farolas. Miraba por la ventanilla, intentando que sedimentara el polvo que aquel encuentro había levantado en mi alma. Iba recuperando retazos deshilachados del monólogo doliente al que había asistido. Sin darme cuenta, me encontré abriendo el sobre azul e intentando leer las líneas diminutas de aquel recorte, entre los volantazos suicidas del taxista.

"Antes aún de que aprendiera a leer, cuando me esforzaba por desentrañar el significado que ocultaban las formas de las letras, le formulé a mi padre una pregunta que él me repitió poco antes de morir: ¿somos nosotros quienes creamos las palabras que nombran las cosas de la realidad o las cosas nacen de las palabras que las nombran?"

Sonreí, recordando mi fascinación lejana por el poder místico e indescifrable de los nombres.

Marta, afligida. Ariel, león de Dios. Arturo, alto y noble.

Julia, que es fuerte de raíz…

"Escribir viene después. La escritura es la envidia sana de la lectura o, más bien, el deseo de prolongar la lectura indefinidamente. En las ficciones somos lo que soñamos y lo que hemos vivido, y a veces somos también lo que no nos hemos atrevido a soñar y no nos hemos atrevido a vivir. Las ficciones son nuestra rebelión, el emblema de nuestro coraje, la esperanza en un mundo que puede ser creado por segunda vez o que puede ser creado infinitamente dentro de nosotros".

Qué hija de la gran puta, me dije, pronunciando lentamente y en silencio cada sílaba. Ni que me hubiera estado leyendo el pensamiento en la distancia. Ni que hubiera seguido conectada a mí, sin darme cuenta, como esos que enganchan un cable a la luz o la televisión que pagan otros.

Pensé en Nacho, y en cómo habría acabado la velada con su tío.

Alberto, noble. Quizá estuvieran esperándome en casa.

Ignacio, ardiente.

Nacho. Le pediría que volviera a dormir conmigo esa noche. Me había acostumbrado, y ahora echaba de menos su olor y su casto abrazo afectuoso entre las sábanas. Nacho encarnaba lo mejor de los dos mundos: yo adoraba vivir con su masculinidad inteligente, sin tener que soportar la tensión del sexo ni las servidumbres del emparejamiento convencional. “ *La esperanza en un mundo que puede ser creado por segunda vez, o infinitamente dentro de nosotros* ”, repetí para mí.

Julio-diciembre 2006, Córdoba-Madrid

Cuando le conté a Techu por teléfono el encuentro con Marta, mi amiga pasó en un suspiro de la estupefacción más absoluta a la indignación más divertida.

- ¿Y me estás diciendo en serio que se ha quedado con la librería? La muy zorra, qué bien ha sabido montarse la vida al final. Pero seguro que sigue tan sola y atormentada como siempre. Que la zurzan, verás cuando los libros digitales inunden el mercado y se quede sin negocio.

Se oía a los niños de fondo. Probablemente estaba en la playa con un libro y el móvil, vigilando a su pequeña tropa.

- ¿Y te soltó una charla profunda y conmovedora en un bar? No tiene vergüenza, ni una pizca, qué se habrá creído la dama…

Imaginé a Germán a su lado, plácido y seguro, observando los aspavientos de mi amiga. Y me puse a reír, mientras Techu soltaba una retahíla de improperios, instrucciones y consejos y yo comprobaba, con no poca satisfacción, que en mi corazón ya no había ni un ápice de rencor por Marta, sino tan sólo lo que se parecía a una tristeza serena por los destinos desgraciados. Antes de despedirse, me reiteró su invitación para que fuera con Nacho a pasar unos días a la Costa Brava con ellos.

Pero yo tenía otros planes de vacaciones.

Me había decidido por fin a comprar un coche, y, después de tomar unas clases de recordatorio para desempolvar mi carnet de conducir casi sin usar, iba a llevar a Nacho a Asturias. Me quedaría un par de días con él en Ribadesella, y luego yo seguiría hasta Santander. Me había inscrito en un curso de verano en la Menéndez Pelayo, un prometedor taller de literatura con Juan Goytisolo. Me encantaba la idea de volver a un aula, de alojarme en una

residencia, de cruzarme por los pasillos y compartir el comedor con estudiantes de todo el mundo.

Cuando estaba a punto de dejar Asturias, me atreví a compartir con Nacho mi idea de buscar a Ariel a la vuelta de las vacaciones. Él, cada vez más restablecido y con su humor peculiar casi recobrado, se iluminó, malvado y guasón, dándome alas e ideas retorcidas que descarté entre risas.

Y es que de verdad debía de haberme vuelto loca. Ponerme a estas alturas a buscar al difunto, que diría don Alberto. Después de casi trece años sin verlo ni querer saber nada de él. Sí, algún comentario hubo, me lo encontré allí o estaba allá, me decían al principio los amigos comunes. Pero me veían ponerme roja y enseguida callaban. Ni una palabra de esa cucaracha, escupía yo con los dientes apretados, nunca más, ni una palabra, no existe, nunca existió. Demasiado dolor acumulado, demasiada rabia por tanto engaño, por tanta mentira en su hablar dulce y envolvente.

Y ahí siguió la herida, supurando durante años, reapareciendo a veces como una úlcera sangrante despertada por la circunstancia más nimia, por un sabor o una música, pero taponada de inmediato por mi más tozuda voluntad.

Sin embargo, el destino (por burla o puro azar) había derrumbado la excusa de no saber dónde localizarlo, de modo que era precisamente ahora cuando tenía que encontrarme con Ariel otra vez.

Una sola.

Y comprobar con mis propios ojos lo que el tiempo había hecho con él. Poner a prueba mis oídos adiestrados para confirmar que eran capaces de escuchar su voz sin inmutarse, sólo filtrando la información precisa para anotarla en mi cerebro como un escriba disciplinado.

*

La próxima salida ya era la de Córdoba. Buen lugar para esta cita demencial. Me dolían los brazos de conducir tan tensa después del madrugón innecesario. Con salir de Madrid a las diez habría tenido margen más que suficiente para llegar a la comida con Ariel. Pero no. Ahí estaba yo, a las siete y media, lista y con el bolso al hombro, mirándome en el espejo del pasillo con los brazos colgando. Mejor temprano, mejor tempranito, me repetía mientras bajaba las escaleras del parking. Así tendré tiempo de desayunar sola en la Plaza de Maimónides y rebozarme de sol con un paseo por la Judería.

Había sido una buena idea proponerle que nos viéramos en un lugar neutral. Hacía años que no visitaba aquella ciudad única, y me hacía ilusión volver a *El Burlaero* . Comer en el patio de esa fantástica taberna tan agradable seguro que hacía más fácil el trago del reencuentro. Ya lo decían en el siglo pasado,

Córdoba, ciudad bravía,
que entre antiguas y modernas
tiene trescientas tabernas
y una sola librería.

Que vivan las coincidencias. Seguro que hablaremos de librerías, me dije, largo y tendido, largo y tendido…

Me sonreí con malicia al recordar el desconcierto aturullado de Ariel pocos días atrás, cuando, tras contestar desprevenido al teléfono, me escuchó saludar e identificarme. Había resultado sorprendentemente fácil dar con él. Apenas un rato de búsqueda en internet (bendito milagro) y un par de gestiones telefónicas. Yo tenía perfectamente preparadas las frases, cortas y precisas, que quería decirle. Y también la propuesta de un encuentro, para el que no estaba dispuesta a aceptar ninguna excusa. Acordamos enseguida el lugar, y un día conveniente para ambos, una semana después. Sus

clases en la Universidad aún no habían comenzado, y para mí no suponía complicación alguna tomarme un viernes libre.

Sabía exactamente lo que esperaba de aquella cita. Desde mi encuentro con Marta, me había dado cuenta de que, sin quererlo, estaba poniendo en marcha un proceso imparable de reconciliación con mi memoria.

Y conmigo misma.

Ver de nuevo a Ariel frente a mí, constatar el efecto que la vida transcurrida había tenido sobre él, me resultaba imprescindible para recorrer del todo la ruta que había iniciado.

Repasé las cosas que sabía de él.

Que ya pasaba de los cuarenta y cinco.

Que enseñaba Historia Judía en la licenciatura de Filología Semítica de la Universidad granadina.

Que había publicado artículos y ensayos, y firmado numerosas investigaciones.

Que nunca había tenido miedo a nada.

Que era un superviviente, un luchador y un encantador de serpientes...

Pero lo que yo quería comprobar ahora era su aspecto, qué hacía, con quién y cómo vivía, cuánto había cambiado, o no... Nacho tenía razón al decirme que ya no somos los mismos si no somos iguales. Necesitaba todas las piezas para completar mi puzzle particular, porque aún quedaban algunas desperdigadas, perdidas o erróneamente descartadas. Pero las esquinas eran el principio, eso lo sabía bien. Hallar la esquina, la piedra angular, o simplemente un asidero para no caer.

Mientras aparcaba mi coche con excesivas maniobras, jugueteé mentalmente con la caricatura que esperaba encontrarme. Un hombre derruido. Descuidado, gordo, calvo, con pelos en la nariz y en las orejas. Solo y sin amigos, detestado por sus alumnos y despreciado por sus colegas… Pero, en el fondo de mi corazón, sabía que nada de eso tenía sentido. Pasé sin sentir más de dos horas sentada en un velador, un refresco tras otro, con los ojos entrecerrados bajo un sol compasivo. Pensaba, recordaba. Al final tuve que apresurarme para llegar puntual a la cita.

En el preciso instante en que mis ojos distinguieron a Ariel leyendo el menú, supe que aquélla no iba a ser en ningún modo la gran escena de mi película.

El vértigo de mis pensamientos se detuvo, la banda sonora emotiva cesó, el rollo de celuloide crepitó quemándose y se encendieron las luces de la sala. Sentí que, por fin, traspasaba la

pantalla. Y todo se aquietó de inmediato.

- Julia, ¿cómo te va? -exclamó al verme, retirando precipitadamente la silla y adelantándose a besarme en las mejillas-. Estás bárbara, qué lindo encontrarnos aquí otra vez…

El muy cabrón estaba exactamente igual, más atractivo si cabe, con la piel tostada y el pelo bastante largo, con bastantes canas muy bien dispuestas. Farfullé un saludo y me senté en la silla que me ofreció galante.

- Y bueno, ¿cómo te fue la vida? ¿Tenés un buen laburo?

A pesar de tantos años en España, no había modificado su acento ni un ápice. Estaba segura de que lo cultivaba con dedicación: siempre le dio muy buen resultado. La cosa iba discurriendo más o menos como esperaba: un saludo suficientemente frívolo, una introducción convencional.

Seguro que enseguida llegarían unas excusas o justificaciones demasiado viejas, y cuatro apuntes de cotidianeidad insoportable.

Yo llevaba muy bien escrito mi guión, y lo ejecuté con precisión modélica. Escueta, elegante, mundana, así me veía desde arriba, epatando con el relato de los logros de una vida envidiable a aquel extraño que un día fue más yo que yo misma. Vino, carne, ensalada. Ariel comía con apetito y escuchaba con atención cortés, pero sin mostrarse en absoluto impresionado. Comprobé con desaliento que no le interesaba demasiado lo que pudiera contarle.

- Cómo pasó el tiempo, nena, qué jóvenes éramos, y cuántas boludeces hicimos por entonces -y movía la mano, quitándole importancia-, fijáte que recuerdo a veces…

Yo masticaba interminablemente, porque tragar me parecía algo imposible.

Qué distinto era lo que él recordaba de nuestra vida juntos. Cuánto detalle perdido o desteñido de su color original. Momentos que yo consideraba imborrables, apurados a dúo hasta el límite, resultaban una anécdota o simplemente no habían existido para él. Vacíos de significado o trastocados tan sólo. Invoqué a mi adorada Karen y pensé que, si era capaz de aguantar sólo un poco más, ya sería capaz de aguantar cualquier cosa.

- Bueno, ¿te casaste, tenés pibes? Yo sí, con una profesora de acá, fantástica, tenemos unas gemelas lindísimas, mirá -y se atrevió a sacar una cartera preciosa de piel y enseñarme una foto con cuatro caras indecentemente felices-. Siete años ya, unas mujercitas divinas, ¿verdad?

Ahí estaba: la culminación de una insultante actuación de segunda para un personaje de segunda.

- Verdad, verdad -concedí mirando el reloj-. Se me ha hecho tardísimo, perdona. La cuenta, por favor.

- Pero Julia, cómo vas a irte ya -suplicó, con un gesto compungido que desdecía la retranca de sus ojos-, tenemos taaaanto que contarnos…

Me levanté despacio y dejé unos billetes en la mesa con un gesto calculado.

- En realidad no -dije, con súbita serenidad, mientras me colgaba el bolso al hombro-. Ya tengo lo que vine a buscar: tu certificado de defunción. *Shalom* , Ariel.

Caminando hacia mi coche por las calles cordobesas, vacías en plena siesta, me sentía ligera, muy ligera. Tan plena como si me hubiera vaciado del todo. O al revés. Mientras giraba la llave de contacto y ajustaba el espejo retrovisor, acepté que son los nombres que damos a las cosas los que las clasifican en las estanterías de nuestra memoria.

Y así se quedan, denominadas a fuego sin remedio, por los siglos de los siglos, para el futuro que llega y se va.

Amén.

*

La recuperación de Nacho estaba prácticamente completada. En breve le darían el alta definitiva, con la prescripción de algunos cuidados y revisiones anuales. En unos pocos meses, a principios de 2007, volvería al trabajo. Estaba ilusionado como un niño por reincorporarse a su puesto en el Instituto Cervantes, que inauguraba ese otoño su nueva sede en Madrid. Todo eran buenos augurios.

Pero yo albergaba la certeza, dolorosa y secreta, de que Nacho se marcharía de mi lado para retomar una vida que había dejado en suspenso. Y la perspectiva me producía una inconsolable pesadumbre.

A mediados de octubre, Elena, la vetusta ama de llaves (confidente, secretaria, administradora y Dios sabe qué más) de don Alberto, murió plácidamente en su cama. El irreductible librero jubilado, a pesar de sus repetidos avisos de retiro inminente a su tierra natal, no había sido capaz de abandonarla. Ni a ella, ni a su casa, ni a su sobrino.

Ni a mí, una mujer extrañamente fiel a su cobijo, cambiante como un camaleón pero permanente como el cielo irrepetible de mi ciudad. Me quería como a la hija que nunca pudo ni quiso tener.

Pero, cuando Elena desapareció de su vida, don Alberto decidió que era incapaz de sobrevivir a aquella soledad última, y la siguió seis semanas después, en una consunción rápida que no era entrega sino pura voluntad de terminar como él quería.

En una postrera lección de rebeldía perfectamente documentada, el viejo solitario, paciente cuidador durante años de su mausoleo asturiano, dejó establecido en su testamento el expreso deseo de que lo incineraran.

Y que sus cenizas fueran esparcidas en Retiro. Así, sin más explicaciones. Coñón y providencial hasta la muerte, el viejo divino.

Nadie más que yo entendió lo que quería decir, o más bien

decirme, con aquella última voluntad tan escueta como sorprendente. Y no pude por menos que sonreírle con la complicidad que nos unió durante tanto tiempo.

*

Fui a visitar a mi madre al día siguiente. Respiré hondo y empujé el portón de la residencia. Calculé cuántas veces habría hecho ese mismo movimiento en los más de once años que ya llevaba viviendo allí.

Tantos como los que llevábamos sin mi padre al lado.

Pensé, como en tantas ocasiones antes, en lo poco que sabía acerca de la vida de ambos antes de que yo llegara a su pequeño mundo de zapatos y apreturas. Y en que ya nunca lo sabría, salvo que lo inventara. Lo cual tampoco era una mala opción.

Lo cierto es que para entonces me sentía terriblemente impotente y un tanto estafada ante la anciana balbuceante en que se había convertido mi madre. Su única arma a lo largo del tiempo, la voz gritona y una verborrea inagotable, le había sido usurpada progresivamente en los meses pasados.

Y anulaba definitivamente cualquier esperanza de que un día pudiera contarme la verdad.

Ni las desgracias sufridas en una existencia difícil, ni las penurias vividas o las evitadas, habían conseguido nunca frenar ese río inagotable de palabras. Pero había bastado un pequeño colapso circulatorio en su cerebro para lanzarla a un abismo de silencio y súbita ancianidad.

"Gente que lo ignora todo, personas que jamás se han parado a pensar un minuto sobre nada de nada con la conciencia de hacerlo, que no tienen una sola idea propia ni casi tampoco ajena, hablan sin embargo incansablemente, sin cesar, sin inhibición alguna y sin el menor complejo…".

La noche anterior, Nacho había subrayado aquellas líneas de Javier Marías, mientras releía al que era uno de sus autores favoritos. Cuando se quedó dormido con el libro abierto sobre su pecho, no pude evitar cogerlo y copiar aquel fragmento en mi

ordenador mientras pensaba en mi madre.

Leves, insustanciales, hirientes o redundantes, sus palabras siempre habían estado ahí. Incluso cuando ni siquiera las pronunciaba. Sólo hubo un pequeño silencio en sus labios durante el breve período que siguió a la muerte de mi hermano pequeño. Nunca llegué a saber si fue incapacidad real o terquedad voluntaria para no ser menos que su marido, que continuó enmudecido largamente por la aflicción tras la tragedia.

"Hablar, mucho más que pensar, es lo que tiene todo el mundo a su alcance; y es lo que comparten y han compartido siempre los malvados con los buenos, las víctimas con los verdugos, los crueles con los compasivos, los sinceros con los mentirosos, los pocos listos con los muchos tontos, los esclavos con los amos y los dioses con los hombres... Los únicos que no lo comparten son los vivos con los muertos".

Recordaba algunas de las opiniones de mi madre, tan indeseables como subjetivas, que exponía sin pudor, regodeada en su franqueza irresponsable.

Su desprecio por los que no tenían trabajo y por los inmigrantes que amenazaban el futuro del país.

La desconfianza morbosa por los que ofrecían ayuda sin esperar contrapartidas.

Y su aversión a todo lo relacionado con el sexo, aquella lacra de la humanidad que consideraba sobrevalorada y prescindible. Cuando se encendía por esa condena que las mujeres habían de sufrir, por la humillación que suponía tener que pagar aquel alto precio por tener hijos, era capaz de envenenar el aire a su alrededor.

Yo aborrecía con toda mi alma aquel tipo de argumentos mezquinos y sin fundamento. Pero, sobre todo, detestaba cualquier conversación que, de un modo u otro, hablara de la maternidad, como bendición o como castigo.

Para mí, se trataba simplemente de algo que no había podido ser y que no sería jamás.

Un agujero, un hueco infértil, dinamitado para siempre por la traición y el engaño, que había insistido en rellenar con experiencias y amantes sin memoria, como quien ciega una tubería o una arteria inútil.

Encontré a mi madre adormilada en la butaca de su habitación, frente al televisor. No respondió a mi saludo. Se limitó a seguir mirando un concurso en la pantalla. Le hice algunas preguntas, intentando animarla al menos a contestar con monosílabos, pero sin resultado.

Suspiré con fastidio, y decidí leerle unas páginas de la revista que

le había llevado. Pensé que le gustaría escuchar la entrevista a una vetusta diva italiana, que contaba su penoso viaje a Nueva York de niña y su llegada a Ellis Island, entre hordas de emigrantes desesperados por una vida mejor que recalaban por miles en sus muelles.

- ¿Buenos… Aires? -murmuró mi madre de pronto, con dificultad, sin mirarme siquiera-. ¿El puerto… de Buenos Aires?

Cerré despacio la revista y, sin poder apartar la mirada de aquella mujer indescifrable que se alejaba sin remedio entre las brumas de su vejez, noté que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Entonces decidí improvisar un relato inventado sobre aquella ciudad omnipresente, principio y fin de tantas cosas.

Un relato que era la historia de un amor rotundo e inesperado, un amor de tango que, una vida atrás, tomó por sorpresa a una manchega recia que sólo sabía trabajar. Se vio por sorpresa elevada por encima de lo cotidiano, de la caja registradora, el almacén, los zapatos, la vida de prestado a expensas de la benevolencia de sus parientes, el ahorro peso a peso. Elevada en brazos de un galán de película que adoraba sus pies de princesa, y bebía los vientos por su acento español de verdad.

Y su ceñuda resistencia a la vida, a la música, al aire perfumado, cedió un día. Deslumbrada sin remedio por una casa digna de Escarlata y con un Rhett Butler propio.

Matías, don Matías Alfaro, todo un caballero.

Que hablaba español.

Yo adornaba mi cuento con retazos de recuerdos y con pinceladas de noveluchas románticas. Raquel parecía contenta. Estaba sentada en su sillón junto a la ventana, tenía una sonrisa leve y la mirada lejana. Y movía un poco la cabeza, como si escuchase música.

Hacía casi un año. Me llamaron. Mi padre no era mi padre. Mi padre fue un rico argentino que nunca conocí. Y, para compensar, al morirse me dejó una fortuna como herencia.

Ni una palabra más. No sabía, ni podría ya, saber nada más.

Salvo que lo inventara.

Entonces ella supo que había ido demasiado lejos, que a pesar de sus cuidados había concebido un hijo ilegítimo, y que sus planes podrían venirse abajo como un castillo de naipes si no tomaba medidas de inmediato. Por eso se plantó ante su marido, su bendito marido, siempre en la luna, embelesado con la ciudad y con la vida que fluía, y sin darle opción a demoras o excusas, le dijo que era hora de volver a casa y crear una familia, que ya iban siendo

mayores y ella se temía mucho que se le fuera a hacer tarde.

Y se puso a hacer el equipaje.

En quince dias ya estaban cogiendo el barco de vuelta. Llegarían a Madrid a primeros de abril, en plena primavera, y eso ayudó a despejar de nostalgia al marido. La dulzura del aire y el azul del cielo lo encandilaron desde el primer día. Y la esposa, que se había mostrado más cariñosa que de costumbre en el largo viaje, le anunció enseguida que ya había un niño en camino: el océano se había puesto de su lado, sería su mejor regalo de Navidad.

Así que el ingenuo padre en ciernes se dedicó a hacer el nido para su familia y a montar el negocio que sería su mayor empeño. Se mostraba orgulloso del tremendo vientre que lucía su esposa poco después, prueba innegable de su salud y la del bebé. Para el otoño, a la mujer ya le costaba moverse en la zapatería, y se quejaba de molestias frecuentes. El médico ha dicho que está muy grande y que probablemente nazca prematuro, inventó, convincente, la madre inminente. La nena nació menudita, así que a la mujer no le costó convencer a su arrebolado marido de que efectivamente la criatura había llegado antes de tiempo.

Quizá por eso siempre me protegió tanto.

Fin.

¿Te ha gustado, madre? ¿Eh?

Raquel tenía los ojos cerrados, pero no parecía dormida.

- Dime, anda, ¿te ha gustado? ¿Fue así? ¿Qué pasó?

Ella seguía erguida en el sillón, meneando levemente la cabeza. Hacía un ruidito suave, que no llegaba a música, con su boca de labios apretados.

Sonreía a medias, desde muy lejos.

Una semana después, murió mientras dormía.

Raquel, mi madre única, no se llevó ni un mes con don Alberto, mi segundo padre.

O el tercero, según se mire.

Y he de reconocer que la secuencia de pérdidas me hizo estar a punto del derrumbe.

- Vamos, Julie, reina, ha sido lo mejor para ella -me consolaba lánguidamente Nacho, él mismo en lo más profundo del duelo por su tío-. Se ha dejado ir porque ya no tenía nada más que hacer, ¿no crees? Y sin sufrimiento, dulcemente, con la mejor de las muertes. Tan decidida como el cabrón de mi tío, que hasta el último momento hizo estrictamente lo que le dio la gana -y volvía a llorar como un niño, entre hipidos y pucheros involuntarios-.

A mí, sin embargo, no me salía ni una lágrima.

A pesar de la debilidad que me agarraba todo el cuerpo, cumplí con diligencia con todos los trámites pertinentes, como hubiera hecho mi madre, sin flaquear ante la montaña de gestiones que se abalanzan sobre uno cuando muere alguien próximo. En medio de aquel sinfín de papeleos y recados, me daba cuenta con terrible lucidez de que, en realidad, cada día me parecía más a ella. Es el destino de todas las mujeres, dicen, y yo, con mis cuarenta y uno recientes, recordaba a menudo y con perfecta vividez cómo era Raquel hace treinta, y encontraba tantas coincidencias que me estremecía sin querer.

Viví mis duelos encadenados con una mezcla de irrealidad y determinación, afligida en extremo por momentos, enrabietada y llena de reproches en otros, entregada a una hueca sensación de abandono los más. Tenía tantas cosas que solucionar que pedí una semana de vacaciones en la editorial, donde las miradas de conmiseración (con un punto de satisfacción revanchista) me pesaban más que mi propia pena.

Fui demorando el momento de recoger las cosas de mi madre.

En todos aquellos años, nunca me había dado por preguntarle qué era lo que guardaba en cajones y armarios, y mucho menos qué conservaba tan celosamente en sus adorados baúles transatlánticos. “Los traje de Argentina, son como los de la Piquer”, me había dicho simplemente el día que abandonamos el piso de Chamberí.

Pero llegó el día en que tuve que volver a la residencia y vaciar su habitación.

Había unas preciosas cajas de latón con fotos que nunca me enseñó: fotos muy antiguas, de sus padres, tíos, primos y abuelos, como pude deducir por las dedicatorias desvaídas en letra picuda. También un delicado paño de terciopelo morado en el que estaban envueltas sus pocas joyas, apenas dos pares de pendientes de perlas, un escueto reloj y una pulsera de oro con dijes de marfil.

Había ropa que parecía muy antigua, cuidadosamente doblada y con un inconfundible olor a naftalina que me remitió de inmediato a los rincones oscuros de la casa de Chamberí. Y había, muy al fondo, cuatro cajas de zapatos espléndidos.

Eran modelos de fines de los 50, sin estrenar, preservados del tiempo con un delicado papel de seda rosado. Todos del número 37, el que usábamos tanto mi madre como yo. Un par de salón de charol negro y tacón altísimo, unas preciosas chinelas de piel vainilla, unas sandalias rojas de finas tiras y tacón mediano, y unos semicerrados dorados estilo Jackie, con un broche de minúsculas piedras brillantes. Todos con la etiqueta de “Boutique del Calzado Romero,

Avenida Alvear, Buenos Aires”.

Me quedé un buen rato sentada en el suelo, rodeada de aquellas cajas abiertas con su hermoso contenido expuesto. Pensé que parecía el resumen de una vida, un tesoro escondido y malgastado por la falta de uso. Nunca sabría si, para mi madre, se trataba de un regalo demasiado precioso para utilizarlo en su vida recomenzada en Madrid, o si constituía más bien un recordatorio de un tiempo cuya importancia nunca quiso reconocer pero tampoco olvidar. Incluso podía tratarse de un legado simbólico para mí, por el que, definitivamente, me nombraba su heredera como *reina del Plata* .

Lo cierto es que no me sentía ni mucho menos como Cenicienta, sino más bien como una intrusa en un mundo de secretos indescifrables de puro simples. Volví a guardar todo aquel despliegue de utillería y recogí el resto de efectos en sencillas bolsas de plástico. Luego di instrucciones en recepción para que entregaran los dos baúles de la Piquer al mensajero (lo mandaría aquella misma tarde a buscarlos), y que enviaran el resto a su centro de beneficencia preferido. Ya pensaría más adelante qué hacía con aquel equipaje extraño y desmesurado. En aquel momento, no tenía ni las fuerzas ni el entendimiento como para darles el destino adecuado.

*

Enterré a mi madre en la tumba familiar (y no voy a explicar otra vez cuánto odio los cementerios, ni lo sola que sentía a pesar de los abrazos de los amigos del alma, ni el sonido del diapasón en el centro de mi estómago encogido, marcando cada compás, cada paso que daba). No lloré apenas. Estaba templada. De momento.

Así que, pocos días después, decidí cumplir con la primera parte de la encomienda de don Alberto: su voluntad oficial. Y metí a mi bolso la caja, bien protegida.

En el crematorio nos había entregado una urna espantosa con sus cenizas. Cuando llegamos a casa, Nacho me pidió que no lo dejara a la vista, y se encerró a llorar en el baño durante un buen par de horas. De modo que busqué un par de preciosas cajas de alabastro de la India, guardadas hacía mucho en un armario, y repartí las cenizas del librero entre ambas.

Las escondí un rincón profundo de la cocina de mi apartamento, y rezaba a Dios porque a Nacho no se le ocurriera de repente hacer zafarrancho y vaciarme de golpe los armarios.

Con la caja, pues, pesando como un demonio en el bolso, me dirigí al Parque del Retiro una dorada mañana de diciembre, con Nacho caminando pensativo a mi lado. Habíamos discutido a conciencia sobre cuál sería la mejor manera de organizar una pequeña ceremonia íntima (tan íntima como que sólo estaríamos nosotros dos) para cumplir el último y sorprendente deseo del viejo asturiano, pero sin llegar a decidir la ubicación exacta. Pensamos que sería mejor dejarnos llevar por el momento, de modo que caminábamos errabundos bajo un sol que no calentaba absolutamente nada, pero despertaba una luz única sobre los senderos.

Me sentía vagamente culpable por no compartir con Nacho el doble fondo de aquel deseo, pero, al fin y al cabo, don Alberto debió

quererlo así. Si no, ya se hubiera ocupado él de dejar unas instrucciones tan meticulosas como él sabía serlo cuando quería.

- No te digo yo que La Rosaleda sea un mal lugar -dudaba Nacho en el último momento-, pero me da la impresión que su sitio favorito en este Parque no sería precisamente ése… Bueno, quizá por las espinas -me guiñó un ojo brillante-, pero probablemente exista un lugar más de su estilo. ¿A ti no te mencionó nunca cuál prefería?

No sabía muy bien qué contestar a aquella pregunta. Lo único que sabía era que su escueta última voluntad final de reposar en Retiro no se limitaba a un lugar concreto dentro de este Parque.

- No, ni idea -mentí a medias-, pero creo que tienes razón, busquemos otro sitio: ¿qué te parece el lago del Palacio de Cristal? Seguro que le gustaban muchísimo esos árboles enraizados en el agua.

A mí personalmente me encantaban los cipreses de los pantanos, esos prodigios vegetales anfibios, y, aunque sólo fuera por verlos de nuevo, convencí a Nacho para que nos dirigiéramos hacia allí.

- Mmmm, sí, no sé… es cierto que tiene su aquel -él seguía dudando-, pero ¿de verdad te lo imaginas mirando eternamente a los cisnes, los domingueros y las exposiciones temporales horripilantes que montan tan a menudo en esa cristalera gigante?

Plantados frente al Palacio de Cristal, nos atacó la risa a los dos, de modo que nos dimos la vuelta y enfilamos hacia el Palacio de Velásquez.

- ¡Oye! -se me ocurrió de pronto y me paré de sopetón-. ¿Y qué te parece el Paseo de Coches? Al fin y al cabo, los contornos de la Feria del Libro deberían ser el mejor de los lugares para un librero asturiano que acabó siendo más madrileño que Carlos IV, ¿no?

- Pues sí que suena bien, Julie, qué buena idea… -pero continuaba caviloso-, aunque también podíamos homenajear su lado luciferino ¡y vaciar la caja en la Fuente del Ángel Caído!

Continuamos andando agarrados del brazo, apoyados el uno en el otro entre risas y disfrutando de nuestra mutua calidez en la fría mañana de pre-invierno. Tenía el hombro un poco dormido por el peso de la caja, y puede también que por el de la responsabilidad. Fuimos a salir a la hermosa estatua yacente del sabio calvo y pensativo en medio de la Fuente de la Vida. Y justo entonces tuve la certeza absoluta de que habíamos encontrado el lugar.

Aquí es, Nacho, no hay ninguna duda.

¿Aquí? ¿A los pies de Ramón y Cajal?

No, hombre, no, allí al fondo -y señalé sonriente las dos columnas de ladrillo que franqueaban el paso-: la antigua Casa de

Fieras. Vieja, desmantelada, llena de fantasmas del pasado. Perfecto para él.

Procedimos de inmediato con el pequeño ritual que habíamos preparado: Nacho leyó con emoción uno de sus poemas inéditos, yo recité unos versos del Libro del Éxodo en hebreo, y repartimos morosamente las cenizas en torno a las jaulas de los animales pretéritos. Hasta pronto, le prometí mentalmente. En breve completaremos el círculo.

Lo que entonces no sabíamos (pero seguro que el astuto librero sí, y de algún modo nos manejó a su antojo gruñón desde donde estuviera) es que, a justo un año después, el Ayuntamiento anunciaría la transformación de la antigua Casa de Fieras en una Biblioteca Municipal.

Sencillamente soberbio, don Alberto.

Enero-septiembre 2007, Buenos Aires-Madrid: la calma

Comparado con otros barrios inmensos de la desmedida Buenos Aires, el de Retiro es relativamente pequeño. A Retiro llegan y de Retiro parten cada día miles de personas, porque es la cabecera de tres estaciones de ferrocarril, de la Estación Terminal de Ómnibus y de numerosas líneas de autobuses o colectivos.

Yo llegué a principios de enero, recién comenzado 2007, con diecisiete años más que la primera vez y una mentira a la espalda (una imprescindible cura antiestrés en solitario en un balneario de Huesca que tanto Nacho como el colegio y los amigos justificaron y entendieron, comprensivos, después del rosario de desgracias acumulado en los meses anteriores).

Pero, en esta ocasión, como toda madurita con posibles que se precie, me alojé en el Hotel Sheraton. Servicios y comodidad garantizada para un viaje relámpago, y una situación estratégica para mis fines: en el corazón del barrio, junto a la Plaza San Martín, y, sobre todo, cerca del puerto.

Porque me había propuesto hacer de aquel viaje una misión breve y concreta.

Tenía tres cosas que hacer y tres lugares donde hacerlas: esparcir las cenizas de don Alberto en Retiro (aunque aún había de esperar a su caprichosa inspiración para decidir el lugar exacto); pisar y ver con mis propios ojos el Hotel de los Inmigrantes donde se alojaron mis padres hacía más de cincuenta años, y comprobar si seguía existiendo la “Boutique del Calzado Romero”, en la Avenida Alvear.

Aunque había algo más.

Mi conciencia me susurraba, imperiosa, que debía visitar la tumba de Matías Alfaro.

Qué menos, joder, que presentar tus respetos a quien te puso en

el mundo. Y, sobre todo, a quien te ha forrado el riñón de por vida. Total, con una llamadita al letrado Altavilla, listo.

Pero me daba miedo levantar otra esquina de la alfombra y encontrarme… qué sé yo…

En fin. No debía distraerme, no debía dejar que mis sentidos se disparasen, entre otras cosas porque debía volver a Madrid dos días después. Una auténtica locura, teniendo en cuenta el salto en el tiempo y la distancia, pero era el único modo de mantener el secreto de ese viaje.

En cuanto me instalé y conseguí aliviar un poco el cansancio tras un vuelo interminable, pedí un taxi en recepción y me dispuse a esperarlo en la puerta. En menos de un minuto un "Tu taxi" frenó en seco delante de mí.

- ¿Adónde, señora? -me preguntó un porteño joven con el pelo engominado, sacando medio cuerpo de su Peugeot-.

- Vamos a dar un paseo -le dije enigmática, mientras me sumergía en la nube de perfume que inundaba el interior-. Una vueltita por el barrio: el puerto, la estación, las torres, luego subimos por la avenida Alvear y me deja en la esquina de Florida y Maipú, a ver si me da tiempo a hacer unas compras. Ya sabe, lo típico para turistas.

- ¿Española? -se volvió entero, con cara de sorpresa-. Vós ya conocés la ciudad, ¿no es cierto? Regio su acento, ¿de dónde venís, de Madrid?

Era un moreno de treinta y pocos, de ojos oscuros y pómulos marcados. Muy guapo, en honor a la verdad.

- Del mismo centro -le respondí, divertida-. Dale, pibe, que hay prisa.

Arrancó con un suspiro y nos sumergimos enseguida en el tráfico. Eran casi las cinco de un precioso día de verano, y las calles hervían de coches y peatones. En la radio, cómo no, tangos y milongas para que no faltara un detalle al cuadro, mientras yo aplastaba la nariz contra la ventanilla. Al poco comenzó a sonar un tema conocido, que me hizo estremecer un poco.

Buenos Aires recuerda mi ventana despierta
mis bolsillos vacíos, mi esperanza de a pie.
Buenos Aires conoce mi mujer y mi noche,
mi café y mi cigarro, mi comida y mi diario.
Buenos Aires me tiene apretado a su nombre
atrapado en sus calles, ambulando su piel.

- Lindo el tango, ¿no es cierto? -aventuró el taxista, mirándome a través del retrovisor-. ¿Ya probó a bailarlo?

- Pues no, nunca -mentí, recordando entre brumas escenas borrosas de mí misma moviéndome como un pato entre los brazos del Ser Anteriormente Llamado Ariel-. ¿Cuánto se puede tardar en aprender?

- En “ *La Ideal* ” dicen que con una sesión ya podés moverte…

Imposible… ¿seguirían siendo los jueves las noches de milonga en la confitería de Suipacha?

- …pero, mirá, cada semana hay más de cien milongas en Buenos Aires. Lindo negocio, ¿no es cierto? Tomar clases de tango es la mejor forma de sentirse extranjero en Buenos Aires -aseguró muy serio-. ¿Vós sabés cuál es el gran secreto para bailar el tango?

Miré sus ojos chispeantes en el espejo y negué con la cabeza.

- Soltarse, estar suelto. Nada de tomar y tomar a lo loco ni memorizar los pasos. Sólo tenés que dejarte llevar. Y saber llevar a la mujer -sentenció, con intención-.

¿Estaba el taxista rechulo tirándome los trastos o me estaba montando una película yo solita? Al fin y al cabo, llevaba más de un año fuera del circuito. Estrictamente a dos velas desde que acabó lo de Arturo y me volqué en mi amorosa relación asexuada con Nacho.

- Hay que estar relajado, sí, bien suelto, porque, si no, la mujer se da cuenta, y a la primera se busca una excusa y ahí te quedás...

Enfilábamos ya la avenida Alvear, y comencé la búsqueda atenta de mi tienda-objetivo.

- ¿Y es cierto que hay que llevar zapatos especiales? -le pregunté, con un doble sentido que obviamente sólo yo entendía-.

- Nooo… no hay caso. Eso es para vender zapatos a los extranjeros. Los zapatos no hacen al bailarín, señora mía.

Sentí un calambrazo en la espalda y me enderecé en el asiento. Palabra por palabra, era una de las frases favoritas de mi padre. ¿Estaba viviendo uno de aquellos encuentros increíbles, una de esas coincidencias mágicas por las que tienes que dejarte guiar para construir algo fuera de lo cotidiano? Las tiendas innumerables de la avenida desfilaban a toda velocidad, y yo era incapaz de distinguir nada a ciencia cierta: ni la zapatería ni nada de nada.

- La fuerza del tango está en el hombre -continuó hablando el conductor, entregado a la musicalidad de su propia disertación y a las notas que nos envolvían junto al perfume-. El hombre tiene que sentir que no existe nada más en el mundo que su pareja: dominar a la mujer, abrazarla y notarla entera pegado a él. Eso es lo más lindo del tango.

Tenía calor, mucho calor, y había tiempo por delante, me dije. ¿A quién le iba a importar lo que yo hiciera si se me suponía tomando

aguas sulfurosas como una ancianita?

Me incliné hacia delante y le hablé cerca del oído.

- Creo que tiene usted razón. La vida es un tango y hay que saber bailarlo, ¿no es cierto? –remedé la que parecía su frase favorita-. ¿A qué hora termina su turno? Quizá podría darme una clase particular -terminé, sonriendo tan seductora y arrabalera como me fue posible-.

*

Como me temía, romper mi monástica determinación fue desastroso para el cumplimiento de mis planes. Al día siguiente me levanté tardísimo y hecha una piltrafa, almorcé sin ganas cuatro tonterías en el comedor y me eché a la calle aún un poco alelada, con la cajita-urna de alabastro en el bolso, y el plano que había pedido en recepción en la mano. Tenía apenas veinticuatro horas para conseguir mi triple objetivo antes de tomar el avión de vuelta, y a la angustia por el tic-tac se sumaba un dolor de cabeza de marca mayor que las dos aspirinas aún no habían empezado a amortiguar. Por no hablar de mis genuinos andares *cowboy* debidos a una entrepierna gloriosamente dolorida (cosas de la falta de uso).

Y es que la noche pasada había sido tremenda, rotunda y agotadora en todos los sentidos.

Sin comentarios.

Con Ricardo (así se llamaba el taxista perfumado) al volante (y al lado, encima y debajo de mí), no lancé una, sino todas mis canas al aire en La Viruta y en no sé cuántos locales de La Boca y de Palermo, para acabar en su minúsculo dos ambientes. Y allí amanecí horas después, *fané y descangallá* , para ser encantadoramente espabilada con un mate caliente, y depositada después con gentileza en la recepción del Sheraton con un sonoro y anticuado beso en la mano que me encantó.

De modo que así estaba, lanzada a un mediodía caluroso, enfilando sin darme cuenta las diez cuadras peatonales de la calle Florida, entre porteños acelerados y turistas bobalicones.

Por aquí pasaron ejércitos y comparsas, me dije, sin la más remota idea de dónde había salido aquella frase.

Decidí encaminarme a Alvear para recorrerla detenidamente y cumplir o eliminar una de mis tareas. Efectivamente, dos horas y media después, pude tachar de mi lista la “ *Boutique del Calzado*

Romero ”: ningún establecimiento remotamente parecido existía ya en toda la avenida.

Contrariada, tomé un taxi (esta vez conducido por un veterano silencioso tocado con una sucia gorra de béisbol) hasta el Hotel de los Inmigrantes, para encontrármelo cerrado por obras de mejora. Tan sólo pude hacerme con un folleto muy completo y bien maquetado sobre la historia de aquella imponente construcción de cuatro alturas donde podían llegar a dormir cuatro mil personas.

Paseé por el puerto leyéndolo, mientras conjuraba mi frustración por no poder visitar aquel lugar donde imaginaba con esfuerzo a mis padres, con apenas veinte años, solos y desarraigados al otro lado del mundo que conocían.

“ *A los inmigrantes los despertaban las celadoras, muy temprano. El desayuno consistía en café con leche, mate cocido y pan horneado en la panadería del hotel. Durante la mañana, las mujeres se dedicaban a los quehaceres domésticos… mientras los hombres gestionaban su colocación en la oficina de trabajo* ”.

¿Mi madre, una muchachita orgullosa y terca, durmiendo entre cuatro mil personas? ¿Lavando la ropa, haciendo camas de otros? ¿Mi padre el día entero a su aire, descubriendo deslumbrado aquella ciudad, aquel nuevo mundo magnífico, caminando a sus anchas por las calles? Me reía bajito, enamorada de aquellas imágenes que cobraban viveza por momentos.

“ *A partir de las seis comenzaban los turnos para la cena, y desde las siete quedaban abiertos los dormitorios. Cuando ellos llegaban al hotel, se les entregaba un número que les servía para entrar y salir libremente, y conocer un poco la ciudad. El alojamiento, gratuito, era por cinco días. No obstante, la reglamentación se extendía en los casos que hiciera falta, el tiempo necesario para su colocación* ”.

Extraordinario, sencillamente.

Respiré hondo mientras contemplaba los cargueros, y, durante el paseo cabizbajo de vuelta a mi hotel, completé la lectura de aquel hermoso folleto, que iba a guardar desde entonces como uno de mis más queridos recuerdos. Tenía los pies palpitantes por el calor y la caminata. Decidí que la mejor opción, indudablemente, era subir a mi habitación y tumbarme hasta la hora de la cena.

Mientras atravesaba el enorme hall, me di cuenta de que no había tenido ni un pensamiento en todo el día para el destino de la mitad de don Alberto que llevaba a cuestas. Me sentí tremendamente culpable: al fin y al cabo, aquel era mi único compromiso verdadero. El resto no dejaban de ser caprichos de una cuarentona sensiblera que aprovechaba aquel viaje demencial para hacer el ganso (y, de

paso, poner fin a una abstinencia demasiado larga, es cierto).

Era hora de ponerme a pensar. Y, por qué no, de tomarme una copa a solas en aquel precioso bar y regalarme un bonito momento peliculero de dama-solitaria-y-mundana-con-martini-y-un-secreto-de-cenizas-en-el-bolso.

*

Don Alberto (enfadado, sin duda, por mi irresponsabilidad) no se dignó a darme ni una inspiración sobre qué hacer con lo que quedaba de él. Ni en vela ni en sueños, ni durante el temprano desayuno de mi último día en Buenos Aires, en un rincón luminoso del hermoso salón del hotel.

Mi vuelo salía a las cinco de la tarde, y yo seguía revolviendo el café, tan frío ya como mi corazón encogido por el fracaso.

- ¿Más café, señora? -me preguntó un camarero, atento-.

Lo miré como mira un perro apaleado. Era un muchachito de no más de dieciocho años, tímido y sonriente. Tenía los ojos negros y una *kipá* negra. El corazón me dio un vuelco.

Sí, gracias, otro café, por favor -le sonreí-. Perdona, ¿puedo preguntarte una cosa?

Claro, señora -afirmó, intrigado, irguiéndose-.

¿Estás en duelo?

El muchacho me miró, extrañado de que reconociera el significado que daban a aquel casquete los judíos observantes.

- Sí, señora -admitió, compungido-. Mi abuelito falleció hace poco.

Supe que aquélla era la señal del viejo tramposo que me había estado haciendo esperar.

- Lo siento mucho. Verás, quería preguntarte otra cosa. ¿Hay algún lugar cerca de aquí, en el barrio de Retiro, de especial significación para los judíos? Es por un familiar, ya sabes, por honrar su memoria -lo tranquilicé a medias-.

Y claro que lo había.

Qué ciega había estado.

Apenas a unas cuadras, en la esquina entre Arroyo y Suipacha: la Plaza de la Embajada de Israel. El espacio memorial recién rediseñado donde se honraba a las víctimas del atentado de marzo

de 1992. Aquél que tanto desestabilizó a Ariel al poco de llegar conmigo a Madrid.

Todo concordaba, y no pude por menos que hacer una reverencia mental a mi adorado asturiano.

Emocionada por el momento y el largo trayecto de vida que me había llevado hasta allí, me refugié en un portal cercano y repartí el montón de cenizas entre mis dos manos. Luego las fui esparciendo despacio, disimuladamente, sobre la tierra que nutría aquellos delgados veintidós arbolitos recién plantados.

Y mientras, qué coño, me puse a canturrear un *Asturias, patria querida* con acento porteño.

Tan satisfecha como aliviada, enfilé Suipacha y entré en el primer café. Necesitaba un buen *expresso* . Eran sólo las diez de la mañana, aún me quedaba un buen puñado de horas hasta que llegara el momento de enfilar hacia el aeropuerto.

Saqué mi agenda y busqué el número de Altavilla. Fue irresistiblemente encantador y gentil. Tardó veinte minutos en pasar a recogerme con su coche, y pareció emocionarse sinceramente con mi visita. Tenía unos sesenta años, y una planta impecable. Me paseó sin prisa por la ciudad, insensible al tráfico o las bocinas. Me contó de sus treinta años como abogado de don Matías. De su bonhomía y generosidad, de su talento para los negocios, de cómo sus empleados eran su familia. De la confianza y la lealtad sin límites que habían hecho de su relación profesional algo más cercano al compromiso de por vida que a un trabajo.

Altavilla me invitó a almorzar en un local tranquilo de Palermo y, con los ojos más que húmedos, me habló de cuando don Matías le contó sobre su enfermedad y le rogó que encontrase a una hija española de la que, misterios de su carácter profundo, nunca le había hablado.

Sólo entonces confesó don Matías Alfaro a su fiel abogado por qué nunca quiso casarse y formar una familia que diera continuidad a su pequeño imperio.

A principios de los 60, Matías era ya un respetado hombre de negocios cercano a la cuarentena, un soltero codiciado y bondadoso, habitual de los círculos sociales y culturales más representativos de la alta sociedad bonaerense. No sólo había heredado el negocio familiar de explotación lechera de ganadería en los alrededores de Buenos Aires, sino que lo había hecho crecer, modernizarse y evolucionar, adaptándose a los nuevos usos y revolucionando los sistemas de distribución y venta al detalle. Varón y primogénito, asumió desde bien temprano la responsabilidad de generación de

riqueza y trabajo que significaba su apellido, y dejó para sus queridas hermanitas la tarea de casarse y tener hijos que sostuvieran el legado de los Alfaro. Aquellos abuelos vascos que llegaron a su tierra a finales del siglo anterior elaboraron duramente, además de millones de quesos, un código de honor y dedicación marcado a fuego en sus genes. Y Matías lo convirtió en su emblema.

Una tarde de verano de 1963, con un calor del demonio derritiendo el asfalto, su coche se quedó resoplando al pie de una cuesta, y el mecánico fue incapaz de hacerlo andar un metro más. De modo que, tan resuelto como de costumbre, Matías decidió volverse andando a casa. Al cabo de unas quince cuadras, sus pies empezaron a quejarse. Cuando llegó a las veinte, el dolor ya le estaba descomponiendo el cuerpo.

Desde pequeño, Matías sufrió de pies delicados, y sus padres nunca escatimaron en calzarlo con las pieles más finas y las hormas más perfectas, siempre a medida. Maestros zapateros de confianza llegaban puntualmente cada temporada para anotar las nuevas medidas exactas del joven Alfaro y elaborar su nuevo calzado. Todo era poco para sujetar, suave y firmemente, aquellos pies que habrían de conducir los destinos del negocio familiar.

La casa de los Alfaro estaba en la Avenida Alvear, probablemente la más aristocrática y hermosa de Buenos Aires. Y los Alfaro, de toda la vida, habían sido clientes de la excelente Boutique del Calzado que unos españoles tenían a cincuenta metros escasos de su casa.

Incapaz de andar esos cincuenta metros más, Matías irrumpió en la Boutique del Calzado y se desplomó en una de sus coquetas butacas tapizadas de terciopelo *capitoné* . Sudaba como un poseído. Se sacó los zapatos a empellones y pidió un vaso de agua, que don Eusebio, el anciano propietario, casi se desnucó por traerle a toda prisa.

No era la primera vez que Matías entraba en aquel establecimiento. A pesar de que mantuvo la costumbre de recibir en casa a maestros zapateros que seguían elaborándole sus zapatos especiales a medida, había pasado alguna vez a saludar al cascarrabias de don Eusebio.

Era este Eusebio Romero un castellano recio que llevaba casi cincuenta años en la Argentina. Había trabajado en las granjas de la familia, primero al servicio del abuelo y luego del padre de Matías. Con él compartía la pasión por las cartas y el frontón, y fue también él quien lo ayudó a poner en marcha su negocio de zapatería en la mejor zona de la ciudad. En veinte años, gracias a su determinación y al esfuerzo de toda una saga toledana que fue incorporando a las

diversas ramas del negocio, convirtió la Boutique del Calzado Romero en una referencia de servicio impecable y de últimas tendencias de moda.

Matías sólo conocía de vista a la extensa familia del viejo zapatero. Siempre había demasiada actividad, demasiados clientes, un ajetreo inacabable de cajas. Pero aquel día quiso la casualidad, o el destino, o el calor insoportable de primera hora de la tarde, que en la tienda sólo estuvieran don Eusebio y su oronda esposa Antonia. Y Raquel, su sobrina.

Por eso pudo verla. O diríase mejor: reconocerla.

Porque cuando don Eusebio ordenó a aquella mujercita altiva y concentrada que le trajera de inmediato a don Matías los últimos mocasines recibidos de Milán, cuando Raquel se arrodilló ante Matías, aún más altiva y concentrada, y le calzó suavemente aquellos guantes flexibles en sus pies maltratados, Matías se supo cautivado. Cautivo, más bien, de aquella mujer distante que no se dignaba siquiera mirarle a los ojos o regalarle la sonrisa de cortesía que, al menos, merecía su condición de cliente distinguido.

En los días siguientes, Matías supo todo lo que había que saber de Raquel. Incluso, en un ejercicio de fortaleza, buscó la manera de conocer a Sebastián, su marido. Quería averiguar por qué y quién se le había adelantado de aquella manera. Y no pudo dejar de reconocer que aquel vendedor vitalista que disfrutaba cada minuto de sus rutas diarias a lo largo y ancho de la provincia era un tipo estupendo.

Raquel era una mujer casada, esquiva e inasequible. Era un capricho sin sentido ni esperanza. Era la sobrina de uno de los mejores amigos de su padre. Era ridículo e inapropiado para un hombre de su edad y posición.

Pero no podía evitarlo.

A Matías, un hombre siempre mesurado y tranquilo, aquel deslumbramiento o apetito repentino lo desequilibró de una manera que ni él mismo quiso admitir. Cambió sus costumbres cotidianas más asentadas, buscaba excusas absurdas para aparecer con demasiada frecuencia por la Boutique, hacía pedidos desmedidos e insistía en que fuera Raquel quien se los llevara a casa. Le gustaba charlar con ella. O, al menos intentarlo. Casi siempre hablaba él, y ella a veces parecía escucharlo. Incluso le concedía alguna frase de vez en cuando.

Para Matías, aquellos ratos eran suficientes para alimentar su empeño. A veces, compraba también un par de los modelos de mujer más exquisitos y se los regalaba. En ocasiones, sin ninguna razón

concreta ella los aceptaba.

Pasaron meses hasta que don Eusebio quiso darse por enterado de aquel comportamiento tan irregular que no presagiaba nada bueno. De modo que decidió templar su primer arranque y, antes de que ocurriera nada irreparable, hablar con Matías, desde el afecto inmenso que le tenía desde niño.

Y como un niño presuntuoso pillado en falta se comportó el señor Alfaro. Con una soberbia y un desprecio inauditos, desconocidos para él mismo, que le estuvieron doliendo toda la vida. Amenazó a don Eusebio con hundirle el negocio por insultar de aquella manera a un hombre como él, le echó en cara su origen y los favores que debía a su familia, y sólo le faltó tachar de furcias a las mujeres de su casa. Y, en un último alarde de crueldad, le ordenó que Raquel le llevara aquella noche a su casa el que sería el último pedido que haría nunca a aquella tienda de mala muerte.

A don Matías no le llegarían los años para expiar la vergüenza y la culpa de aquel día.

Cuando Raquel entró en el salón, no parecía asustada, ni dolida, ni siquiera ligeramente enojada. Estaba tan tranquila, tan displicentemente regia como siempre. Depositó las cajas sobre la larga mesa de caoba y sólo le preguntó si necesitaba algo más. Se miraron durante unos largos minutos. Matías temblaba de rabia y desesperación. Le pidió o le ordenó que se sentara a su lado. Ella permaneció de pie, retadora, unos instantes, y luego, despacio, se sentó, muy erguida, en el borde del sofá. Matías se abalanzó sobre ella, que le clavó las uñas, le mordió en el cuello, en las mejillas, pero no dio un solo grito. Matías le desgarró la blusa, la manoseó entera, la cubrió de saliva y probablemente de lágrimas. Ella le clavó sus finos tacones en la espalda, lo agarró de la garganta, le hincó las rodillas en el estómago, le retorció los testículos, pero no dijo una palabra. Matías la inmovilizó los brazos sobre la cabeza, le subió la delicada falda de algodón, le arrancó las bragas y la violó hasta que se le rompió el alma. Ella se retorció, no dejó de empujarlo, le arrancó mechones enteros con los dientes, y sólo al final le salió una especie de estertor agudo del pecho.

Luego se levantó, se recompuso con la lentitud de un herido o un asesino, cogió su bolso y dejó la factura de la zapatería sobre las cajas atónitas.

Los días que siguieron fueron un infierno de angustia e incertidumbre para Matías. No soportaba su propia imagen en el espejo. No se atrevía a salir de casa. Esperaba en cualquier momento a la policía, o la familia entera de Eusebio con teas ardiendo y

cuchillos frente a su casa. Esperaba cualquier cosa.

Pero no pasó nada.

A la semana, se marchó a visitar las factorías de la provincia, y no regresó hasta un mes más tarde. Encontró un sobre para él con matasellos de la estafeta del puerto, con una nota apresurada en el dorso de un billete usado.

Era de Raquel.

Me voy para siempre. No intentes buscarme. No volverás a verme nunca más, pero algo tuyo se va conmigo. Eso ya no se puede cambiar. Si es un niño, quizá cuando crezca vuelva para matarte.

En un solo día, don Matías Alfaro envejeció diez años. Se retiró a una finca apartada en Mar del Plata, y desde allí siguió dirigiendo sus negocios, fuera de la vida de la capital.

No volvió a saber nada de Raquel. No quiso o no fue capaz de hacer nada por buscarla o por averiguar qué fue de ella y de aquel hijo que se llevó consigo.

Hasta que transcurrieron veinticinco años.

En la primavera de 1990, Matías recibió una carta de España.

Raquel le escribía. A él. Una larga carta, varias cuartillas de papel rayado, llenas de una letra apretada y menuda que no se parecía nada a la de aquel billete usado que aún guardaba en su caja fuerte para recordarle quién era, y por qué y para qué aún debía estar en el mundo.

Era la carta de una mujer orgullosa derrumbada por el dolor de un hijo de doce años perdido de golpe, su hijo de verdad, su hijo completo. Una mujer que, para su sorpresa, no le reprochaba nada. Sólo le pedía, o le exigía más bien, que cuidara de su hija Julia, la hija de ambos. Pronto volaría a Buenos Aires para estudiar con una beca en la Universidad del Plata, y ella, Raquel, no podía soportar imaginar que algo pudiera ocurrirle, tan lejos de casa, de la familia de verdad que la había criado.

Pero tenía que hacerlo en secreto. En silencio. Sin darse a conocer jamás, bajo ninguna circunstancia. Por su honor perdido. Por su nombre ausente. Porque se lo debía.

- De modo que, mi querida Julia, su padre pudo conocerla a vos, y cuidarla, en la sombra, al menos durante un tiempo. Fue el más feliz de su vida, me dijo al final.

*

En mis cinco horas con Mario, lo supe todo. O casi. Y nada era lo que parecía, ni lo que quise imaginar.

Nada ni nadie era (es) completamente bueno ni completamente malo. Todo es cuestión de contexto y proporciones. De tono. De punto de vista, en definitiva.

Y los secretos existen. Y las lealtades, de muy distintos tipos.

Y los personajes oscuros y llenos de matices. Y las sorpresas, cuando ya crees que nada puede sorprenderte.

Como en las novelas.

Menudo trastazo para mi vanidad de contadora de historias en ciernes. ¿Cómo mejorar esto?

De camino al hotel para recoger mi equipaje, Altavilla me habló del hospital solitario, de los sobrinos acechantes, de la operación sin esperanzas, de lo rápido que fue todo, de la tristeza tan honda que lo embargó cuando murió Alfaro. Tan honda como el orgullo por ser depositario del secreto de toda una vida.

Y de lo feliz que se sintió al hablar conmigo y poder descubrirme, por fin, quién fue mi padre y cómo siempre pensó en mí.

En dejármelo todo.

Antes de ir al aeropuerto, pudimos visitar brevemente el cementerio. Bajo un sol que calcinaba, eso sí.

En lugar de flores, le dejé a don Matías unos zapatos negros de salón del número 37. Los zapatos que mi madre conservó sin estrenar durante casi cincuenta años. Los había traído conmigo desde Madrid, por si acaso, como amuleto, inspiración o para hacerme compañía. O para una buena milonga. No sabía bien para qué.

Resultó que era para esto.

Fue fantástico.

*

Nadie supo nada de aquel viaje extraño, que pasó a formar parte de mi ya considerable galería de secretos inconfesables, y en el que aprendí por fin a aceptar que la vida viene como quiere, y que cuando los planes no se cumplen es por alguna razón que suele merecer la pena.

O no, pero daba igual.

Derechos o torcidos, completos o mellados, son los adoquines de tu propia historia.

Nadie supo tampoco del empeño con el que, de vuelta en mi ciudad, me entregué a disfrutar de cada minuto de mi tiempo. Andaba en un estado de encantamiento y deliciosa suspensión del tiempo, ese milagro que sólo pasa a veces: redescubrir algo (una persona, una esquina, un plato), verlo como debió verlo Eva según le iban creando el mundo sobre la marcha.

Nuevo total.

Descarté cualquier tipo de fiebre o dolencia intestinal, por supuesto, y llegué a la sencilla conclusión de que era mi pura voluntad la que estaba más fuerte y cierta que nunca. Todos supusieron que, simplemente, los baños me habían sentado bien.

La cara auténtica del duelo por mi madre no se dejó sentir hasta primavera.

Cuando creía que ya tenía más que completado el trámite, sufrí una violenta erupción de pena y soledad inconsolables. Pero lo peor no era sentirme hueca a todas horas, ni ferozmente abandonada, ni el ronroneo del “ya nunca más, ya nunca más” aleteando en mis oídos (que nunca percibí, sin embargo, cuando murió mi padre).

Ni siquiera los dichosos baúles omnipresentes que seguían ocupándome medio dormitorio y a los que no me decidía ni a quitar

el polvo siquiera.

Lo peor era ser la última de mi familia. No se trataba de miedo a la muerte, ni mucho menos (o eso me parecía). Nada relacionado con aquello de que, mientras están vivos, nuestros padres son la frontera entre nosotros y la muerte, y, cuando mueren, pasamos al primer puesto de la fila.

Lo que me atormentaba era ser yo quien concluyera una rama, ser un muñón ciego, un doble *cul de sac* donde acababan los Segura Romero. Y los Alfaro. Sin descendencia, sin esa ilusión de inmortalidad que, querámonos o no, ahora (mientras transmitas, permaneces) nos certifica la genética. Era bien cierto que estaba exculpada, que habían sido las circunstancias y la mala suerte las que me habían negado esa posibilidad. Pero no era menos verdad que yo había convertido aquella oscura suerte en un arma arrojadiza. Muchas veces. Creyéndome un personaje de tragedia griega, alguien tan especial que, por lo mismo, hubo de ser tratado con crueldad sobrehumana, y, sin embargo, tan capaz de sobreponerse y construir una vida doblemente plena. O sea, una idiota.

*

- Vamos, Julia, estira bien brazos, pon rectos, rectos, ¡y mete culo! -la voz de barítono de Sergei retumbaba en la bóveda de la piscina como un órgano en una catedral-. Vamos, vamos, eso es, un poquito más.

Llevaba sólo dos semanas yendo a nadar a diario, a última hora de la tarde, y me sentía estupendamente. Me encantaba el ritual pre y post inmersión, lento y meticuloso: en medio del fuerte olor a cloro del vestuario, me resultaba inexplicablemente placentero desvestirme, ponerme el bañador, el gorro, las gafas, las chanclas, la rápida ducha previa, la toalla al hombro. Y, al salir, el mismo proceso a la inversa, pero con una larga ducha caliente con gel y champú, más el secador y la crema aplicada despacio, centímetro a centímetro, sobre la piel.

Algo de onanismo acuático, digámoslo así.

Entre unas cosas y otras, dedicaba más de dos horas en total (aunque, en realidad, nunca estaba más de treinta minutos nadando en la piscina). Y Sergei, el monitor, era un ucraniano espectacular, exigente y simpatiquísimo con su grupo: seis abuelas, tres universitarias y yo, que era la incorporación más reciente.

Aquel estupor tan placentero que me invadía dentro del agua tenía mucho que ver con la tan descrita sensación de vuelta al seno materno. Flotar ingrávida, leve, o permanecer bajo el agua con los ojos cerrados, escuchando sonidos sordos, distorsionados, palabras que se hacen irreconocibles cuando se sumergen, te hace regresar sin remedio a ese mundo uterino que sólo recordamos con los sentidos y no con la memoria. Y en ese microcosmos amniótico vicariamente recuperado, jugueteaba a menudo con las más disparatadas ideas sobre la maternidad.

¿Y si la ciencia había avanzado tanto en los últimos años que mi certificada incapacidad de engendrar tenía ahora remedio?

¿Y si conseguía un esperma impecablemente efectivo y resultaba que podía retoñar?

Y, puestos a elucubrar, ¿por qué no convencer como donante al hombre vivo y joven que más quería en este mundo, mi fiel amigo incontrovertiblemente gay?

Inspiraba con poderío y me hacía un largo entero buceando, mientras nos imaginaba como los casi perfectos Madonna y Rupert Everett, pero a la madrileña, hasta que alejaba con aspavientos mentales aquel colmo de la ñoña cutrería posmoderna justo cuando se me acababa el aire en los pulmones.

También estaba la opción al alza de adoptar, y entonces me animaba a exhibir mi mejor estilo mariposa. Me veía enseguida como la enésima cuarentona solipandi con una niña chinita de la mano, caminando por mi barrio (que parecía ya una sucursal de Beijing) en busca del reconocimiento de mis pares.

A mitad de piscina tenía que pararme a resoplar como una ballena, y retomaba la cómoda braza propia de mi reprobable forma física mientras los recientes fotogramas orientales pasaban a mejor vida.

Y así, a pesar de las gafas de marca, el cloro me iba dejando los ojos hechos una pena. Pero disolvía eficazmente todos esos coágulos o pajas mentales sin dejar más rastro que un inconfesable alivio.

*

Así que la vida es esto.

Aprendizaje y calma.

Recuperación de la memoria y reconciliación con la historia pasada y presente.

Redescubrimiento de los valores olvidados del espíritu.

La ingenuidad, el deslumbramiento, la confianza, los códigos compartidos.

Me decidí por fin a dar el paso y dejé el colegio, hace ya más de tres meses, en cuanto terminó el curso en junio. Los chicos me hicieron una bonita despedida: emocionados y torpes, con su lágrima facilona unos y su lengua enredada otros, con esos pelos tan desbaratados como sus huesos crecientes.

Nacho sigue a mi lado, compartiendo mi casa e iluminando mis días con dulces desafíos renovados. De vez en cuando tiene algún escarceo arrebatado de los suyos, y se enamora perdidamente (por una semana o un mes) de un mecánico fascinante o de un diputado indeciso, pero siempre vuelve. No puedo imaginar un compañero mejor.

Total, ¿para qué están los amigos sino para acompañar tu existencia con alegría y dulzura? Tampoco necesito más por ahora.

Como decía mi madre: el sexo está sobrevalorado.

La escritura avanza y toma poco a poco la forma de un oficio con múltiples aplicaciones. Escribo cada día, leo cada día, y he vuelto a traducir y corregir textos de vez en cuando, porque, aunque mi cuenta corriente esté de lo más rolliza, me ayuda a mantener la disciplina.

Volver a los diecisiete, después de pasar un siglo…

Pero de algo estoy segura: no tardaré mucho en terminar mi primera novela. De hecho, creo que apenas me falta encontrar una buena frase para el final. Aunque sea prestada.

Algo así como:

El mundo es horrible, horrible, horrible, tienes que sentirlo profundamente y no echarlo a un lado... tienes que sentirlo... y entonces puedes comenzar a ser feliz de nuevo.

Gracias, Bertrand.

Biografía

Beatriz Becerra (Madrid, 1966) estudió Psicología, pero ha desarrollado una intensa trayectoria profesional en el ámbito del marketing y la comunicación a lo largo de más de veinte años, desempeñando funciones ejecutivas en grandes multinacionales del entretenimiento, y ejerciendo además como consultora de empresas, ONGs y organizaciones políticas.

Comenzó en 2006 a escribir ficción, y publicó en 2008 su primera novela, “Las criadas de Caifás” (Ediciones El Andén), que recibió excelentes comentarios de público y crítica y agotó su primera edición en España al mes de salir al mercado. Esta novela fue una de las diez seleccionadas de la lista corta para el V Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2009 y fue publicada en 2010 en Brasil, en su versión portuguesa. En 2012 verán la luz sus nuevas obras “La reina del Plata” (novela corta) y “La estirpe de los niños infelices” (novela).

Ha impartido cursos para directivos de estrategia, motivación, dirección comercial, comunicación e imagen corporativa, liderazgo y habilidades sociales. Colabora asimismo en distintos medios escritos, escuelas de creación literaria y foros de discusión y debate, y es usuaria activa de redes sociales.

TW @beatrizbecerrab

FB Beatriz Becerra

BLOG http://beatrizbecerra66.wordpress.com/